START

GUIDE TO CONTENTS

| MASTER NEGATIVE # | AUTHOR | TITLE |
|---|---|---|
| 91-80006-1 | LANGE, FRANCISCO CURT | ...LA POSICION DE NIETZSCHE FRENTE A LA GUERRA, EL ESTADO Y LA RAZA. |
| 91-80006-2 | ARENS, JOANNES | DE DIALECTO SICULA. |
| 91-80006-3 | COLASANTI, GIOVANNI | ..."COME LIVIO SCRIVE CHE NON ERRA"... |
| 91-80006-4 | FUNCK-BRENTANO, THEOPHILE | LES SOPHISTES FRANCAIS ET LA REVOLUTION EUROPEENNE. |
| 91-80006-5 | KREBS, PETER | DIE ANTHROPOLOGIE DES GOTTHILF HEINRICH VON SCHUBERT. |
| 91-80006-6 | LAZARUS, MORITZ | IDEALE FRAGEN IN REDEN UND VORTRAGEN. |
| 91-80006-7 | ADAM, CHARLES ERNEST | LA PHILOSOPHIE EN FRANCE. |
| 91-80006-8 | BUSSFELD, BERNHARD | DIE POLYMETRISCHEN CHORLIEDER IN SENECAS OEDIPUS UND AGAMEMNON. |
| 91-80006-9 | FLINCK, EDWIN | DE OCTAVIAE PRAETEXTAE AUCTORE. |

*AUTHOR:*
LANGE, FRANCISCO CURT
*TITLE:*
POSICION DE NIETZCHE FRENTE A LA GUERRA
*PLACE:*
SANTIAGO DE CHILE
*DATE:*
1938

Master Negative #

91-80006-1

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

**BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET**

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record



**Lange, Francisco Curt,** 1903–
... La posición de Nietzsche frente a la guerra, el estado y la raza. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1938.

3 p. l., [9]–203 p., 1 l. 18cm. (*Half-title:* Colección Contemporáneos)

"Indice bibliográfico": p. [197]–199.

Presentation copy to Dr. George Herzog, with the author's inscription and signature.

1. Nietzsche, Friedrich Wilhelm, 1844–1900. I. Title.

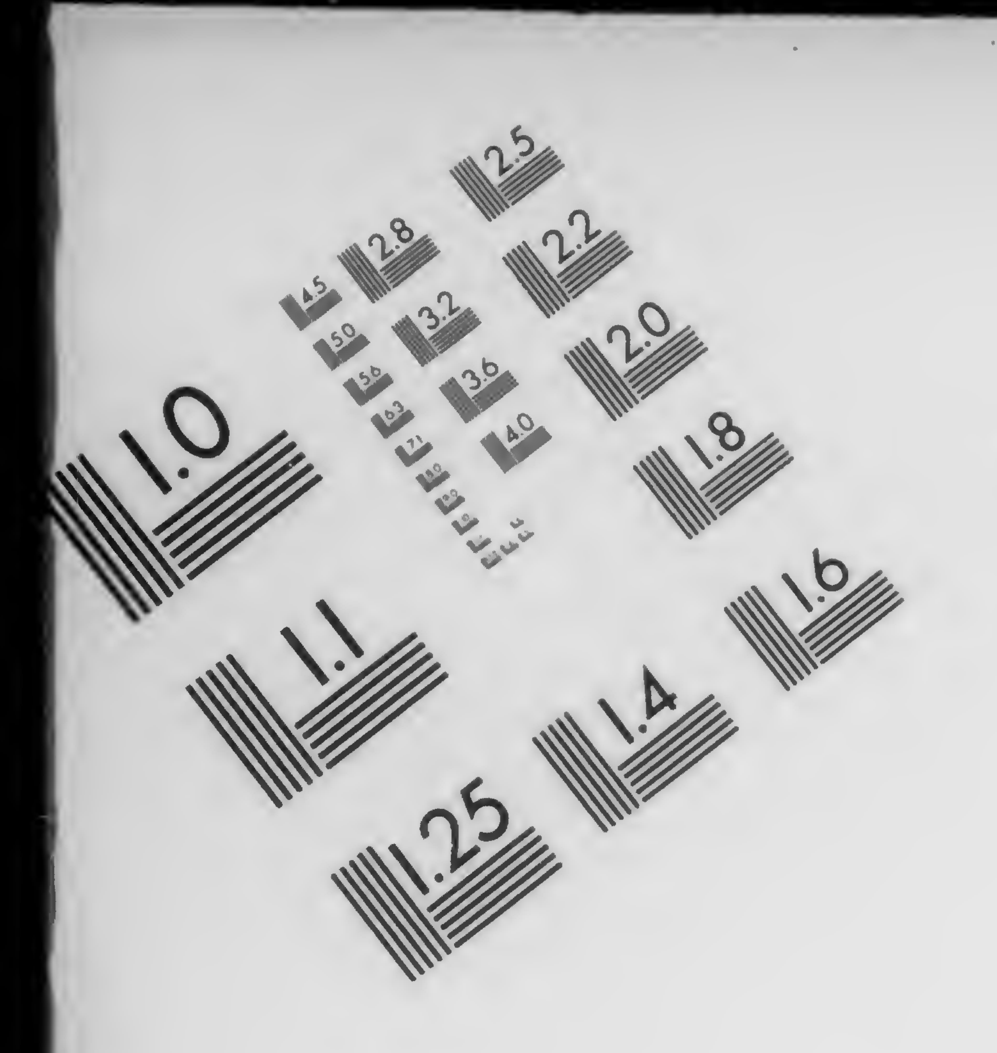
39-12375 Revised 4/2 /4

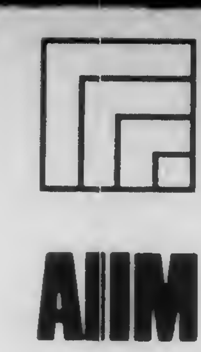
175117
Library of Congress B3317.L27
[r40c2] 193.9

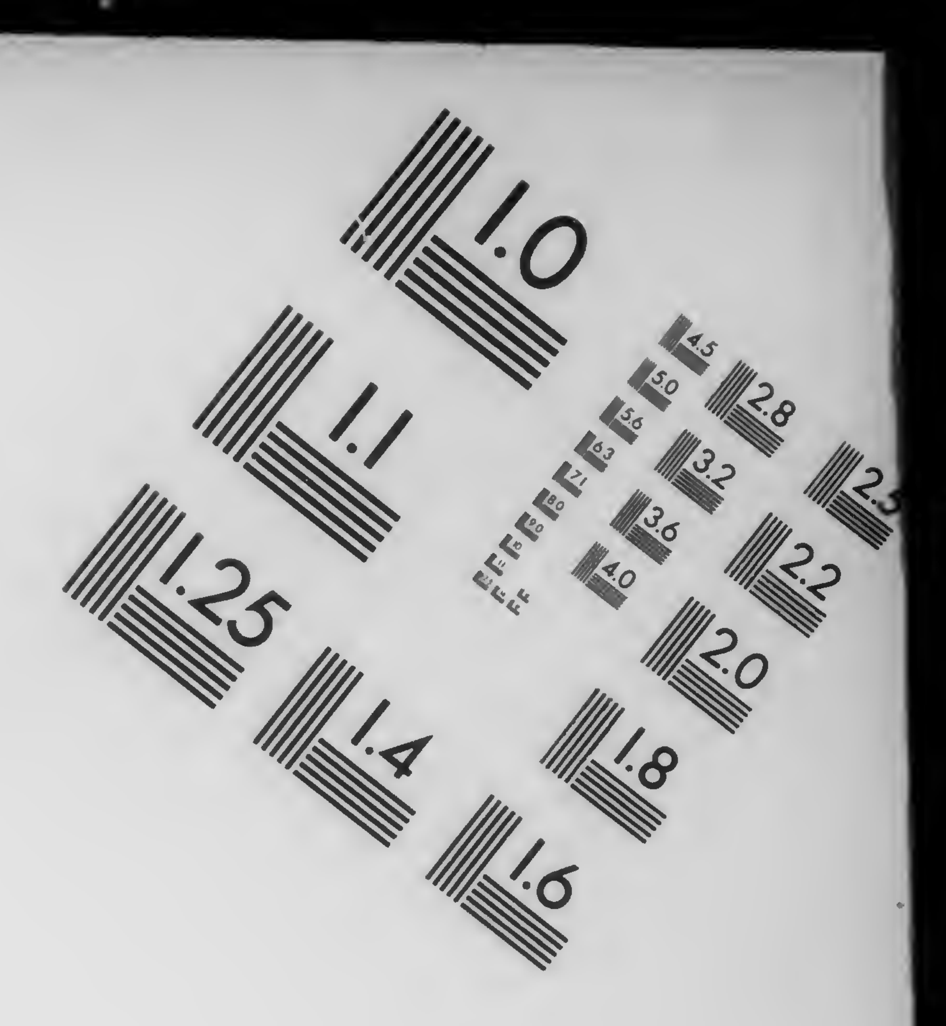
Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA IIA IB IIB
DATE FILMED: 4/16/91 INITIALS RK
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT





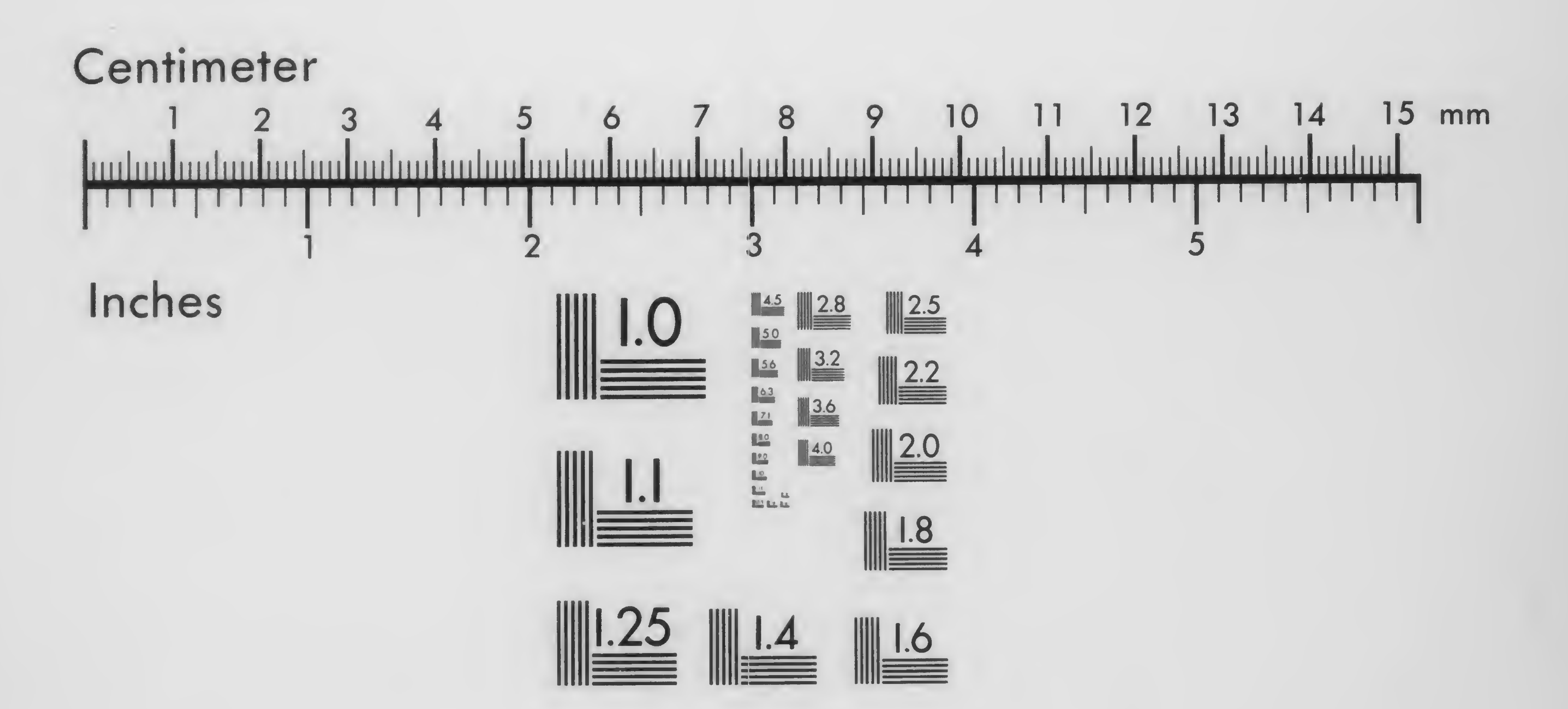


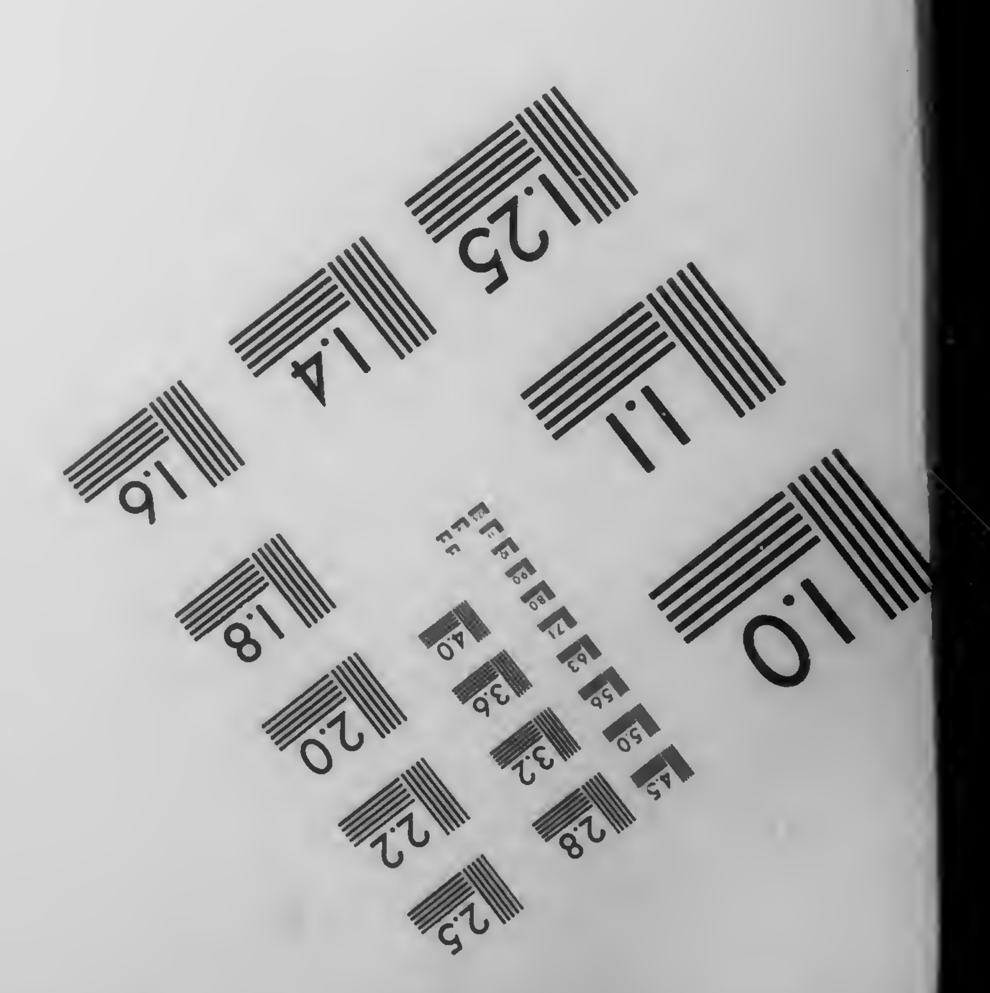
**AIIM**

**Association for Information and Image Management**

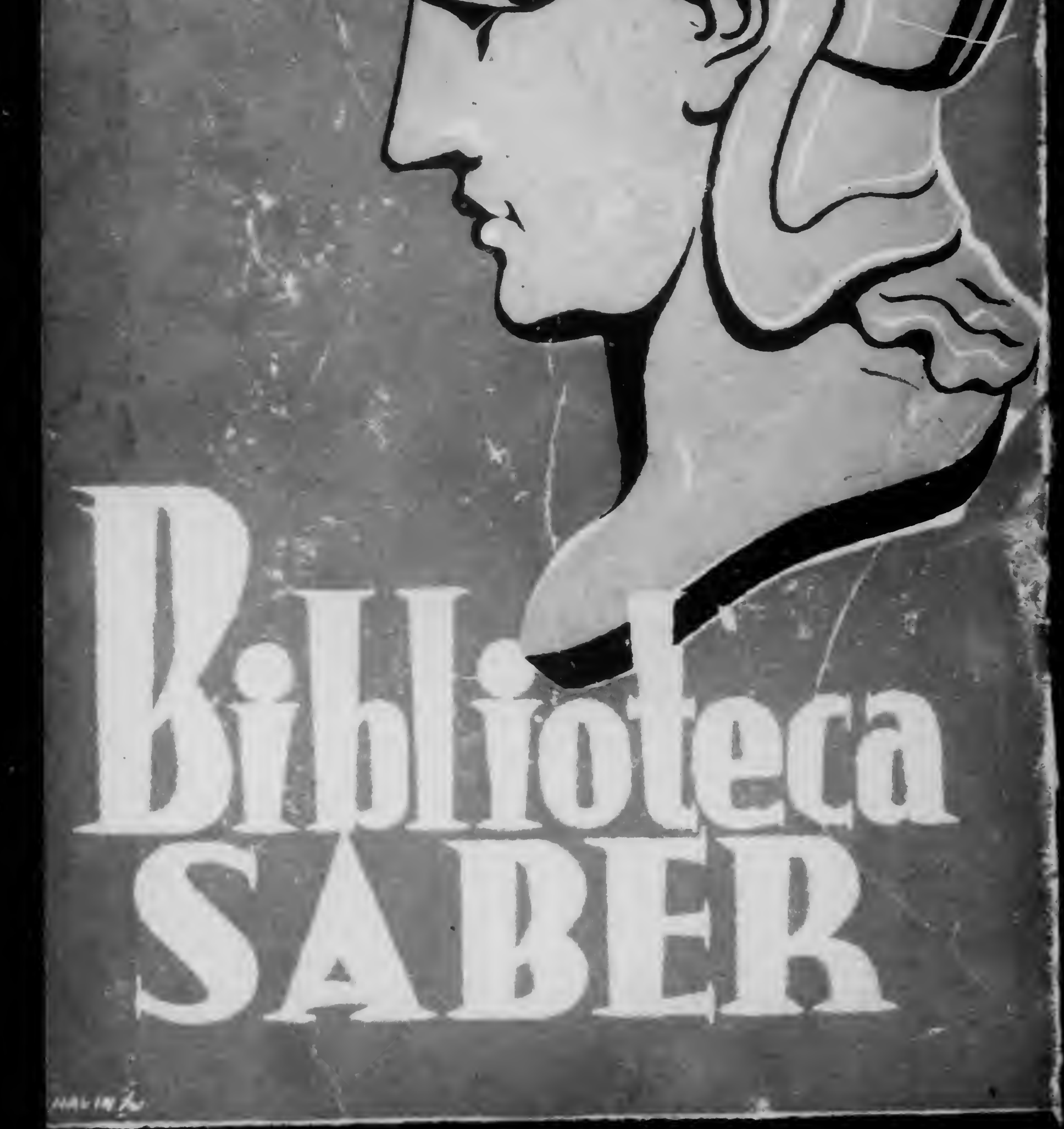
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

301/587-8202



MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.


Biblioteca
SABER

Federico Curt-Lange es uno de los escritores e investigadores de mayor cultura y mayor acuciosidad en nuestra América.

De origen alemán, desempeña en Montevideo la dirección del Instituto de Investigaciones Musicales en la Universidad de dicha capital.

Hombre de gran inquietud y de una decidida vocación por el estudio, ha viajado por varios países americanos recogiendo aires nativos y editando su importantísimo Boletín de Música Latinoamericana, del cual han aparecido tres volúmenes.

Al par ha compuesto ensayos acerca de la realidad social y política de Europa y América.

Ultimamente ha escrito un importante trabajo sobre la vida del indio en Bolivia y Perú.

Apasionado por los temas sociales y, muy en especial, por los que se refieren a su patria ancestral, Alemania, ha compuesto este libro en el que examina el pensamiento de Nietzsche frente a tres problemas esenciales de la nueva cultura alemana, singularmente el de la raza.

En Nietzsche se han apoyado varios de los teóricos del nazismo, entre ellos Spengler, para afirmar la superioridad de los arios. Curt-Lange extrae, después de un minucioso y sagaz examen de los textos del grande y frenético filósofo de "Así habló Zaratustra", conclusiones impresentidas y que van a producir apasionados debates.

**Editorial Ercilla.**

Colección Contemporáneos

----

# LA POSICION DE NIETZSCHE FRENTE A LA GUERRA, EL ESTADO Y LA RAZA

FRANCISCO CURT - LANGE

# LA POSICION DE NIETZSCHE FRENTE A LA GUERRA, EL ESTADO Y LA RAZA

----




EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1938

PRINTED IN CHILE

**Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.**



## PREFACIO

En nuestro continente, Nietzsche ha despertado siempre mucha curiosidad en un público de ninguna o escasa preparación filosófica y una participación bastante fría en los hombres que se dedican a la filosofía como profesión. Observamos curiosidad por un lado e indiferencia por otro y como resultado quedaría quizás el consuelo, y en cierto modo la ventaja, de no haber sido comprendido aún. Sin embargo, resulta interesante constatar que sea justamente el público de tendencias democráticas, y, como se llama hoy a todo hambriento por saber, de ideas avanzadas, el que manifestara esa simpatía viva, ese respeto hacia una personalidad genial que siente el conferencista durante su exposición en la sala y que observa el profesor en sus alumnos.

Para aquellos que no pueden conciliar el superhombre de Nietzsche con sus ideas políticas, o sea, con su visión de la igualdad espiritual y material absolutas de los hombres, posiblemente represente muy poco la portentosa obra del filósofo alemán. Pero el estudioso encontrará también en Nietzsche muy curiosos puntos de contacto con las vicisitudes de nuestras tierras. América Latina, aunque fuera puesta materialmente en pie de igualdad con Estados Unidos y Europa, seguirá siendo por muchos años aún esclava espiritual de prejuicios coloniales que, si bien están evadiéndose de la mentalidad colectiva, aparecen con renovada frecuen-

cia en el campo de la política y en el de la cultura, o sea, en hombres cuya ilustración hace esperar generalmente horizontes más amplios. La dolorosa vía crucis que recorren nuestros pueblos desde el rompimiento definitivo de su dependencia de la península ibérica, recién ahora empieza a sentirse con cierta agudeza. Para el observador atento de la situación política, social y cultural no constituye ningún secreto el profundo rumor del descontento general que se siente por doquier, desde el Caribe hasta la Argentina y que anuncia la proximidad de nuevas luchas, y con ellas, de nuevas etapas de progreso en nuestra América donde las masas, con su instinto infalible, y acosadas por la creciente miseria, exigen la participación en su destino: ilustración de sus mentes y bienestar de su físico.

En esta lucha encarnizada que por cierto no será resuelta en pocos años sino recién dentro de siglos, observaremos siempre de nuevo el problema eterno de la especie humana: la calidad e integridad de los individuos que dirigirán la lucha, llamémosla cultural, económica o política. En el constante ir y venir de las pasiones humanas, las naturalezas fuertes no solamente triunfan sino que son tan necesarias como son indispensables su responsabilidad moral y la **persecución** encarnizada de un ideal elevado. Es cierto que el ideal de Nietzsche se encuentra muy distante de las metas que desea escalar la que Vasconcelos llama "nueva humanidad", definición literaria esta que en un tiempo despertó también mi entusiasmo. Pero si la América Latina se sintiera realmente con la fuerza aun no desencadenada, capaz de alcanzar esa etapa, tendría que encontrar en la filosofía universal de un hombre como Nietzsche muy grandes similitudes con sus propios problemas y posiblemente valiosas enseñanzas para el análisis de una situación heterogénea y hasta confusa. Lejos de pensar en la formación de una nueva humanidad, enfrentémonos por lo menos a los problemas que presen-



ta la formación de una humanidad con nuevos principios, dotada de cierta elasticidad para la experimentación. Sería quizás por este camino que palabras como nacionalidad, estado, oficialismo, economía política, militarismo, clericalismo, enseñanza, cultura, ya no ofrezcan enormes barricadas posibles de eliminar solamente mediante el asalto violento, sino términos, objetos, instituciones, costumbres posibles de transformar y someter a nuevas exigencias. América Latina está en plena metamorfosis y palabras como revolución y justicia social suenan tan groseramente en boca de los descontentos como plebe e inmundicia en la de sus opositores. ¿Por qué hablamos siempre de destruir cuando apenas contamos con un sentido de construcción mental y material?

Es doloroso observar que justamente la palabra cultura aparezca frecuentemente mezclada con las anteriores y es hora de reflexionar si en realidad tiene relación alguna con semejantes exterioridades. ¿Acaso se obtiene cultura recurriendo a adaptaciones, a principios y sistemas, tanto sociales como educacionales? ¿Podrá la ilustración media, tan anhelada por nuestros pedagogos, proporcionar elementos para la formación de cultura, y en nuestro caso, de una cultura legítimamente americana? ¿Será posible su nacimiento cuando la técnica de las comunicaciones perturba toda intención de aislamiento y concentración en sí mismo? ¿Seremos, al fin, **americanos** en el limitado sentido de un continente de estados sociales y espirituales heterogéneos o nos conducirá la técnica moderna, antes que a cualquier conglomerado de naciones hacia lo **universal,** en dirección a ninguna o a una nueva cultura?

Aunque no es posible desarrollar estos problemas en el presente trabajo, queda pendiente una deuda contraída por su autor con aquellos lectores que encuentran en las ideas culturales de Nietzsche una semejanza con la situación continental, angustiosa por la confusión que

reina entre los que no pudieron recorrer América Latina y elevarse a un nivel más objetivo, o por lo menos, más despejado. Aún hoy la situación cultural de América se juzga con un lamentable espíritu localista, sin conocimiento de causa y sin interés por descubrirla. Al igual que los literatos y músicos porteños que emplean temas del Interior sin conocerlo y cuyas andanzas por el campo se reducen a sus diarios viajes en los subterráneos y microbuses, y de idéntico modo que los limeños preocupados por la suerte indígena, barajando problemas y soluciones sin conocer las provincias ni el quechua o aymara, así se ha juzgado también el problema de la cultura latino-americana desde la mesa de un cómodo escritorio.

Para los que conocen íntimamente el mundo de ideas de Nietzsche no puede existir duda alguna sobre la enorme importancia que adquiere en su filosofía el problema de la cultura, verdadero eje central de sus pensamientos. Es bajo estos aspectos que he tratado de dar a conocer un Nietzsche distinto al que muchos están acostumbrados a encontrar en la literatura contemporánea.

No fué intención mía la de presentar un Nietzsche incompleto. Mi trabajo consta de varios capítulos y enfoca, desde el concepto de la cultura de Nietzsche, sucesivamente, estado, guerra y raza, su lucha contra la verdad, la moral de los rebaños y el cristianismo y busca explicar su moral de los señores, analizar su religión dionisíaca y culminar en un estudio de la figura de Nietzsche como artista y místico. De este trabajo, demasiado extenso para ser publicado en los actuales momentos, dí a conocer en Santiago, ante un público muy numeroso y acogedor, el segundo capítulo, **la Filosofía cultural de Nietzsche frente al estado, la guerra y la raza.** Me guiaba el deseo de eliminar de una vez la confusión que reina en el campo espiritual de las lenguas ibéricas después de haberse incorporado la filosofía de Nietzsche a las doctrinas políticas de ciertos Estados



europeos, pero especialmente de Alemania. El hecho de haber pretendido encontrar en las ideas de Nietzsche una analogía con las doctrinas políticas, ya revela un desconocimiento absoluto de su obra. Pero significa un verdadero sacrilegio la pretensión de explicar acontecimientos políticos según la filosofía de Nietzsche, subordinando su idea cultural a la política de expansión, a la omnipotencia del Estado, del militarismo y de principios raciales.

Lo que se interpreta como **actual** de Nietzsche, no es sino lo intempestivo de toda su obra que agita y escudriña los más arduos problemas de la humanidad. Nietzsche había visto con gran penetración las fallas esenciales de su época que es también la nuestra. El ciclo cultural que recorremos no puede ofrecer sino la agudización constante de una serie de problemas que encontramos también transplantados a nuestro continente. De ahí que la obra de Nietzsche nos resulte en cierto modo familiar.

También en la América Latina, la organización de sus conglomerados humanos fué resuelta desde puntos de vista estrictamente materiales. La estructura política que posee, por distinta que sea en los respectivos países, se reduce a la política de economía, a lo material. El problema de la técnica, la organización y la formación de elementos improvisados en todo campo de acción, la gran ciudad por ende, no son sino resultados de su organización política, por más accidentado que haya sido el desarrollo de la misma.

No es la técnica en sí, sino la incapacidad de someterla a las posibilidades de la cultura, o dicho con otras palabras, la necesidad de saber salvar la cultura apoyándose en la técnica lo que debe preocuparnos. No tenemos superpoblación sino una incapacidad manifiesta de distribuirla y aprovecharla racionalmente para la economía y también para la cultura. Tenemos en cambio la gran ciudad que es la muerte de toda cul-

tura verdadera, el refugio de los débiles en la lucha, el campo para vegetar más o menos bien durante ese lapso que llamamos vida, la centralización complicada que gira alrededor de intereses explotados por los más hábiles, los más fuertes y los más materialistas, la tumba de las ideas y pasiones sanas que se estrellan contra un mundo de intereses mezquinos. En muchas regiones de nuestros países encontramos de este modo una cobardía de vivir, una renuncia voluntaria o impuesta a toda clase de complicaciones que no tengan una relación inmediata con el conformismo material. Comodidad y gran ciudad se identifican con los conceptos política y Estado y se llegaría fácilmente al pensamiento antagónico de creer que el único camino redentor de estos países sea, quizás, la miseria material para redistribuir su población y conducirla luego a los terrenos de una espiritualidad depurada.

La dependencia actual tan estrecha entre los habitantes de una Capital, su absoluta incapacidad y también imposibilidad de adaptación a situaciones más vitales y menos artificiales, su aislamiento de la naturaleza, su cansancio manifiesto, nos señalan hasta qué grado se ha reproducido entre nosotros el germen de la descomposición cultural del viejo continente. Creer, en semejantes condiciones, en la necesidad del superhombre significa desear el advenimiento de una cultura verdadera a través de individuos fuertes. También yo he sufrido de un idealismo excesivo en materia de Americanismo y a medida que el contacto directo y el conocimiento personal de los problemas de cada uno de nuestros países me van dotando de una penetración mayor, me inclino hacia un optimismo moderado — que no es ningún pesimismo — y creo que el destino de nuestro continente pueda salvarse mediante el establecimiento de una estructura extranacional basada en la cultura verdadera y dirigida por personalidades capaces de renunciar a todo compromiso material que re-



presente una traición a sus principios. En una palabra, me refiero a un idealismo positivo, real, basado en las necesidades de nuestros pueblos, dignos de un mejor entendimiento y de una conducción espiritual distinta a la que prima por doquier.

Si la decadencia de nuestro ciclo cultural se inició, como dice Spengler, desde 1800, concepción también de Goethe, entonces perteneceríamos igualmente nosotros a los afectados y todo intento de elevar nuestra pobrísima cultura no sería sino un esfuerzo por vivir un poco más y mejor. Pero si la independización espiritual de este continente consiguiera el despertar de una conciencia nueva, expresión de una raza que recién se forma, entonces podría cumplirse quizás, con grandes esfuerzos, un ciclo independiente de aquel, libre de preceptos que nos rodean ahora, fuerte y optimista en su lucha contra un estrecha dependencia espiritual de la economía, política y religión. Mientras tanto, tratemos de contribuir, cada uno según sus recursos, a la preparación de este porvenir que anhelamos y preferimos sinceramente ante aquel que ofrece Europa.

Vayan ahora algunas palabras de aclaración. La traducción de las obras de Nietzsche es particularmente difícil y llevará siempre el sello de la imperfección para los que poseen el alemán y no se conforman a sacrificar su incomparable arte del dominio idiomático.

Para ahorrarme el trabajo de traducir las innumerables citas que aparecen en este estudio, recurrí a la traducción de las obras completas realizada por Ovejero y Maury y publicada, hace poco, por la casa editora Aguilar. Confieso sinceramente que no siempre me satisfizo, impresión que experimenta sin duda cualquier persona cuando se halla con una obra de su predilección vertida a otro idioma, pero que se vió aumentada esta vez por algunos errores y omisiones que encontré a medida que avanzaba mi lectura de los aforismos traducidos. No obstante ser la más completa de todas las

traducciones hasta ahora realizadas y sin pretender en lo más mínimo hacer alarde del arte de traducir, quise satisfacer mi tranquilidad y verter someramente las palabras de Nietzsche al castellano, sin recurrir a los recursos enormes del idioma y deseando respetar en parte la construcción, como a la vez los sinónimos y los cambios injustificados de tiempos que encontramos también de vez en cuando en Nietzsche.

Para evitar en todo lo posible las llamadas, no he indicado el volumen y la página a los que corresponden las frases, sentencias y aforismos de Nietzsche que aparecen abundantemente en este trabajo. Por haberme servido de varias ediciones de sus obras completas — Kröner, Leipzig (edición grande y de bolsillo), Insel-Verlag, Leipzig (cartas) y Aguilar, Madrid (en español) — la indicación de páginas y obras hubiera sido demasiado complicada. Tampoco he querido complicar el desenvolvimiento de los temas planteados con el comentario de obras que tienen relación estrecha con los problemas fundamentales de este trabajo. Me refiero a autores como Spengler, Keyserling, Berdaieff, Ortega y Gasset, Markof y otros.

Como dato curioso he de agregar que escribí este trabajo estando en pleno viaje, escalando cimas y penetrando los misterios de las antiguas culturas de Huañaimarca y del Tahuantinsuyo. Motivos suficientes me dieron para ello las diferencias abismales entre una naturaleza inmaculada y grandiosa y las más vulgares adaptaciones del materialismo de nuestros tiempos, entre lo **permanente** de lo telúrico y la triste transplantación de los resabios de una cultura que no ha nacido en este continente. El haber percibido la supervivencia de un espíritu primitivo, la fuerza encadenada de un nuevo tipo de hombre capaz de destruir, en un momento de sublime indignación, las sombras que arroja sobre su destino la trágica figura, omnipotente, siempre amenazante, siempre sarcástica, del poder tripartito ejerci-



do desde los tiempos de la conquista por el fuste, la sotana y el machete. El haber encontrado en el indio figura y porte de **Señor** en el sentido de la cultura, y en sus explotadores figura de lacayos. El haber visto convulsionados a países unidos por la misma sangre y el mismo destino, el haber sentido los espasmos de cuerpos sanos sometidos durante siglos a los experimentos de una minoría que en un tiempo obraba en nombre de Dios y del Rey y que, desde un siglo, invoca a la democracia. Una minoría que nunca cambió de dueño y señor: el latifundio, la iglesia y el militarismo puestos para siempre al servicio de su Dios único: el poder material.

El tema no se plantea por primera vez. En 1924, época en que los alemanes idealistas creyeron que la democracia estaba ya sólidamente arraigada, publicó Nicolai von Bubnoff un trabajo sobre la Filosofía cultural de Nietzsche y su doctrina de la transmutación de todos los valores, en el que trata también la posición de Nietzsche frente a la guerra y el Estado. Según mis conocimientos de la bibliografía nietzscheana, después de Bubnoff nadie ha intentado enfrentarse a este problema. Ignoro si fué por desconocimiento o por temor de sufrir las consecuencias, porque los tiempos corrieron muy rápidamente y se pudo comprobar que el alemán no puede vivir sin cuadrarse ante un superior, sin tener un ídolo viviente y los armamentos suficientes que garantizan el desarrollo de su poderoso instinto de expansión.

En semejante atmósfera, la verdadera filosofía no puede vivir. Su asfixia es tan segura como sintomático el profundo silencio que precedió a la repentina muerte de Spengler. Quizás sea la libertad de opinión en algunos de nuestros países el único mérito que podría reclamar mi trabajo al enfrentarse a la falsificación de la

figura del verdadero Nietzsche, en una época particularmente difícil en que el espíritu universal de los grandes cerebros alemanes está subordinado nuevamente a la estrechez de un ambiente cuya salvación espectacular está, aparentemente, en la política.

F. C. L.

Montevideo, junio 17 de 1936.

# NIETZSCHE FRENTE A LA GUERRA Y EL ESTADO

# I

> Nosotros no somos lo suficientemente imbéciles para entusiasmarnos por el principio "Deutschland, Deutschland über alles" o por el Imperio alemán.
>
> Nietzsche, *Apuntes póstumos*.

Desde tiempo a esta parte, ciertos círculos intelectuales alemanes y también de otros países explotaron la filosofía de Nietzsche, esgrimiéndola como un poderoso evangelio bélico. Influyeron en tal estado de cosas situaciones políticas especiales tales como la atmósfera sobrecargada de los años que median entre los comienzos de este siglo y el fatídico agosto de 1914, luego la Guerra Mundial durante la cual no muy pocos creyeron que su conductor espiritual, del lado alemán, hubiese sido Federico Nietzsche, haciéndose con tal motivo comparaciones con Fichte y la posición de éste en las guerras de liberación del año 1813. Finalmente, la política del nazismo alemán ha vuelto a esgrimir, con marcada preferencia, ciertas manifestaciones de Nietzsche, su teoría del superhombre, su inclinación hacia el paganismo, para justificar una violenta acción política, social y racial cuyas fases esenciales contienen visiblemente el pensamiento de Heráclito: "La guerra es la madre de todas las cosas".

Todo lo antedicho no tiene mayor importancia cuando nos representamos al lector cotidiano de Nietzsche que no retiene en su mente sino efectos exteriores de las ideas fundamentales, recordando la creación del superhombre, la transmutación de todos los valores y la voluntad del dominio. También encontramos personas que tan sólo por referencia saben que Nietzsche habló "de la necesidad de la guerra", que admiró a la "bestia rubia", que sintió profundo desprecio por la multitud, los "demasiado numerosos", creando para ello la denominación **rebaños** y que fué, al fin, un aristócrata acérrimo cuya familia sintió de cerca la protección del rey de Prusia y de princesas rusas. Son estos lectores los que interpretan a su criterio la importancia de ciertas frases, palabras, títulos, sentencias o aforismos.

Sin embargo, existe otra clase de lectores que conoce de cerca las obras de Nietzsche; su estudio los ha familiarizado con su mundo de pensamientos de un modo tal que deberíamos esperar conclusiones autorizadas y serenas. Pero también ellos atribuyen a determinadas frases la condición de explicarnos el significado y valor de las luchas guerreras, los choques periódicos entre las naciones, las masacres de los últimos años y la absoluta e imprescindible necesidad de su existencia. Generalmente arriban a la conclusión de que la guerra no solamente es una fatalidad, consecuencia directa de nuestra organización social y económica, sino una necesidad biológica que lleva en sí la especie humana. El matar al prójimo, premeditadamente, en momentos de arrebato o en legítima defensa, forma, por tanto, parte substancial de los impulsos obscuros del hombre.

Sabemos que se puede, con más o menos habilidad, extraer de cualquier otra capital de la literatura universal, una selección de frases que permiten un empleo ambiguo, prestándose de este modo a comprobar de-



terminada definición. Recordemos tan sólo el manejo indebido tanto de sentencias bíblicas como pensamientos de poetas, literatos, dramaturgos y filósofos, cuya utilización se hace en idéntica forma que las máximas más generalizadas de nuestra vida diaria. Encontramos así las más variadas opiniones que ostentan los seudocultos en su afán de lucir sus conocimientos epidérmicos como a la vez aquellas personas que creen expresar la idea fundamental de un autor utilizando arbitrariamente palabras o frases sueltas del mismo.

Por cierto, no ofrece dificultad alguna hacer referencia a determinada tesis mediante la reunión tendenciosa de frases y sentencias de una obra filosófica. Para todo lector superfluo, semejante procedimiento resulta doblemente fácil y a la vez seductor cuando se encuentra con un escritor como Nietzsche que expuso la mayor parte de sus pensamientos en una forma muy suelta, ya que estos no obedecen a una hilvanación sistemática. Muchos olvidan que se debe tener en cuenta, lógicamente, toda la obra de un autor para poder proceder a la extracción de una frase con fines de sentencia o para justificar una orientación, un pensamiento sintetizado.

En Nietzsche, todo aforismo da la impresión de un capítulo o de una frase concluída. Ciertamente, nada adelantamos con esta afirmación. Sabemos que Nietzsche se manifestó sobre ciertos hechos u objetos en forma contradictoria. En algunos casos, la contradicción tan sólo existe en apariencia, pero en otros es por demás evidente y ha bastado a muchos lectores para leer sus obras con desconfianza o rechazarlas totalmente. El que recurre a Nietzsche para que atestigüe una afirmación determinada y se encuentra con una de esas contradicciones flagrantes, puede elegir dos caminos: dejar de lado las sentencias que están en contradicción con aquella por él extraída, o por el contrario, intentará proveerlas de un significado distinto, lo cual no

deja de encerrar, en el caso más leve, el peligro de una interpretación equívoca, pero generalmente tiende hacia la tergiversación intencional.

Veamos unos ejemplos que pertenecen al tema que pretendemos desarrollar en este trabajo. Si nos preguntamos cómo pensó Nietzsche sobre la guerra, recordaremos inmediatamente varios aforismos. En "Humano, demasiado humano", leemos bajo el título, "La guerra indispensable":

"Es una vana quimera de las almas generosas esperar mucho aun (o, si se quiere, mucho solamente), de la humanidad cuando haya dejado de guerrear. Mientras tanto, no conocemos otro medio que pueda devolver a los pueblos fatigados esa ruda energía del campo de batalla, ese profundo odio impersonal, esa sangre fría para el homicidio, unida a una buena conciencia; ese fecundo ardor colectivo por el aniquilamiento del enemigo, esa fiera indiferencia ante las grandes pérdidas, por la propia vida y la de las personas amadas; ese quebrantamiento sordo de las almas, comparable a los temblores de tierra, con tanta fuerza y seguridad como cualquier gran guerra, los arroyos y torrentes que se abren camino entonces por entre las piedras y los fangos de toda clase y arruinan los prados de cultivos un poco delicados, vuelven luego a poner en movimiento, en circunstancias favorables, los rodajes de los telares del espíritu, que se vuelven a mover con nuevo ímpetu. La civilización no puede prescindir absolutamente de las pasiones, de los vicios y de las maldades.

"Cuando los romanos dueños del Imperio estuvieron un tanto cansados de las guerras, trataron de sacar nuevas fuerzas de las batidas a las bestias feroces, de los combates de gladiadores y de las persecuciones contra los cristianos. Los ingleses de hoy, que también parecen haber renunciado a la guerra, practican otro medio para recibir esas fuerzas que disminuyen: esos peligrosos viajes de descubrimientos, esas travesías, esas ascensiones, emprendidas, según se dice, con fines científicos, y cuya finalidad es obtener por medio de las aventuras y de los peligros de todas clases un suplemento de energía. Inventaránse, bajo mil formas, otros nuevos sustitutivos de la guerra, pero quizás nos harán ver que una humanidad así educada, y por tanto tan fatigada como es hoy día la raza europea, tiene necesidad no sólo de las guerras, sino de las guerras más terribles — por lo tanto de retornos momentáneos a la barbarie — para no gastar en medios de civilización su civilización y su cultura mismas".



En este pequeño aforismo de Nietzsche encontramos los principales argumentos que desde tiempos remotos fueron empleados para justificar la guerra y que surgieron nuevamente, ante todo como argumento de la doctrina expansionista italiana y alemana de nuestros días. Al través de las palabras citadas no solamente parece estar hablando el filósofo de la primera época, el hombre de una gran potencialidad física, sino aquel Nietzsche militarmente educado cuyo inconsciente movíase dentro del cuadro que encierran las palabras **deber** y **patria.**

El estudio de sus cartas de aquellos años nos familiariza con ese espíritu prusiano de la obligación militar. Antes de recurrir a la cita de un aforismo absolutamente contrario al que insertamos recién, conozcamos primero algunas de las manifestaciones del joven Nietzsche cuya adolescencia infiltróse de la creciente potencialidad militar y económica de Prusia.

Durante los acontecimientos de 1866 concluye una carta, dirigida a sus familiares, dando a conocer en ella su admiración por Bismarck: "Saludad en mi nombre a todos los conocidos y decid a las viejas tías que podría perecer como granadero prusiano. Uno que está pronto para la guerra". F. W. N.

Dos años más tarde, en 1868, escribe a su amigo Erwin Rohde: "...Piensa tú que de ningún motivo he concluído definitivamente con el servicio militar, sino que se abre una perspectiva muy segura hacia una actividad posterior en la artillería. Siempre que yo haga en la primavera durante un mes servicio para adquirir los conocimientos necesarios en ejercicios con el parque (de artillería), tendré en mi certificado la calificación para el grado de teniente de milicia, según me manifestara muy amablemente mi capitán. Y como la guerra resulta inevitable dentro de algún tiempo, no ofreciéndose ninguna oportunidad de ser libertado totalmente de las trabas militares, es de extremo valor el ascenso a teniente de milicia (nacional)..."

Al través de estas líneas habla siempre el alemán educado en el estrecho y severo ambiente militarizado. Las experiencias después de la Guerra Mundial demostraron, con el rearme alemán, cuánto influye en el subconsciente del individuo y también en el de la masa, la educación militar llevada rígidamente al través de los siglos, la inculcación del espíritu de sacrificio, de la gloria militar, del pasado histórico que se hace desfilar constantemente, señalando tan sólo su faz gloriosa. Es la organización militar alemana que desde el **Rey Sargento** en adelante ha dictado normas definitivas a la estructuración material y espiritual de aquel país. El alemán no posee, como se afirma constantemente, un exceso de individualismo — con ello se aproximaría a los pueblos latinos — sino por el contrario, necesita para su desenvolvimiento un campo circunscrito donde le es permitido arar con cierta libertad y autonomía para conocer a fondo lo que le es propio, lo que le pertenece o que administra con cierto espíritu de responsabilidad. Es sobre este terreno que construye, metódicamente y con un absoluto espíritu de burgués satisfecho, sin mayores riesgos, su escalafón de ascensos materiales o espirituales. La limitación de la acción acrecienta, en cierto modo, la potencialidad de trabajo y obliga al detallismo del cabo instructor que ordena tres días de arresto por un botón que no tiene el brillo máximo exigido por los cánones o conduce, en el terreno de la filosofía, a la labor paciente de un Kant y su descendencia, Schelling, Fichte, Hegel y Schopenhauer, de los que dice muy acertadamente Stephan Zweig que llegaron a la filosofía por una alta voluntad de orden, por esa buena voluntad alemana, objetiva y profesional, segura, prudente y convencional (1). Nietzsche los ha combatido duramente, al igual que a los filósofos y como la organización militar alemana, en su aspecto de lenta y metódica superación posee una gran analogía con el progreso intelectual alemán, — este último es hijo de aquella — comprenderemos que el estímulo hábilmente llevado, en momentos psicológicos especiales, puede no solamente hacer reaccionar en el pueblo alemán su fibra militar semioculta pero siempre viva, sino obtener, como demostraron los acontecimientos últimos, la voluntaria y hasta entusiasta capitulación ante "los hechos ineludibles". Es por esta tradición militar centenaria que el signo fatalista se ha apoderado nuevamente de una población que había perdido su equilibrio metódico y cuyo subconsciente exigía la limitación de funciones, tanto materiales como intelectuales, clamando por la estrechez y la responsabilidad limitada que engendran, ambas, la ambición burguesa dentro del mandato superior, de esa conducción de arriba hacia abajo en infinitas gradaciones que proporciona un estado de seguridad y aparente sosiego.



No es secreto alguno que Nietzsche educóse en este ambiente; Pforta, el servicio militar obligatorio, Bonn y Leipzig fueron las tenazas que sujetaban su espíritu extra-alemán y tampoco en Basilea se produce en-

(1) Zweig, Stephan: "La lucha contra el demonio", parte III: *Nietzsche*, Editorial Apolo, Barcelona, 1936.

teramente la liberación de ese orden de cosas impuestas, prueba por demás evidente para apreciar los efectos de una organización inculcada desde la cuna y que, en individuos comunes, emigrados hacia cualquier punto del orbe, ejercen su influencia por mucho tiempo o para siempre. Recordemos ligeramente las colonias alemanas en el Sur del Brasil y de Chile.

Nos explicamos, pues, que Nietzsche contemplara entusiastamente, estando en la pacífica y democrática Suiza, los acontecimientos guerreros de su patria. No quiso permanecer inactivo, solicitó permiso de las autoridades para tomar parte en la contienda y lamentó sinceramente que por su condición de ciudadano suizo se le habilitara solamente para tomar parte en la Cruz Roja. De su estado de ánimo nos habla elocuentemente un fragmento de una carta que dirigiera a su madre: "...¡Me siento muy triste por ser suizo! ¡Nuestra cultura está en peligro y para defenderla no hay sacrificio suficientemente grande! ¡Ese maldito tigre francés!..."

Estas frases las podría haber escrito cualquier alemán tanto a comienzos de aquella guerra como en agosto de 1914. También en Nietzsche reaccionaron, como lo demuestran elocuentemente sus palabras dirigidas a las autoridades de educación de Basilea — allí habla del deber **alemán,** del sacrificio personal —, todos aquellos elementos inculcados por la organización prusiana que comienzan en el hogar, siguen en la escuela y le acompañan en la vida pública hasta culminar en el servicio militar obligatorio. Elisabeth Förster-Nietzsche ha hecho resaltar, en más de una oportunidad, el entusiasmo bélico de su hermano, su concepción clara del deber que sintió en cualquier momento y aun en el tren que los condujera a Erlangen — ciudad donde debiera recibir instrucciones de enfermero — pues allí compuso Nietzsche una canción patriótica de despedida. Aunque no dudamos en ningún momento de la sinceridad de Elisabeth, nos faltan ante todo noticias del mismo frente donde actuara Nietzsche para darnos una impresión más certera de su concepción de los horrores de la guerra. Evidentemente, su hermana no juzgó sino lo observado, pero el haber colocado un pensamiento del capítulo del **Zaratustra** "De la guerra y del pueblo guerrero", al principio de la parte en que trata los años 1870-71 (1), significa un lamentable error, porque el lenguaje parabólico del **Zaratustra** nada tiene de común con las realidades y recuerdos que ella describe.



Existen muy escasos documentos que nos hablen de la impresión que recibiera Nietzsche en pleno campo de batalla que estaba obligado a recorrer. Wagner, el gran psicólogo, intentó muy seriamente retener a Nietzsche de su entusiasmo patrio y argumentó que la psiquis extremadamente sensible de su amigo no resistiría los horrores de una guerra. En efecto, solamente la repentina enfermedad que contrajera a las pocas semanas de haberse incorporado, ha librado a Nietzsche de una concepción definitiva sobre la guerra, si bien hablan muy elocuentemente las frases que dirige a Gersdorff en la única carta en que relata sus impresiones. La misma hermana reconoce que los efectos fueron tales que necesitó años para olvidarlos y hacer un relato sereno de lo visto y vivido. Recordemos sus frases en la conversación con Rohde: "¡De esto no se puede hablar, es imposible! ¡Debe tratarse de condenar estos recuerdos!"

Ante esta escasez de documentación —en la carta a Wagner no habla sino de las causas que produjeron su enfermedad— merece una especial atención la cita que hace su hermana en una publicación posterior (2):

(1) Elisabeth Forster-Nietzsche, *Das Leben Friedrich Nietzsches,* Leipzig, 1897, tomo II, pág. 28. Figura como *motto* la siguiente sentencia: "La guerra y el valor hicieron cosas más grandes que el amor al prójimo. No vuestra compasión sino vuestra valentía salvaron hasta ahora a los accidentados."

(2) Elisabeth Forster-Nietzsche, *Der jungle Nietzsche,* Stuttgart, 1912, págs. 267-68.

"Fué muchos años más tarde, cuando tantas de sus ideas se habían transformado. Durante un paseo en las inmediaciones de Naumburg, me hizo un relato de cómo llegó a una pequeña ciudad atravesada por una carretera, después de esas peregrinaciones espantosas (al través de los campos de batalla), que conmovieron hasta lo más hondo su corazón. Cuando torció por un muro de piedra, avanzando unos pasos, sintió súbitamente un ruido ensordecedor y un maravilloso escuadrón pasó cual una nube luminosa a su lado, magnífico como expresión del valor y orgullo (Mut un Übermut) de un pueblo. Aumentó más aun el estrépido y siguió su querida artillería de campaña en plena carrera. ¡Cuánto sentía no poder montar un caballo en lugar de permanecer inactivo al costado de aquel muro! ¡Al final vino la infantería a paso de carrera! Brillaban los ojos y el paso regular sonaba en el suelo firme cual potentes golpes de martillo. Y mientras avanzaba impetuosa, ante él, toda esa tropa, en dirección a la batalla, hacia la muerte, tan magnífica en su fuerza vital, en su valor por la lucha, tan completa la expresión de una raza que quiere vencer, dominar o perecer, **entonces sentí por primera vez, hermana mía, que la voluntad más fuerte y más elevada por la vida no llega a expresarse en una miserable lucha por la existencia, sino como voluntad por la lucha, como voluntad de dominio y predominio.** Pero, seguía Nietzsche después de una pausa, **también sentí la ventaja de que haya colocado Wotan en el pecho de los estrategas un corazón insensible. Cómo podrían ellos soportar, de otro modo, la enorme responsabilidad de mandar miles de hombres a la muerte para conducir a su pueblo y con ello a sí mismos hacia el poder".** Hasta aquí la reconstrucción que hizo del relato Elisabeth, en la ya citada obra, escrita en 1912. Tres años más tarde, con motivo del 70º aniversario del nacimiento de Nietzsche publicó una nueva obra en la que vuelve a citar este episodio. Pero esta vez nótase en la



hermana la influencia del ambiente, convulsionado por una guerra sin cuartel. En aquel año de victorias continuas, su entusiasmo le induce a hacer un comentario en el que pretende justificar que aquel avance de tropas motivó la concepción de la voluntad del dominio y del superhombre (1). Nosotros dudamos de esta aseveración. Todo aquel que ha presenciado acciones cerradas, como simple espectador, se encuentra en una situación muy distinta al que marcha dentro del pelotón de individuos en dirección a la muerte. La descripción algo ditirámbica de Nietzsche no puede tomarse muy al pie de la letra cuando se tiene en cuenta la estrategia de 1870, época en que se acostumbraba entrar en combate con las banderas desplegadas, la banda de música marchando junto al batallón y éste luciendo uniformes del más vivo color. Las condiciones de lucha han cambiado mucho en los últimos cincuenta años y el punto de vista de Nietzsche, que tiene algo de la emoción que embarga a todo individuo sensible en un desfile marcial de tro-

-----

(1) Elisabeth Forster-Nietzsche, *Wagner und Nietzsche zur zeit ihrer Freundschaft,* Munich, 1915. El comentario a que hacemos referencia es el siguiente: "Muchos, infinitamente muchos vivieron en aquel entonces cosas parecidas, pero los ojos del filósofo miran de un modo distinto al de otras gentes y encuentran conocimientos nuevos en hechos que conducen a otros hacia resultados opuestos. Al pensar mi hermano años después en estos acontecimientos, cuán diferente y múltiple debe haberle parecido el sentimiento de la compasión que tanto alabó Schopenhauer, en comparación con aquel maravilloso aspecto de la voluntad de la vida, de la lucha y del dominio. Aquí vió un estado en el que se identifican en el hombre sus impulsos más fuertes, su buena conciencia y sus ideales y vió este estado no solamente en los ejecutores de esa voluntad de dominio, sino, ante todo, en la situación del estratega mismo. En aquel entonces obtuvo por vez primera la convicción de que el hombre grande tiene derecho a sacrificar hombres, tal como se concede al estratega y como se ha concedido a los más grandes conductores espirituales de la humanidad y a todos los grandes inventores, para la realización de sus planes, con el fin de alcanzar sus más elevados propósitos." (Véase pág. 62 de la obra citada.)

pas engalanadas, sería sin duda distinto. No llegó a conocer la miseria de las trincheras, la **tierra de nadie,** los embudos y alambrados, los gases, la aviación, las armas automáticas, la desaparición total del color en el uniforme, la confusión con la tierra misma, la eliminación total del valor personal debido a la lucha a gran distancia, mediante cañones de grueso calibre. Ante semejantes hechos hasta la concepción del valor de la lucha guerrera en sí, está llamado a adoptar nuevos puntos de vista.

## II

...pero yo perdí la fe en los "grandes acontecimientos" en cuanto noto en torno de ellos mucho ruido y mucho humo...

...Los más grandes acontecimientos no son nuestras horas más ruidosas, sino las de más silencio.

El mundo no gira alrededor de inventores de nuevos ruidos, sino de nuevos valores. Y el mundo gira en silencio.

*Así habló Zaratustra.*

Con lo que antecede, podemos cerrar por el momento la exposición de citas de la primera fase evolutiva de Nietzsche en las que se pronuncia afirmativamente por la necesidad de la guerra, lo cual atribuímos a su penetración de lo griego y al ambiente bélico que lo rodeaba.

Pasemos ahora a una manifestación totalmente opuesta a la que citamos al principio y que figura a su vez en la misma obra, o sea, **Humano, demasiado humano,** titulándose, "Medios para llegar a la verdadera paz":

"Ningún gobierno confiesa hoy día que sostiene su ejército para satisfacer, cuando llegue la ocasión, su deseo de conquista. Por el contrario, el ejército debe ser-

vir para la defensa del territorio. Para justificar este estado de cosas, se apela a una moral que aprueba la legítima defensa. De esta manera, cada Estado se reserva para sí el privilegio de la moralidad y atribuye al Estado vecino la inmoralidad, pues hay que suponer a éste dispuesto al ataque y a la conquista si el Estado ha de verse en la necesidad de pensar en los medios de defensa. Además, se acusa al otro Estado, que, lo mismo que el nuestro, niega la intención de atacar y afirma que no sostiene su ejército más que por razones de defensa; se le acusa, digo, de ser hipócrita y un criminal astuto que querría lanzarse, sin lucha, sobre una víctima inofensiva y torpe. En estas condiciones se encuentran hoy todos los Estados, unos frente a otros; admiten las malas intenciones del vecino y se atribuyen las buenas. Pero esta es una humanidad tan nefasta y peor aun que la guerra. Es ya una provocación y un motivo de guerra, pues se atribuye la inmoralidad al vecino y por este medio se trata de justificar los sentimientos bélicos. Es preciso renegar de la doctrina del ejército como medio de defensa tan categóricamente como de los deseos de conquista. Y llegará un día quizás en que un pueblo distinguido en la guerra y en la victoria por el más alto desarrollo de la disciplina y de los talentos militares, habituado a hacer los más grandes sacrificios a estas cosas, exclamará libremente: ¡Nosotros rompemos la espada!, destruyendo así toda su organización militar hasta en sus fundamentos. **Hacerse inofensivo** siendo temible (cuando se ha sido temible), guiado por la elevación de sentimientos: éste es el medio de llegar a la verdadera paz, que debe basarse en una disposición de espíritu apacible, mientras que eso que se llama la paz armada, tal como al presente es practicado en todos los países, responde a un sentimiento de discordia, a una falta de confianza en sí y en el vecino, e impide deponer las armas, ya por odio, ya por temor. Antes morir que odiar o temer, y antes morir dos veces que hacerse odiar



y temer: ésta será un día la máxima superior de toda sociedad organizada. Sabido es que nuestros representantes liberales del pueblo carecen de tiempo para reflexionar en la naturaleza del hombre; de lo contrario, sabrían que trabajan en vano predicando una disminución gradual del servicio militar obligatorio (1). Por el contrario, sólo cuando esta miseria llegue a su máximo, estará el remedio cerca. El árbol de la gloria militar no podrá ser destruído más que de una sola vez, por un solo rayo; pero el rayo, ya lo sabéis, viene de la nube... y de lo alto."

¿Acaso no sería posible imaginarnos este artículo escrito en nuestros días, y publicado en una revista de tendencias pacifistas? Si excluímos la parte del aforismo en que habla de **hacerse inofensivo,** lo cual resulta en los actuales momentos inverosímil en vista del afiebrado armamentismo de la hora, encontramos una honda penetración del rumbo escogido por los actuales gobiernos y de la estrecha visión que poseen los pueblos europeos de los problemas fundamentales de la humanidad en medio del caos que se avecina. Pero aun en el caso que renunciáramos a la actualidad que encierra el aforismo, encontraríamos en él una gran semejanza con la obra de Kant, **De la paz eterna.** Nos parece extractado de ella y vemos que las ideas expresadas por Nietzsche se encuentran orientadas por la idea regulativa de aquél.

El aforismo que recién citamos en contraposición a los anteriores no se encuentra en forma aislada en la obra total de Nietzsche. Podríamos agregarle varios de igual o parecido tenor, pero hemos de citarlos más adelante, en relación directa con sus ideas sobre el Estado y la cultura.

Toda persona que ha estudiado a fondo sus obras

-----

(1) Ovejero y Maury traduce equívocamente: de las cargas militares.

comprenderá que no es posible señalar a Nietzsche como un apóstol decidido de la paz. En la literatura hasta ahora aparecida tampoco se ha intentado hacerlo, así creo. Pero igualmente erróneo sería llamarle el filósofo de la guerra por algunos conceptos vertidos en sus obras que están en plena contradicción con otras páginas.

Hemos de confesar que nada obtenemos mediante la extracción y acumulación arbitraria de citas. ¿Con qué derecho podríamos justificar que ellas expresan la verdadera opinión de Nietzsche y que lo restante que no coincide debería rechazarse? Llegaríamos a los resultados muy extraños y ante todo, dudosos, parecidos a aquellos que obtuvieron en los últimos años varios escritores, al tomar como punto de partida la doctrina de Nietzsche de la voluntad del dominio que en ninguna parte aparece con tanta fuerza y pureza, según ellos, como en el genio guerrero. En esta "forma más concluída de la potencia genial" ven el punto culminante del concepto del mundo de Nietzsche. Vemos que para ellos, el genio guerrero es el superhombre, lo cual significa en otras palabras, que consideran al generalísimo de un ejército el superhombre. La tan discutida figura de Napoleón debería recibir, por consiguiente, este distintivo, pero no olvidemos que el corso tenía en su haber otras condiciones destacadas además de las del estratega. Como ejemplo podríamos citar, recurriendo al presente, la figura del mariscal Badoglio que, según instrucciones recibidas de otro individuo considerado hoy un superhombre, representa el más craso ejemplo, dentro del derecho internacional, del robo llevado a cabo con premeditación y alevosía. Basta leer las memorias de Foch o de Ludendorff, ya a cierta distancia de la guerra y de la aureola que los envolvía en aquel entonces para conocer la verdad acerca de los genios guerreros y de las víctimas que contribuyeron, con más heroísmo que ellos, a su desmerecida fama.



Los escritores que vieron en el generalísimo la corporificación del genio guerrero, o en su defecto, del superhombre, obtuvieron con semejante establecimiento consecuencias de cierta lógica, pues afirmaron, a continuación, que el genio guerrero exige la guerra como condición preliminar e inevitable. También aquí estamos de acuerdo, y la historia de los últimos años nos ha demostrado que los Estados mayores de los ejércitos en pugna abrigaron desde tiempo atrás la esperanza apenas contenida de **entrar en acción.** Los que erigen el genio guerrero como culminación de un desarrollo cultural, tienen que considerar la guerra como una necesidad y si seguimos por un momento la hilvanación de argumentos de esos escritores llegaríamos a la siguiente conclusión: según Nietzsche, sin la forma máxima de la santificación de la guerra no podríamos contar con el genio militar, el único capaz de darle posibilidad de desarrollo.

Por otro lado exige la guerra como condición preliminar y absoluta el Estado, sin cuya organización sería imposible contar con la disciplina, el respeto, la obediencia y las disposiciones que representan la base de toda guerra moderna. Este modo de interpretar las cosas es por demás convincente y no admite objetivaciones. Sabemos que el genio del estratega necesita de la guerra para desenvolverse, de las eventualidades que presentan los choques efectivos y sangrientos para el cúmulo de sus experiencias y últimamente, de la organización del Estado, sin la cual la guerra no es posible. Explotando aún más este tema, podríamos decir que el genio militar necesita para sus propósitos bélicos de un poderoso aparato militar, de masas humanas disciplinadas, de jerarquías superpuestas con limitadas responsabilidades. Sin esta organización la guerra sería imposible y tendríamos una garantía muy sólida de paz. Y viendo el asunto desde otro punto de vista, diríamos que la gran organización militar, por sus condiciones "pro-

fesionales" intrínsecas, puja incesantemente hacia la actividad, lo cual equivale decir, hacia la guerra. Ni la oficialidad mayor ni el genio del estratega se desarrollan en las maniobras, sino en la más cruenta realidad.

Pero con todas estas deliberaciones nada hemos obtenido para la comprensión de la filosofía de Nietzsche. Debemos establecer todo lo contrario. Si Nietzsche hubiese visto realmente en el genio militar el más elevado y más valioso tipo de hombre, hubiera tenido que magnificar no solamente a la guerra en sí sino al Estado, considerando a este último como condición previa e inevitable para garantizar el nacimiento de este tipo máximo de hombre.

Detengámonos un poco en este asunto, penetrándolo mejor. Encontramos numerosas manifestaciones en las obras de Nietzsche en que se declara un enemigo del Estado. Esto no lo pueden negar las personas que buscan establecer esa doctrina guerrera de Nietzsche y buscan refugio en la siguiente interpretación: "Nietzsche ha tenido que afirmar el Estado ideal. Sus ataques violentos se dirigieron a formas de Estado reales que, en sus defectos manifiestos y palpables, quedaban muy alejados de su verdadera misión que tendría que llenar el Estado según el concepto de nuestro filósofo".

Sin embargo, semejante argumento no puede emplearse en Nietzsche cuando se quiere juzgar imparcialmente su posición frente al Estado. En su primera época, Nietzsche vió realizado el ideal del Estado en la **polis** griega, como veremos más adelante. Sin embargo, el entusiasmo por la polis no se mantuvo en él por mucho tiempo, retrocediendo ante un concepto considerablemente más frío. En cambio, observamos que cobraba interés, en forma creciente, un ideal muy distinto, concebido desde muy joven por Nietzsche: el Estado universal europeo. En realidad debemos dudar, con mucha razón, si semejante cuadro, tan dilatado, merece aún la denominación de **Estado.** Se sabe que suplantó la palabra



**Estado** solamente en un fragmento que pertenece a su temprana producción, con las de **Estado universal.**

Aunque no es propósito nuestro adelantarnos a una exposición posterior más detallada, podemos decir desde ya que el ideal de una Europa unida anhelado por Nietzsche no significa, en modo alguno, la eliminación de ciertos defectos del Estado moderno, sino más bien de su anulación debido a sus motivos de constitución y su esencia misma. Nietzsche no participó nunca de las "utopías de pensadores anárquicos", ni tampoco se meció en alas del "hermoso sueño de una futura sociedad sin Estado". Pero a la vez podemos asegurar que menos aun ha cantado loas al Estado, siempre que nosotros diéramos a ese concepto del Estado un contenido determinado. Y esto es posible solamente cuando tenemos en cuenta las formas verdaderas del Estado, o sea, el Estado en su realidad absoluta. Nietzsche cuando habla del Estado, se ha referido siempre a las legítimas creaciones del mismo. No es posible creer en una orientación distinta.

Por otra parte no basta que se considere verdadera la opinión de Nietzsche al basarnos en sus manifestaciones sobre el Estado, emitidas de un modo contrario al mismo. Considero que la importancia capital reside más bien en el hecho de averiguar hasta qué punto arraiga en las profundidades de su concepto del mundo la opinión que llega a expresar en esos juicios y cómo, necesariamente, aparece la resultante de las tendencias fundamentales de su pensamiento. Veamos, pues, por un momento, los motivos fundamentales de los juicios de Nietzsche, realizando un análisis escueto de la evolución del punto de vista de este filósofo frente al problema de la cultura. Ya en 1901 señaló Alois Riehl, decididamente que Nietzsche debiera ser llamado el filósofo de la cultura y hoy, a treinta y cinco años de distancia de un pronunciamiento tan claro debemos confirmar que el problema de la cultura ha sido el eje de su pen-

samiento. Si se quiere enfocar y analizar su posición frente a cualquier problema será necesario primero conocer a fondo su concepto de la cultura. El estudio de la teoría cultural de Nietzsche nos facilita no solamente la explicación de su complicado sistema filosófico, sino a la vez los temas que abordamos en este trabajo.

## III

La antítesis de lo dionisíaco y apolíneo en el alma griega fué uno de los grandes misterios que me atrajeron.

*La voluntad de dominio.*

En la primera "Consideración intempestiva" encontramos varias definiciones sobre la cultura. Como condición indispensable para la misma está "la diversidad que converge hacia la armonía de un estilo" y la cultura en sí es "ante todo unidad de estilo artístico en todas las manifestaciones de la vida de un pueblo". Al enfrentar este concepto a la mezcla caótica de todos los estilos, a la barbarie o ausencia de cultura, Nietzsche hace tan sólo aparentemente una apreciación parcial. No hay tal clasificación en barbarie y estilo bello, que muchos creen ver en estas palabras. Nietzsche ha dicho abiertamente que es imposible unir la esencia de la verdadera cultura con el abismo que separa lo interior de lo exterior, el contenido de la forma, en la vida cultural alemana de su tiempo. Muy por encima de la nueva unión política que se produjo después de 1871, coloca la destrucción de las diferencias abismales y anhela una unidad superior en la vida y el espíritu de la nación. Nietzsche señala el gran peligro de la intimidad, proverbial en los alemanes, temiendo que el contenido, imposible de ser observado

desde afuera, pueda perderse en un momento determinado sin que nadie se aperciba de ella ni sepa algo de su existencia anterior. Debe reconocerse, pues, la ventaja que tiene el concepto de la cultura en los pueblos romanos quienes daban una gran importancia a lo convencional que tanto desprecia el alemán. Pero Nietzsche tampoco comparte este punto de vista por los serios peligros que encierra. La forma muy fácilmente se puede volver rígida, lo exterior tornarse superficial. La cultura degenera así en decoración de la vida. Podemos concluir, por consiguiente, que el peligro de una desaparición del contenido por abandono de la forma, constatable en los alemanes, se enfrenta a la superficialización de la forma por haberse exagerado los valores de esta en los pueblos romanos.

Entre estos dos extremos de una cultura sin forma y otra decorativa se encuentra la cultura legítima. Y este camino ideal en el que se manifiesta la íntima esencia de la cultura, lo recorrieron los griegos. Nietzsche enfrenta el concepto griego de una cultura verdadera al concepto romano de una cultura decorativa y descubre que los alemanes no poseen ni siquiera esta última que no deja de ser cultura por tener unidad de estilo. Encuentra en Alemania solamente una seudocultura cuyos efectos son tanto más nefastos cuanto que ellos, al simular una cultura verdadera, ahogan todo comienzo de la misma. Nietzsche señala con más precisión aún esa seudocultura, empleando en lugar de palabra **Kultur** la de **Bildung,** sinónima de la primera, pero que le permite señalar la existencia de un tipo de hombre especial, muy común en todos los países civilizados, el **Bildungsphilister,** o sea, el filisteo de la cultura (1). Este tipo represen-

(1) Wagner, en su "Obra de arte del futuro" ya definió al filisteo de la cultura, pero Nietzsche ha llevado este tema a un nivel muy superior. El no se interesaba ni por la masa ni por los filisteos, pero desde el momento en que estos últimos penetran



ta la personificación de la seudocultura, de la mediocridad o de la ineptitud y recibe de su parte un rudo castigo en la figura de David Strauss.

El filisteo basa su cultura en el provecho y la felicidad personales, su individualismo se nutre del ego, su cultura le sirve en primer término como consejera en situaciones de apremio, en su trabajo y sus necesidades y finalmente, como medio para deleitarse. Quizás definiríamos mejor este último aspecto diciendo que le es un medio de fruición. Nos encontramos con una cultura de compromiso, utilitaria y carente de sinceridad, que no tiene el valor suficiente para enfrentarse a los grandes problemas de la vida, que no los ve o no los quiso ver. Todos los grandes valores culturales **están rebajados y** denigrados en un sentido hedónico y utilitario. La religión descendió a una alabanza optimista de un orden lógico del universo, la ética se ha vuelto una mezcla imprecisa de pensamientos darwinistas y de un altruísmo cristiano. El arte, por fin, es concebido solamente como una distracción y un descanso de las preocupaciones que ocasionan la vida diaria, los negocios y el hogar.

Nietzsche ha dicho claramente que la cultura recién empieza donde termina el saber y aprender para vivir,

al verdadero terreno espiritual, salta a la defensa de los intereses de la cultura legítima. Wagner veía en el filisteo más bien un burgués satisfecho; Nietzsche reconocía en el filisteo una educación intelectual elevada, pero sin el conocimiento de la vida misma, un tipo de hombre al que caracteriza una espiritualidad sin vida, sin sangre. Le subleva la "elocuencia tibia", el "entusiasmo que se desliza en pantufla de fieltro", de esos llamados "intelectuales" que se enorgullecen de sus "intereses espirituales" cuando ambulan en los teatros, conciertos y museos. "Ese *paradoxon,* el hombre científico, ha llegado últimamente en Alemania a un apresuramiento como si la ciencia fuese una fábrica... Ahora trabaja tan duramente como la cuarta clase, la de los esclavos; su estudio ya no es una ocupación, sino una necesidad; él no mira para ningún lado y atraviesa todos los negocios y también todas las dudas que encierra en su seno la vida, con esa atención media o con aquella necesidad de reposo tan repelente como la que le es propia al obrero agotado.

"en una capa atmosférica que está muy por encima del mundo de las necesidades, de la lucha por la existencia". Es así que nos explicamos que Nietzsche, en sus "Conferencias sobre el porvenir de nuestros establecimientos de enseñanza", de las que citamos recién tan hermosa definición, separa enérgicamente los establecimientos de educación, yo diría mejor, los institutos de cultura, de los otros donde se enseña a enfrentarse con las necesidades de la vida. Estos existen, pero los otros están por crearse.

En la segunda "Consideración intempestiva" nos explica Nietzsche en una frase sintética la finalidad que persigue con el establecimiento de institutos de cultura: "la meta de la humanidad no puede estar en el fin sino solamente en sus más altos ejemplares". Con ello nos dice que la finalidad suprema de la cultura está en la creación del genio. No podemos negar que el concepto de la cultura de Nietzsche recibe así un carácter aristocrático bien definido, fortaleciendo considerablemente su primitiva concepción artística. Atribuímos un valor muy superior a una época en la historia de las artes en que existen solamente pocos genios sobresalientes en medio de muchos individuos de condiciones inferiores. Un período cultural que posee un gran número de talento "respetables" pero que carece en absoluto del genio avasallador representa un peso muerto en la evolución de las artes. Esta avaluación en un terreno especial como lo representan las artes en la cultura, la extiende Nietzsche a la vida cultural en su totalidad. No reconoce ninguna otra y sostiene que el valor de una cultura depende de la altura que en ella ocupa el tipo hombre. No admite un término medio de los individuos sino solamente las cimas más elevadas que alcanzó entre ellos la humanidad. Esto significa, en otras palabras, que el valor permanente e indestructible de una época cultural está en sus genios y toda cultura legítima debe orientar sus fuerzas hacia la creación de ellos.



Es emocionante este concepto de la cultura de Nietzsche, posee una intensidad enorme y se asemeja a la orientación gótica que tiende hacia lo alto y que se distingue considerablemente de lo que comúnmente se llama cultura extensiva. Nietzsche combate sin cuartel toda extensión y divulgación y sostiene que dificulta la elevación, destruye sus raíces y conduce a su desaparición. Luego señala dos corrientes aparentemente contrarias, pero igualmente perjudiciales que dominan en los institutos de enseñanza. Por un lado se observa la ampliación y divulgación de la cultura, por otro la disminución y el debilitamiento de la cultura en sí. Por diversos motivos se exige que la cultura sea llevada a todas las capas sociales. Esta es la primera de las dos tendencias. La segunda exige de la cultura que abandone sus pretensiones más elevadas, sus aspiraciones más caras, para permanecer al servicio de cualquiera otra forma de vida. Señalemos, para citar un ejemplo, su subordinación a las necesidades del Estado. El deseo de ampliar la cultura radica en puntos de vista utilitarios y tiene por base el dogma de la economía nacional. Con el conocimiento y la cultura se pretende obtener el máximo de producción y llenar todas las necesidades. Con este procedimiento de lograr la felicidad material mediante la cultura, se combate a toda cultura verdadera y solitaria y se le suele llamar egoísmo superior o epicureísmo inmoral de la cultura.

Hay dos motivos más que conducen a la extensión de la cultura. Ellos son, por un lado, el miedo por el yugo religioso que despierta el deseo de utilizar la cultura como medio para disolver los instintos religiosos y el intento de explotar la cultura para y por el Estado.

Junto a estas tendencias aparece la disminución de la cultura en la especialización, de estrecho horizonte y de una falta de interés absoluta por lo que sucede más allá del terreno que abarca el profesional especializado. Estos conocimientos circunscritos, aislados, están muy lejos

de la cultura verdadera; tienden hacia la destrucción del deseo por poseer cultura y constituyen un fenómeno inevitable en la educación de las masas. A esta situación se asemeja el período cultural alejandrino, el que tiene puntos de contacto con el nuestro.

Nietzsche señala luego un fenómeno característico en nuestros tiempos en el que se encuentran las dos orientaciones: la ampliación y la disminución de la cultura. Se refiere al periodismo puesto al servicio de la divulgación de una cultura general. La labor de divulgación es comparable a la de un jornalero, porque el diario, el **journal**, tiene el atrevimiento de colocarse en el sitio de la cultura. El individuo culto que todavía tiene exigencias de cultura, suele recostarse a esa capa pegajosa de mediación entre todas las formas de vida, todas las profesiones, ciencias y artes, cuyas junturas están llenadas por una masilla tan "segura" y "sólida" como suele ser la resistencia del papel de diario. En el **diario** culmina la extraña tendencia cultural del presente. El periodista, sirviente de lo momentáneo, se ha colocado así en el lugar del gran genio, del conductor de todos los tiempos y del redentor de lo momentáneo y fugaz.

Nietzsche exige, frente a esta degeneración de la cultura, su reducción, concentración, robustecimiento y sobriedad. Es por este camino que Nietzsche cree alcanzar la altísima meta de toda cultura legítima, de esa cultura verdadera que está en la formación de pocos hombres, seleccionados y bien dotados para realizar obras grandes e imperecederas. La posterioridad podrá juzgar el estado de cultura de un pueblo solamente por sus solitarios genios y según la forma en que fueron reconocidos, ayudados y venerados, o, por el contrario, disecados, maltratados y destruídos. También opina que la naturaleza produce muy raras veces hombres capaces de recorrer este camino verdadero de la cultura y su convencimiento de la naturaleza aristocrática del espíritu permanece inconmovible.



En esta primera fase de su evolución, Nietzsche orienta metafísicamente su concepto de la cultura. El genio nace en otro mundo, toda incursión violenta en el reino del inconsciente destruye a la verdadera cultura. El pueblo establece solamente contacto con la cultura en regiones profundas donde cuida sus instintos religiosos, donde venera sus cuadros místicos y permanece fiel a sus costumbres, derechos, suelo e idioma. La masa representa el vientre y los senos maternos de los que surge y con los que se alimenta el genio. Todo vocero que pretende instruir las masas, desconoce su función primodial y la relación que guarda con sus individuos sobresalientes. En el fondo, se pretende con la educación cultural de las masas su emancipación del dominio de los grandes individuos, la destrucción del orden sagrado en el reino del intelecto. En lo que se refiere a la cultura legítima, las masas tienen solamente importancia mientras fomentan el surgimiento de las grandes individualidades, pero ellas carecen de valor propio. El juicio de Nietzsche no puede ser más terminante; para él, las masas merecen solamente atención en tres aspectos: como copias confusas y mal reproducidas de los grandes hombres, como resistencia frente a ellos y como herramientas de los mismos. Por lo demás, concluye, "que se las lleve el diablo y la estadística".

En plena coincidencia con el por él venerado Burckhardt niega el relato histórico desde el punto de vista de las masas. Se refiere a esa interpretación histórica que considera los grandes impulsos de los pueblos como lo más importante y a los grandes hombres simplemente como su expresión más definida. Nietzsche niega que las masas pueden crear de sí mismas lo grande y que el caos pueda de sí mismo producir el orden. Tampoco reconoce las leyes que suelen establecer los que escriben historia según estos principios. Pero entre la masa y los individuos geniales existe una capa media cuyos componentes suelen estar muy por encima de un término me-

dio de la cultura, sin alcanzar por ello las alturas del genio. Son estos seres los que deben ayudar al nacimiento del genio y a la creación de sus obras y es a ellos a quienes se refiere Nietzsche cuando habla de los "no muy pocos de la fila de los dotados, de segunda y tercera categorías". Su participación en el establecimiento de institutos de cultura legítima tiende hacia la eliminación de la enseñanza utilitaria; daría término a su obra en la que estarían borradas las huellas del sujeto, "elevándose por encima de las alternativas de los tiempos como el reflejo más claro de la esencia eterna e inconmovible de las cosas".

Para completar ahora el establecimiento del concepto de la cultura de Nietzsche, en su primera fase, debemos citar a la vez su marcada antipatía por todo intelectualismo. También este punto de vista radica en la metafísica, porque el saber mucho, la acumulación consciente de conocimientos, es un freno para el desenvolvimiento de las artes contemporáneas, porque todo crecimiento en el dominio del arte debe realizarse en la profunda noche, del mismo modo que no debe despertarse al pueblo del sueño reconfortante en las profundas regiones de lo inconsciente. Toda ilustración destruye las fuentes de la cultura legítima.

El concepto de la cultura antiintelectualista de Nietzsche sirve de punto de partida para juzgar el desarrollo de la cultura griega y puede definirse en los conceptos opuestos "dionisíaco" y "apolíneo". Eurípides introduce los primeros síntomas de decadencia en la tragedia con su pensamiento crítico, la reflexión, el razonamiento. En el terreno de la filosofía, Nietzsche obtiene resultados idénticos por ser consecuente con su punto de vista, si bien llega a una apreciación que es dudosa, si la observamos de una manera objetiva. Partiendo desde su concepto de la cultura, adjudica a los presocráticos el florecimiento de la filosofía griega y los coloca por encima de una personalidad tan genial como Platón, tipo mixto



que carece de unidad. Es la relación íntima de Anaximandro, Pitágoras, Heráclito y Empédocles con el suelo dionisíaco, su misterioso surgimiento del seno de lo indeterminado, el respeto ante lo insondable, el reconocimiento de una necesidad mística, lo que los distingue de Sócrates, antípoda de la mística y causante de la decadencia filosófica griega, quien desvaloriza lo instintivo e inconsciente, destruye la espontaneidad del juicio ético y condena como inmoral toda actuación guiada por impulsos obscuros y desconocidos. Las escuelas socráticas de los cínicos y hedónicos revelan un desastroso descenso en el sentido estrictamente filosófico y las orientaciones posteriores de los estoicos y epicúreos, que de ellas surgen, son de un escaso valor. Todos tienen el principio común de basar la vida en un conocimiento razonable, todo tiende hacia la obtención del provecho y de la felicidad individuales. El que alcanza esta meta de la felicidad personal y el que sabe organizar su vida según este conocimiento, es considerado un sabio. Este ideal del sabio, varía naturalmente de un modo infinito según los puntos de vista de cada uno que ve distintamente la fuente de la felicidad individual y el modo de alcanzarla.

Para Nietzsche, el desarrollo de la cultura griega es el mejor ejemplo para señalar la influencia perjudicial del intelectualismo en la cultura legítima. Esto nos explica su sentencia en la que sostiene que una vida dominada por el saber es muy inferior en fuerza creadora de cultura que otra dominada por los instintos. Estos conceptos, vertidos sobre la masa, las extiende Nietzsche al individuo, haciendo resaltar siempre la necesidad de lo misterioso en la creación, fuente de la cultura legítima. Su combate se dirige a todo lo que no proporciona, como conocimiento, una vivificación inmediata. El conocimiento fructífero está estrangulado por la "maleta escolar" de los conocimientos históricos, llenada hasta el to-

pe de elementos inútiles, de piedras pesadas e indigeribles, de un saber muerto. Los conocimientos no proceden de la observación inmediata de la vida misma, ellos son mediatos y se refiere a conocimientos muertos que suman millares y "llenan inútilmente la cabeza de los jóvenes, transformándolos en enciclopedias ambulantes". El conocimiento es la "estupidez premeditada" en la que se refugian los que no resisten la multitud de impresiones primitivas, obscuras, poderosas e inexplicables. Y los que tienen una conciencia más desarrollada y más fuerte y llegan a conocer tal estado de cosas, experimentarán quizás repulsión.

Para combatir esta enfermedad histórica y enciclopédica recomienda Nietzsche el arte y la fuerza de saber olvidar, encerrándose en un horizonte limitado, que por cierto no es el horizonte estrecho de los especialistas, sino del individuo que busca los elementos que están por encima de lo histórico y que son expresión de lo permanente e inmutable: el arte, la religión y la filosofía. Estos poderosos elementos nos alejan de lo efímero e incompleto y nos conducen hacia lo que imprime a la existencia un carácter de eternidad.

## IV

> Tengo un instinto mejor desarrollado que cualquier otro hombre para percibir los síntomas de ascensión y de decadencia.
>
> *Ecce homo.*

Lo que acabamos de exponer en el capítulo anterior, en forma completamente sintetizada, se refiere a la primera etapa del filósofo cuyos pensamientos encontramos en sus trabajos de esa época, dependientes, todos ellos, como sostienen muchos, de las ideas filosóficas y artísticas de Schopenhauer y Wagner. Esta dependencia, por cierto, fué muy limitada, como lo ha demostrado principalmente la publicación de los apuntes inéditos pertenecientes a ese tiempo. El que estudia atentamente sus obras nota en el "Origen de la Tragedia" y la "Cuarta Consideración Intempestiva", esta última dedicada a Ricardo Wagner en Bayreuth, que está latente el gran conflicto con los que fueran en un tiempo sus ídolos. Richter, Hildebrandt, Griesser y muchos otros señalaron claramente las diferencias. Cuando llegó el momento en que tuvo Nietzsche la necesidad de elegir entre los filósofos trágicos y los conflictos de la época, cuando asomó en él más que nunca el sacerdote y su orden severo frente a la bohemia de Wagner y lo híbrido de su escena, cuando su orientación definitiva hacia la afirmación de la vida

chocó violentamente con la resignación de Schopenhauer, cuando no pudo concluir el problema de cómo se hubiera desarrollado Platón sin Sócrates, problema que hubiera terminado quizás en una anticipación al superhombre, entonces surge una época de transición en la que busca Nietzsche afanosamente a su Dios.

En aquel entonces ya se diferenciaba de Schopenhauer en dos puntos importantes. Según éste, el conocimiento científico, que progresa según la lógica de la frase de la causa —del "principium rationis sufficientis"— se limita al mundo de la aparición y está incapacitado para llegar a la **cosa en sí.** No es un conocimiento de la verdad sino de la ilusión. Arte y filosofía, en cambio, forman una serie de etapas en el conocimiento de la verdad que descubren al hombre con creciente claridad la verdadera esencia del mundo.

Nietzsche valoriza el arte, la religión y la filosofía de idéntica manera, pero no lo hace según su contenido de la verdad. No lo menciona siquiera y en otra oportunidad lo desconoce, sosteniendo que la metafísica nada tiene que ver, ni como religión ni como arte, con lo llamado "verdadero o permanente en sí". Esta manifestación, que data del año 1868, está en posición opuesta a las ideas de Schopenhauer. En 1872 considera el arte, la religión y la filosofía como ilusiones que intensifican la cultura, lo que la fomenta no tiene que coincidir de modo alguno con la verdad, ni lo que detiene a la cultura con la falsedad. Además, para Schopenhauer, arte, religión y filosofía son fuerzas enemigas de la vida, porque conducen, según él, hacia la liberación del impulso de la voluntad y hasta a la negación de la misma. Para Nietzsche, desde su primera fase, son fuerzas afirmativas de la vida, la conservan, fomentan y superan. De ahí nace el temprano conflicto con el cristianismo como religión de los débiles.

Desde un principio existió un abismo entre Schopenhauer y Nietzsche; este último tan sólo se percató de ello



a medida que avanzaba en sus exploraciones. Creyó erigir su teoría de la cultura sobre la metafísica de un maestro que en un tiempo le produjera efectos fascinadores. Pero del injerto forzoso surgió el derrumbe de los fundamentos metafísicos schopenhauerianos y exigió una reconstrucción con elementos propios. Bajo estos principios se desarrolla la segunda fase. En ella, Nietzsche abandona el ideal romántico de la cultura, enemigo de todo intelectualismo y proclama ahora la libertad del intelecto y la soberanía del espíritu libre. Según sus primeros trabajos, la filosofía no debía ser ciencia exacta; ahora es considerada como tal. La metafísica es rechazada como ciencia, porque trata de los errores fundamentales de los hombres como si fuesen verdades fundamentales. Al método analítico e histórico que anteriormente combatiera sin cuartel le erige ahora un pedestal y este modo de ver las cosas contribuye a establecer un pensamiento de la evolución porque busca comprender todas las manifestaciones como resultado de un desenvolvimiento continuo. Pierden su importancia, como cita Bubnoff, los contrastes **dionisíaco —apolíneo, genio— filisteo, individuo— masa.** Estos contrastes disminuyen en intensidad hasta llegar a una diferenciación de grados. Nietzsche declara atávico el culto del genio y rechaza el eco de la veneración de dioses y príncipes. Se ve claramente que ha penetrado el camino de la democracia porque comienza a conceder también a la multitud una participación en el desarrollo cultural. La esencia de este desarrollo está e un creciente despertar de la conciencia de la humanidad, siendo guiada por el espíritu de la ilustración. Solamente así nos explicamos la nueva aparición de Sócrates al que considera ahora un impulsador de la cultura por ser un gran ilustrador. El conocimiento de esta segunda fase es muy importante para la apreciación de lo establecido en este estudio. Nietzsche la llamó "la filosofía de la mañana"; en ella defiende la tesis del origen de la moral en la utilidad común, une el intelectualismo con

el utilitarismo, considera la multitud de estilos como riqueza de elementos y no como antes una falta de unidad. Es en esta breve etapa que Ziegler llamara "un baño positivista de agua fría", en la que encontramos a Nietzsche como intelectual, como demócrata, y como un esteta muy indiferente. Pero no olvidemos que fué el período en que rompió con Wagner, luchando contra los elementos de su propia formación, de su primitivo entusiasmo. Durante este tiempo dedicado a encontrarse a sí mismo Nietzsche fué posiblemente más filósofo que nunca, si tenemos en cuenta que frecuentemente se ha discutido el derecho de llamarlo así por su rechazo de la filosofía como ciencia pura.

* * *

La transmutación de todos los valores, fase definitiva de su evolución, tiene una relación más íntima con su primera etapa que con la segunda. Nietzsche vence su "filosofía de la mañana" con el creciente convencimiento de los límites del intelectualismo y de la imposibilidad de sostener la tesis de la libertad del intelecto. El dominio de éste no llega al terreno de la avaluación, porque todos los problemas supremos están más allá del razonamiento humano. Es este el resultado definitivo que surge después de su época de transición. Con un cambio de ruta, se colocaba Nietzsche ya en aquel entonces, en el terreno de las obras futuras que se encuentran bajo el signo de su Zaratustra. No siendo la suplantación de la base metafísica por otra biológica en la que reconoce a la vida como principio de la avaluación, coincide Nietzsche con la teoría de la cultura de su primera fase. Frente a esta fundamentación biológica de la teoría cultural se levantaron muchas y muy justificadas protestas, pero esta explicación, insostenible, no nos interesa en esta síntesis, sino especialmente la caracterización del contenido de su teoría cultural.



Nos encontramos desde un principio con la convicción de lo irracional de la esfera de valores. Las fijaciones de éstos están más allá de la razón. Con ello se relaciona la desvalorización de la verdad y la tendencia opuesta a las ciencias que aparece tan agudamente en el concepto de la cultura del último Nietzsche como en sus más tempranos trabajos. Nietzsche acusa a la "voluntad por la verdad" como un principio destructor, enemigo de la vida, la considera como "una voluntad escondida que anhela la muerte". Decisivo es solamente el punto de vista de la superación de la vida. Pero desde aquí, la verdad es admitida, aunque ella sea perjudicial y peligrosa en alto grado. La verdad pertenece, según Nietzsche, a la esfera de la moral cristiana a la que concibe en un sentido ascético y que combate siempre fanáticamente como fuerza enemiga de la vida. En su "Más allá del Bien y del Mal" coloca en forma paralela la verdad y la moral cristianas-ascéticas. En la "Genealogía de la Moral", ciencia y ascetismo aparecen como productos de una estimación excesiva de la verdad. Ilusión y aparición están colocadas por encima de la verdad, el concepto de la verdad absoluta queda totalmente disuelto, la antítesis contradictoria entre verdadero y falso ya no es reconocida y el valor de la verdad se transforma del sí o no categóricos en grados de apariencia. De la existencia de muchas verdades se saca en consecuencia que no existe ninguna.

En esta tercera fase, el concepto del espíritu libre recibe una transformación radical, y Nietzsche lo separa severamente del concepto del librepensador. En la "Genealogía de la Moral" no reconoce a ningún espíritu libre mientras éste cree en la verdad, porque el lema de un espíritu verdaderamente libre es el siguiente: **nada es cierto, todo es permitido.** Con la disolución total del valor por la verdad pierde también su valor propio el conocimiento y el saber. La complejidad del conocimiento se considera como un aparato de abstracción y simplifica-

ción que no se dirige al conocimiento sino al dominio de las cosas. Si lo miramos desde el punto de vista de la voluntad del dominio, se trata, por consiguiente, de un aumento en la intensidad de la vida.

Es a esta altura que aparece nuevamente la convicción de antaño de que un exceso de saber es un peligro para la vida. Nietzsche reclama la existencia de una misteriosa nube que proteja al hombre del excesivo saber, al que considera una valla que se opone a la actividad creadora. En cambio, aprecia la fuerza inconsciente del instinto que aparece íntegra y severa en los hombres de calidad. Al rechazar el conocimiento de la verdad absoluta y seguir una tendencia anticientífica y la desvalorización del factor razonamiento en la conducta de la vida en favor del instinto, surge simultáneamente el rasgo aristocrático en el concepto de la cultura. Nietzsche niega a la ciencia carácter aristocrático y la adjudica a los medianos. El hombre instruído nace en cualquier lado y de cualquier capa social y no necesita de una tierra específica. De ahí que pertenece, esencialmente y si bien de un modo involuntario, a los portadores de los pensamientos democráticos. También el concepto de la verdad absoluta tiene un rasgo democrático, precisamente, porque según él, la verdad es algo que vale para todos y el filósofo del futuro no puede conformarse con el hecho de que su criterio sea a la vez el de los demás. La ciencia no es filosofía. Nietzsche advierte el peligro de confundir a los hombres de ciencia con los filósofos, porque estos últimos no tienen que ocuparse en establecer la verdad sino en la legislación de valores. Obligación del filósofo es la de crear valores. También la historia tiene caracteres democráticos, plebeyos.

Durante la primera fase, Nietzsche vió en su teoría de la cultura la posibilidad de crear hombres genios en la filosofía, en la religión y las artes. Pero en su fase definitiva, el carácter aristocrático de su concepto de la cultura recibe una forma curiosa y verdaderamente original, porque en lugar del genio surge el superhombre, uno de los pensamientos fundamentales de "Zaratustra", su grandioso poema. Sobre el superhombre se han tejido los más variados comentarios y justamente en nuestra época, en que los llamados movimientos fuertes muestran su debilidad al necesitar hombres fuertes, se ha recurrido a relaciones muy pobres con la creación de Nietzsche. Claro está que todo intento de concretar este concepto encierra el peligro de una interpretación equivocada, máxime si se tiene en cuenta que Nietzsche tampoco se ha manifestado de una manera muy clara sobre este tipo de hombre. Según él, el hombre es "algo que debe vencerse" y que adquiere solamente valor en relación con el superhombre. El hombres es una transición, un puente, una cuerda que conduce hacia aquél. El superhombre, en cambio, es el "rayo de la obscura nube hombre", "el sentido de la tierra". Por lo pronto debemos rechazar la idea de poder cultivar el superhombre por la vía biológica, y tampoco debemos relacionarlo con problemas históricos, sociales o políticos. Parece increíble que después de haber comprobado Ewald, en 1903, la imposibilidad de relacionar el superhombre de Nietzsche con un ser humano de condiciones superiores, haya surgido toda una pléyade de publicistas mediocres que creyeron reconocer, muchos de ellos por simple conveniencia, el tipo de superhombre en las figuras demasiado humanas de Mussolini y Hitler. El hecho de haber reconocido en personajes históricos como Julio César, César Borgia, Federico II (el Hohenstaufen), Napoleón y otros, condiciones excepcionales, no permite aún considerarlos como superhombres. Tampoco el **Señor,** el **Herrenmensch** de Nietzsche es el superhombre sino una etapa en la evolución hacia un nuevo orden de cosas, en contraposición a la moral cristiana y la decadencia. Se trata solamente de un tipo hombre para quien debe ser la idea del superhombre un símbolo, un ejemplo para su propia conducta. La interpretación del "postulado permanente" de Ewald me parece muy acerta-

da, porque comprende una idea de evolución constante, sin fin, una exigencia que jamás podrá ser íntegramente cumplida, una visión del futuro que solamente allí debe buscarse. El superhombre es por ende, no una continuación sino una superación del presente. De ello sacamos en consecuencia que el superhombre no pertenece a la esfera de la existencia real sino a la de un porvenir ideal. La visión de esta figura significa, en última instancia, un crecimiento fantástico de la responsabilidad personal. Naturalmente, aun así, de un modo completamente abstracto, el ideal del superhombre influye en la evolución del género humano; no será jamás producto por ser una idea, pero favorecerá el crecimiento de un nuevo tipo de hombre, que será el antagonismo viviente de la decadencia y de la moral de rebaños, hará que surjan seres personales pero distanciados del ego, poseedores de una moral severa, en una palabra, hombres de excepción.

Sin duda encontramos en la concepción del superhombre la fundamentación de una moral aristocrática, basada en un **orden de rango,** distante del rebaño, de la masa. En los últimos años de Nietzsche recibió un cambio considerable lo aristocrático de su concepto de la cultura. Su primera teoría cultural terminaba en la creación del genio, pero en la última concibe como meta del desarrollo cultural una personalidad de gran voluntad. La primera tiene un carácter estético, la otra está dominada por la voluntad. No encontramos, asimismo, una diferencia, ni un cambio, sino una agudización del mismo motivo que encontramos desde un principio en sus obras, aun cuando sufría la influencia de Schopenhauer. Ya hemos señalado la disensión de ideas en la primera fase. En Nietzsche se produce solamente una reacción contra el grave error cometido. Sigue tratando el problema estético, lo observa predominantemente desde el punto de vista del artista creador, pero concibiendo el arte como una forma de la voluntad de dominio. El arte es por tanto lucha, es una manifestación de la fuerza de voluntad



más elevada, idéntica a la voluntad extraordinaria del legislador, del conquistador. El arte, o en su defecto, la lucha o la voluntad más elevada, es una fuerza organizadora. Pero Nietzsche combate la estética de Schopenhauer también en el terreno de la recepción artística. A la contemplación sin interés, al sujeto sin voluntad de la contemplación estética enfrenta Nietzsche su afirmación del carácter estimulante del arte, compara el sentimiento de lo bello con un aumento del sentimiento de dominio y defiende la identidad de la fuerza del acto genético con la de la concepción artística. Repitamos: también en la última fase de Nietzsche encontramos un color estético, pero no como negación de la voluntad sino como una vigorosa afirmación de la misma.

Desgraciadamente Nietzsche no pudo dar a sus ideas últimas una forma definitiva. Bubnoff afirma que se nota asimismo en la "Voluntad de dominio" la relación fundamental entre la esfera de lo estético y la otra de lo moral. También deberíamos decir, al final de esta síntesis sobre la evolución del concepto de la cultura de Nietzsche, que su dominio se refiere predominantemente a la potencialidad espiritual. Su raza de los **Señores** se compone de un tipo fuerte de hombre, poseedores de un máximo de espiritualidad y fuerza de dominio. Los califica de aristocracia en la que la voluntad de hombres de violencia filosófica y de tiranía artística tendrá permanencia a través de miles de años. Vemos que es la filosofía y el arte que deben imprimir a la vida, a través de personalidades potentes, un sello imperecederó.

En posesión de estos conocimientos indispensables, podemos reanudar ahora, mejor equipados, el tema fundamental de este trabajo: la posición de Nietzsche frente a la guerra, el Estado y la raza.

# V

> Una cosa distinta es la guerra. Mi manera de ser es guerrera. Atacar pertenece a mis instintos.
>
> *Ecce homo.*

Según lo expuesto, podemos juzgar ahora con acierto las posiciones que ocupara alternativamente Nietzsche frente a los temas planteados. Ya no nos encontramos sujetos a algunas de sus manifestaciones aisladas que se contradicen y que no pueden conducir, por esto mismo, a resultados objetivos. Ahora nos encontramos en posesión de una medida fija con la que podemos ejercer un control sobre las diversas manifestaciones de Nietzsche. Esto quiere decir que las podemos apreciar en su verdadero valor obteniendo así la opinión absolutamente real del filósofo.

Como elemento de juicio empleamos el concepto de la cultura de Nietzsche, que hemos tratado de descubrir y que quedó fijado en sus rasgos esenciales en los dos capítulos anteriores. Para nosotros existe un punto de vista capital: Nietzsche es afirmativo en todo lo que fomenta la cultura legítima y combate encarnizadamente todo lo que detiene o amenaza destruirla. La posición de Nietzsche frente a la guerra, el Estado y la raza, depende visiblemente de la forma en que se manifiestan ante él

como organizaciones, instituciones o individuos que fomentan o destruyen la cultura.

La siguiente anotación, de importancia, nos proporciona luz sobre la posición esencial de Nietzsche en su primera fase de evolución:

"No la existencia del Estado por cualquier precio, sino que los ejemplares más elevados pueden vivir y crear en él, esta es la meta de la comunidad. Esto sirve también de base a la formación del Estado. Se tenía tan sólo una opinión equívoca sobre la clasificación de los ejemplares superiores: los conquistadores, las dinastías, etc. Cuando ya no es posible sostener la existencia de un Estado, tanto que los grandes individuos ya no pueden vivir en él, entonces forma al terrible Estado de emergencia y robo, en el cual los individuos más fuertes se colocan en lugar de los mejores. No es una obligación del Estado que en él puedan vivir el máximo de personas con comodidad y moral. No importa la cantidad, sino que en él se pueda vivir, de todos modos, bien y con moral, dando así la base para una cultura. En pocas palabras: la meta del Estado es una humanidad más noble, su fin está fuera de él, porque el Estado no es más que un medio".

Según esta concepción, poseyó Nietzsche en la primera fase de desarrollo de su pensamiento un ideal de Estado que extrajo del pasado. Era el Estado-ciudad de Grecia, en cuya forma y organización veía el "recipiente protector" en el que pudo desarrollarse la cultura griega que tanto admiraba. No por ella misma, sino por su valioso contenido consideraba también valiosa la forma, esa misma forma que guardaba el contenido y lo defendía ante toda inmiscuición procedente desde afuera que podía significar una amenaza, un peligro para su existencia. Nietzsche calificaba de inconsciente el instinto tan poderosamente desarrollado en los griegos para la formación del Estado, considerando que estaba orientado hacia la creación de una envoltura de protección para mantener así,



incólume, el desenvolvimiento de la cultura. Es esta destinación que justifica la existencia del Estado griego, no obstante los acontecimientos espeluznantes y bárbaros de los cuales surgió generalmente y que acompañaron su conservación. Pensemos tan sólo en los "sangrientos celos entre ciudad y ciudad, partido y partido; en aquella codicia sangrienta de las pequeñas guerras, en el triunfo felino sobre el cadáver del enemigo caído, en fin, en la continua renovación de aquellas escenas de lucha y atrocidades de Troya, ante cuya contemplación encontramos a Homero como un verdadero heleno, irresistiblemente embelesado". Nietzsche se pregunta: ¿Cuál será la justificación del Estado griego ante el tribunal de la eterna justicia? Su contestación será: orgulloso y sereno se presentará el Estado ante él y de su mano conduce a la mujer, maravillosa flor, la sociedad griega. ¡Por eso Helena hacía aquellas guerras! ¿Cuál será el juez venerable que se creyera, en este caso, con derecho de condenar?

Nietzsche veía en la vida griega una "misteriosa relación entre Estado y arte, ambición política y creación artística, el campo de batalla y la obra de arte". Consideraba al Estado griego como una tenaza de hierro cuya fuerza obligó al desenvolvimiento de aquel proceso social, del que brotaron las "luminosas flores del genio" como un "medio necesario de la realidad artística". Para que la gran obra pudiera realizarse era necesario la voluntad concentrada de una clase social semejante a los zánganos, librada de la esclavitud. Y esta voluntad concentrada es el Estado, el único que podrá obligar a los individuos egoístas, a los medianos, a sacrificios y preparativos que facilitarán la obtención de los fines a personalidades excepcionales. Estos hombres que se inmortalizan al través de trabajos artísticos y filosóficos, deben ser considerados la verdadera y única meta que persigue la tendencia del Estado. Así creyó ver Nietzsche, en el Estado griego, según su fin supremo, una institución destinada a la protección de individuos sobresalientes y de ge-

nios, y al fomento de sus condiciones innatas, aunque el origen cruel y las costumbres despiadadas y bárbaras no hayan señalado en ningún momento la existencia de esta meta.

La concepción fundamental del Estado, según la cual le corresponde como misión inherente a sus funciones, la procreación del genio, nos facilita que comprendamos la preferencia de Nietzsche por el Estado-ciudad de los griegos ante formas de Estado más grandes que se basan en otros fundamentos, como sucede, para citar un ejemplo, con el principio de las nacionalidades (1). En el Estado-ciudad se manifiesta la voluntad cultural creadora en forma concentrada y por tanto, de un modo más intenso que en las formas de Estado de grandes dimensiones, donde se ensancha, se dilata y tiende así hacia un debilitamiento. Es por este motivo que encontramos en la ciudad-estado condiciones mucho más ventajosas para alcanzar la cumbre de todo un desenvolvimiento cultural como a la vez posibilidades para la procreación del genio. Entre los apuntes póstumos de Nietzsche se encuentra la siguiente anotación: "El Estado que no puede alcanzar su meta final suele crecer de un modo monstruoso. El dominio universal de los romanos nada tiene de elevado en comparación con Atenas. La fuerza que en realidad debe llegar hasta la flor, se distribuye entre las hojas y el tronco, los que quedan henchidos de vitalidad... El principio de la nacionalidad es una grosería bárbara frente a la ciudad-estado. En esta limitación aparece el genio que no tiene interés por la masa, porque experimenta más en lo pequeño que los bárbaros en lo grande".

La misión del Estado se encuentra, por tanto, en el establecimiento y en la conservación de las condiciones más ventajosas bajo las cuales puede y debe desenvolverse una cultura elevada. Apenas pierde de vista el Estado esta misión, se inicia su decadencia. Esto sucede en el Estado moderno frente al antiguo. Sabemos que el Estado moderno quiere aparecer como "Estado de cultura", pero en realidad destruye sistemáticamente las raíces de toda cultura verdadera, porque se adjudica el derecho de la suprema dirección en la educación y la escuela, subordinando todos los esfuerzos culturales a los fines del Estado. En varias oportunidades señala Nietzsche que esta tendencia se manifiesta con más agudeza en el Estado prusiano. Se invierte totalmente la relación que en la antigüedad existía entre el Estado y la cultura. El Estado moderno ya no es un medio puesto al servicio de la cultura, sino un fin propio, egoísta y utilitario. El Estado obliga a la cultura estar a su servicio, la somete bajo su tutela arbitraria y apoya tan sólo aquellos esfuerzos que favorecen el crecimiento de su poder y contribuyen a glorificarlo. Todo lo que pudiera conducir en este sentido a un efecto contrario, es suprimido, sin tenerse en cuenta su verdadero valor cultural.

(1) Véase también el asentimiento de Nietzsche frente a las ideas de Jacobo Burckhardt sobre el valor cultural de las pequeñas ciudades.



Nietzsche veía de la siguiente manera la diferencia fundamental entre el Estado antiguo y el moderno: "De esta consideración utilitaria, la antigua organización del Estado se mantuvo a la máxima distancia posible. Reconocía a la cultura solamente cuando le proporcionaba en forma directa una utilidad, llegando, en ciertos casos, hasta la destrucción de los brotes que no demostraban tener una utilización inmediata para sus intenciones... Para la cultura del griego, el Estado no era guardián de fronteras, regulador o vigilante, sino el camarada y compañero de destinos, robusto y musculoso, amado para la lucha, quien acompaña al amigo admirado, noble y por decir así, sobrenatural, al través de las realidades ásperas, recibiendo de él su agradecimiento".

El Estado moderno quiere ser conceptuado como

"estrella conductora de la cultura". Nietzsche combate decisivamente esta pretensión que se atribuye el Estado a si mismo. Esta oposición aparece con idéntica fuerza en todas las fases de su pensamiento. Le resulta abominable esa "cultura de Estado uniformada", esa seudocultura. Siempre ha señalado los peligros que encierra para toda educación, formación y cultura verdaderas, advirtiéndolo enérgicamente. Ya en sus trabajos de 1874 encontramos una serie de anotaciones. Veamos, por ejemplo, la siguiente, — en sus obras póstumas, — que lleva el título, "Guerra y Estado":

"El vencedor se vuelve generalmente estúpido, el vencido malicioso. La guerra simplifica. Tragedia para hombres. ¿Cuáles son los efectos en la cultura?

Indirectos: (la guerra) barbariza y con ello hace que todo se vuelva más natural. Es un sueño de invierno de la cultura.

Directos: ensayo prusiano del servicio militar obligatorio de un año (1): ciertas facilidades del servicio están sujetas a condiciones de cultura.

Enseñanza sobre la vida.

Abreviatura de la vida.

Los griegos hicieron de Sófocles un estratega, de ahí que fué vencido.

La guerra científica.

Indiferencia del individuo y su deber. La actitud obligada contra lo humano — un conflicto de magníficas enseñanzas. El "Estado" no dirige las guerras, sino el monarca o el ministro; no se deben emplear palabras para mentir.

El sentido del Estado no puede ser el Estado mismo, menos aun la sociedad, sino el individuo.

(1) Nietzsche dice, "Einjahrsfliegen" deduciendo esta denominación de la palabra "Eintagsfliege" y se refiere al servicio militar de un año que es permitido a los que poseen el diploma de suficiencia después de haber cursado la enseñanza secundaria.



Así procede la **naturaleza,** al igual que la guerra, indiferente ante el valor del individuo.

Yo sé que en tiempo no muy lejano muy pocos alemanes sentirán como yo: la necesidad de vivir para su formación, libre de política, nacionalidad y periódicos. Ideal de una secta de cultura.

Considero un imposible poder salir aún del estudio de la política como individuo de acción. La espeluznante nulidad de todos los partidos, incluyendo a los partidos religiosos, me resulta muy clara. Anhelo curación de la política y el ejercicio de las obligaciones burguesas más próximas en comunidades. Considero superflúa la constitución representativa en Prusia, mas, ella es perjudicial en extremo. Inyecta la fiebre política. Deben existir círculos como los de las órdenes de monjes, pero con un contenido más amplio. O como la clase de los filósofos en Atenas. Debemos mofarnos de la educación por el Estado".

Aunque se trate, en el caso precedente, de simples apuntes destinados a ser desarrollados posteriormente, vemos con claridad la tendencia de Nietzsche, quien recomendaba, desde muy joven, la fundación de una nueva categoría de institutos de educación que enfrentaba como institutos independientes — ya lo hemos comentado —a los institutos del Estado, orientados en el sentido de preparar a los individuos para las necesidades materiales de la vida. El fin de aquellos institutos independientes era el de constituir sitios donde se cultivaba la cultura verdadera para todos los que se sentían destinados a fomentarla. Un centro de cultura tan elevado representaba un verdadero hogar para individuos de gran capacidad y vocación y les facilitaba en las mejores condiciones un desenvolvimiento libre de obstáculos.

En la tercera "Consideración Intempestiva" cita Nietzsche las condiciones indispensables para facilitar por lo menos el nacimiento del genio filosófico de nuestros

tiempos, no obstante los efectos contrarios y perjudiciales que estos ejercen:

"Libre virilidad del carácter, un temprano conocimiento de los hombres, ninguna educación académica, ninguna estrechez patriótica, ninguna obligación de ganarse la vida, **ninguna relación hacia el Estado".**

En "Humano, demasiado humano", bajo el título "Llevar mochuelos a Atenas", Nietzsche describe con palabras elocuentes la influencia fatal que ejerce el Estado en la educación cuando utiliza a la escuela como medio para que el pueblo se considere dependiente de él o cuando quiere servirse del pueblo para sus propios fines:

"Los gobiernos de los grandes Estados tienen en sus manos dos medios para tener sometido al pueblo, para hacerse temer y obedecer: un medio más grosero, el ejército; un medio más sutil, la escuela. Por medio del primero ponen de su parte la "ambición" de las clases superiores y la "fuerza" de las clases inferiores, por lo menos en la medida en que estas dos clases poseen hombres activos y robustos, dotados mediana e inferiormente. Con ayuda del otro resorte se ganan la pobreza "dotada", y, sobre todo, la semipobreza de pretensiones intelectuales de la clase media. Se crea ante todo, en los profesores de todas las categorías, una corte intelectual que aspira a "subir"; acumulando obstáculo sobre obstáculo contra la escuela privada o la educación particular que el Estado odia especialmente, se asegura la disponibilidad de un gran número de plazas, que son codiciadas siempre por un número ciertamente cinco veces superior a las vacantes de seres ávidos y hambrientos. Pero estos empleos no deben alimentar al hombre sino muy "congruamente"; así es como el Estado mantiene en él la sed febril del "progreso", ligándole más estrechamente aun a las intenciones gubernamentales. Pues vale más mantener a un descontento benigno que a un satisfecho, porque



su satisfacción es madre del valor, abuela de la libertad de espíritu y de la presunción. Por medio de este cuerpo docente, tenido por la serreta tanto corporal como espiritualmente, se eleva entonces, bien o mal, a toda la juventud de un país a cierto nivel de instrucción útil al Estado, y graduada según la necesidad; ante todo se transmite casi imperceptiblemente a los espíritus débiles, a los ambiciosos de todas clases, la idea de que sólo una dirección de vida reconocida y estampillada por el Estado los conduce inmediatamente a desempeñar un papel en la sociedad. La creencia en los exámenes oficiales y en los títulos conferidos por el Estado va tan lejos, que, hasta los hombres que se han formado de una manera independiente, que se han elevado por el comercio o por el ejercicio de una profesión, guardan una gota de amargura en el corazón mientras su aptitud no ha sido reconocida por una investidura oficial, por un título o una condecoración hasta que pueden "hacerse notar". Por último, el Estado asocia el nombramiento de los mil y mil funcionarios y plazas retribuídas que dependen de él a la "obligación" de hacerse educar y estampillar por los establecimientos del Estado: de lo contrario, esta puerta les permanecerá cerrada siempre; honores sociales, pan para ellos, posibilidades de una familia, protección de arriba, espíritu de cuerpo en los que han sido educados en común: todo esto forma una red de esperanzas, en la que se dejan prender todos los jóvenes: ¿cómo podrían sentir la menor desconfianza? Si, en fin de cuentas, la obligación del servicio militar se ha hecho, al cabo de algunas generaciones, un hábito y una obligación que se cumple sin reservas, en vista de la cual se arregla de antemano la vida, el Estado puede arriesgar aún el golpe maestro de encadenar, por dones, la escuela y el ejército, la inteligencia, la ambición y la fuerza; es decir, de atraer hacia el ejército a los hombres de aptitudes y de cultura superiores, e incul-

carles el espíritu militar de la obediencia voluntaria, lo que les arrastrará, quizás, a prestar juramento a la bandera para toda la vida y a proporcionar, por medio de sus aptitudes, un nuevo esplendor a la profesión militar. Entonces no hará falta otra cosa sino buscar la ocasión para una gran guerra; y se puede prever que, por su profesión, los diplomáticos envejecerán conservando toda su inocencia, del mismo modo que los periódicos y la especulación, pues el "pueblo", cuando es un pueblo de soldados, tiene siempre "buena conciencia" al hacer la guerra, y no es preciso formársela de antemano".

Aquí encontramos claramente expresado lo que señalara Nietzsche intuitivamente, ya en noviembre de 1870, en una carta que escribiera a Gersdorff:

"Ante el estado de cultura que vendrá, experimento gran temor. Desconfío de que tengamos que pagar demasiado caro los enormes éxitos nacionales en una región en que yo, por lo menos, no permitiría ninguna concesión. En confianza: considero la actual Prusia una potencia extremadamente peligrosa para la cultura..."

Más tarde pudo confirmar esta visión exacta, escribiendo: "El porvenir de la cultura alemana está en los hijos de los oficiales alemanes" (obras póstumas) (1).

Vemos que Nietzsche ha protestado repetidas veces ante la inversión total de la verdadera relación que debe existir entre el Estado y la cultura. Esto queda muy bien descrito en el primer aforismo de los tres últimos citados, pero en él no sentimos aún la violencia que caracteriza a la polémica de sus últimos años. En

-----

(1) Cito otra sentencia de la misma época: "Se puede expresar su veneración por el soldado alemán solamente cuando se dice: "él no sabía lo que cantó, él no lo oyó". Aquellas canciones de la última guerra alemana (1870), aquellas marchas que precedieron la guerra prusiana (1866), son torpes y algunas veces hasta repelentemente dulces y ordinarias; son la levadura de aquella "cultura" que ahora se enaltece."



su "Ocaso de los ídolos", en el capítulo, "Lo que les falta a los alemanes", encontramos un tono exasperado por la humillación que sentía por tal estado de cosas:

"A todo sistema de educación superior en Alemania le falta hoy lo principal: el fin y los medios para conseguir su objeto. Se ha olvidado que la educación, la instrucción misma, y no el "Imperio", es el fin, y que para tal fin es necesario el educador y no el profesor de liceo o los doctores de las universidades... Son necesarios educadores que sean ellos mismos educados, espíritus superiores y nobles, que en todo momento se muestren dignos, con la palabra o con el silencio, de su oficio; hombres maduros y "dulces", no los eruditos amazacotados que hoy ofrecen el liceo y la universidad a la juventud como "comadrones superiores". Faltan los educadores, exceptuadas las excepciones de las excepciones; falta la primera condición preliminar de la educación; de aquí la decadencia de la cultura alemana. Una de tales rarísimas excepciones es mi venerable amigo Jacobo Burckhardt, de Basilea; a él, ante todo, debe Basilea el primer puesto que ocupa en las humanidades. Lo que efectivamente obtienen las "escuelas superiores" de Alemania es un brutal amaestramiento para rendir, con la menor pérdida de tiempo posible, utilizable y aprovechable para el servicio del Estado, una gran cantidad de jóvenes. "Cultura superior" y "gran cantidad" son dos cosas que se contradicen "a priori". Toda la educación superior corresponde únicamente a las excepciones; se debe ser privilegiado para tener derecho a un privilegio tan alto. Todas las cosas grandes, todas las cosas bellas no pueden ser comunes: "pulchrum est paucorum hominum". ¿Qué es lo que determina la declinación de la cultura alemana? El hecho de que la "educación superior" no es ya un privilegio; el democratismo de la instrucción "general", que se ha hecho común... No se

debe olvidar que los privilegios militares provocan formalmente la excesiva frecuentación de las escuelas superiores, o sea su decadencia.

Nadie es ya libre en la Alemania moderna de dar a sus propios hijos una educación distinguida; nuestras escuelas superiores están todas constituídas por la más equívoca mediocridad, con profesores, con planes de enseñanza, con fines de enseñanza. Y en todas partes reina una prisa indecorosa, como si se perdiese algo con que el joven no terminase los veintitrés años, y no supiera contestar a la pregunta principal: "¿Qué profesión?" Una especie superior de hombres, dicho sea con vuestro permiso, no ama las "profesiones", exactamente porque sabe, porque tiene una vocación... Estos hombres tienen tiempo, se toman tiempo, no piensan estar "dispuestos"; a los treinta años se es un principiante, un niño, en el sentido de la alta cultura. Nuestros liceos rebosantes, nuestros profesores de liceo sobrecargados y estúpidos, son un escándalo; para proteger una situación semejante, como hicieron recientemente los profesores de Heidelberg, habrá quizás "motivos", pero razones para esto no las hay".

Aproximadamente de la misma época es una anotación que encontramos en las obras póstumas y que citamos conjuntamente con las anteriores para demostrar las fases de desenvolvimiento de Nietzsche y comprobar, de este modo, que jamás tuvo dudas frente a tan delicado problema:

"La pequeñez y la miseria del alma alemana no fué ni es de ninguna manera una consecuencia del sistema de los pequeños Estados. Como sabemos, se ha sido orgulloso y lleno de dignidad en Estados mucho más pequeños aun. El sistema de los grandes Estados no hace el alma más libre y más viril. En el alma del que acepta el imperativo servil, "¡tu debes y tienes que arrodillarte!", ordenando una inclinación involuntaria de la cabeza ante títulos de honor, condecoraciones, miradas



benignas desde arriba hacia abajo, este mismo individuo se inclinará en un "Imperio" mucho más aún y lamerá el polvo ante el gran soberano con mayor frecuencia del que empleó ante el pequeño: de esto no hemos de dudar.

Aun hoy encontramos en los italianos de las clases bajas que la sobriedad aristocrática, la disciplina viril y la conciencia de sí mismos, pertenecen a la historia más antigua de su ciudad y que les han sido enseñadas de la mejor manera. Un gondolero veneciano pobre siempre sigue siendo una figura mejor que un "Verdadero Consejero Secreto" de Berlín y últimamente es también mejor persona. Esto se palpa con los dedos. Preguntemos sobre esto a las mujeres".

Vemos según Nietzsche que el Estado tan sólo tenía derecho de existir cuando se ponía al servicio de toda cultura legítima, como protector, conservador y propulsor de la misma. Un Estado que concibe su propia existencia desde un punto de vista egoísta, poniendo a su servicio educación y formación, es perjudicial para la cultura. En este sentido contempla y juzga Nietzsche el Estado moderno.

Hemos establecido ahora cuál es la verdadera misión que le corresponde al Estado en materia de cultura, la única misión que justificaría, según los conceptos de Nietzsche, su derecho de existencia. Pero conjuntamente con los peligros ya citados para la cultura legítima, se presentan otros nuevos en el Estado moderno. Puede caer en manos de intereses egoístas y transformarse en un vulgar instrumento para los manejos políticos y financieros. No faltan individuos que intentan conquistar el poderoso aparato que representa la maquinaria del Estado, utilizándolo como medio para fomentar sus fines materialistas y satisfacer sus impulsos bajos que se dirigirían en primer término, y como una consecuencia lógica, al enriquecimiento de sus propias arcas. Obtenida esta caudalosa fuente de recursos y combinacio-

nes, la tendencia del Estado (Staatstendenz) tendrá que degenerar indefectiblemente en tendencia financiera (Geldtendenz), porque el Estado caería, en este caso, en manos de aquellos "ermitaños internacionales y sin patria" como calificó Nietzsche a este tipo de hombres, que "abusan de la política para emplearla como medio en la Bolsa, y del Estado y de la Sociedad como aparatos de enriquecimiento propio".

Es al través de este camino de reflexiones que Nietzsche cree justificar la guerra, viendo en ella un posible remedio para combatir la degeneración del Estado en una "Institución de individuos egoístas", o como diríamos nosotros, en una "camarilla de parásitos del cuerpo nacional". Nietzsche opina que la guerra tiende a evitar la explotación racional del Estado por una aristocracia financiera internacional, porque destruye totalmente sus cálculos, ya que los efectos de una guerra jamás podrán ser calculados de antemano. Es solamente en este sentido que hemos de interpretar aquel "Pean ocasional" que entona Nietzsche a la guerra y del que se hizo uso muchas veces con fines tendenciosos y premeditados, sin que conmueva en lo más mínimo nuestra posición frente a las ideas fundamentales de Nietzsche sobre la guerra:

"Terrible suena su arco de plata: y aunque venga cual la noche no deja de ser Apolo, el verdadero Dios de la consagración y depuración del Estado. Pero al principio, como se lee al comienzo de la Ilíada, tira su flecha a las mulas y los perros. Después atraviesa a los mismos hombres y por todos lados arden las piras de cadáveres. Digámoslo de una vez: la guerra es para el Estado de idéntica necesidad que el Estado para la sociedad. ¿Y quien quisiera negar estos conocimientos al preguntarse sinceramente sobre la causa de la perfección artística de los griegos, jamás alcanzada?"

Si queremos entender bien este pasaje no es posible extraerlo de las relaciones que recién describimos. La



sentencia se inspira en el ideal del Estado griego que es, en un período, el ideal del Estado de Nietzsche. Pero no olvidemos, al juzgarlo, que justamente la guerra ofrece una oportunidad para que determinados círculos ejerzan un abuso ilimitado de su posición privilegiada para obtener fines egoístas. En realidad, es un medio muy dudoso el que recomienda Nietzsche para combatir un mal contra el cual arremetió tan valientemente. En cincuenta años, la técnica moderna ha cambiado fundamentalmente las perspectivas de una guerra. La explotación del principio de nacionalidad por medio de la prensa nacional fomentada por los círculos militares y financieros interesados, y por la prensa internacional sensacionalista que, lejos de abogar por el principio de la paz universal ha conseguido la aceptación de lo inevitable de las guerras futuras, nos ha conducido a un estado de cosas que ya no admite el principio de la "limpieza" y renovación de las corrientes culturales. Los armamentos modernos, construídos deliberadamente para obtener la radical exterminación de todo ser viviente a gran distancia, acabarán con la idea de la cultura misma. Ya no serán solamente los combatientes — "flor y savia de una nación" — los que perderán su vida en el "campo de honor". La masacre se extenderá a todo el territorio de las naciones beligerantes, la población civil y todos los monumentos culturales serán barridos por la metralla. Nunca se ha sentido más de cerca la amenaza de los "ermitaños internacionales y sin patria", esa conjunción de intereses absolutamente materialistas en manos del Estado quien depende, en los actuales momentos, por razones de economía, ingresos, exportación e importación, de los grandes capitales, en su mayoría orientados hacia la fabricación de material bélico y de elementos afines. Si agregamos a ello la casta militar, o sea, los profesionales de la "paz armada" que desgraciadamente no pudo ser extinguida en

la guerra pasada, tenemos presente todo ese complejo de intereses creados que Nietzsche no pudo prever.

Pero no olvidemos nunca que él relaciona siempre el principio de la guerra con su teoría de la cultura. Lo observamos mejor cuando establece, en relación con este problema, como cuadro primitivo del Estado la estructura militar de la sociedad, rígida y tensa, su construcción parecida a la de las pirámides, a planos superpuestos de organización, como puede apreciarse mejor en la organización militar y por ende, en la guerra misma. Nietzsche se sirve de esta descripción de la "Sociedad guerrera" y de su orden interno para emplearla como ejemplo e ilustrar la sentencia que sigue:

"Todo hombre, con su actividad total, tiene apenas tanta dignidad como ese hombre sea instrumento del genio, consciente o inconscientemente. De esto sacamos de inmediato la consecuencia ética que el "hombre en sí", el hombre absoluto, no posee ni dignidad, ni derechos, ni obligaciones: solamente como un ser completamente determinado, que sirve a fines inconscientes, puede disculpar el hombre su existencia".

Nos encontramos aquí con un cuadro destinado a describir el carácter aristocrático de la teoría cultural de Nietzsche, perteneciente a sus primeras fases de evolución, pero vemos que en ningún momento se pretende magnificar la vida guerrera ni el orden de una sociedad militar. Si Nietzsche hubiese pensado realmente así, hubiera atribuído dentro del marco de la historia griega, más importancia a Esparta que a Atenas. Sabemos que jamás lo hizo y la siguiente anotación, por demás interesante, nos explicará el motivo:

"El haber sucumbido políticamente Grecia significa el más grande fracaso de la cultura. Ello dió lugar al establecimiento de la espeluznante teoría de que se puede fomentar solamente la cultura cuando se está simultáneamente armado hasta los dientes y provisto de mitones (guantes de pelea). El advenimiento del cristianismo



fué el segundo gran fracaso. Por un lado la fuerza brutal, por otro el intelecto suprimido, obtuvieron la victoria sobre el genio aristocrático entre los pueblos. Ser "Philhellene" significa ser enemigo de la fuerza bruta y de los intelectos enmohecidos. En este sentido, Esparta fué la perdición de Helas, porque obligó a Atenas a obrar de un modo federal y dedicarse, de este modo, totalmente a la política.

El recreo de los espartanos consistía en sus fiestas, cazas y guerras. Su vida diaria fué demasiado dura. En resumen, su Estado no es sino una caricatura de la Polis y una perdición de Helas. La creación del espartano perfecto no encierra nada grande, porque esta creación necesitaba de un Estado tan brutal".

Solamente en relación con estas ideas podemos leer y comprender el sentido del aforismo, "El Estado teme el desenvolvimiento del espíritu", que encontramos en "Humano, demasiado humano":

"Como toda potencia política organizadora, la Polis griega se mostraba excluyente y desconfiada frente al desarrollo de la cultura; su potente impulso fundamental casi siempre obraba en ella como obstáculo y paralización. Ella (la Polis) no quiso admitir jamás historia y ninguna formación de la cultura. La educación, fijada en la ley del Estado tenía que comprometer a todas las generaciones y mantenerlas en un solo grado. Tampoco Platón quiso más tarde otra cosa para su Estado ideal. Vemos que no obstante la Polis, se desenvolvió la cultura, si bien ayudó aquella en forma indirecta y contra su voluntad, porque la ambición individual se excitaba en la Polis en la forma más aguda, tanto que el individuo, una vez penetrado el camino de la formación espiritual, lo recorría hasta el extremo. En cambio, no debemos tener confianza en el discurso de exaltación de Pericles: que no es sino una gran quimera optimista sobre la relación aparentemente necesaria entre la Polis y la cultura auténtica. Momentos antes de venir la noche sobre

Atenas (la peste y el derrumbe de la tradición), Tucídides aviva su fulgor por última vez cual crepúsculo que todo transfigura, para olvidar, durante el mismo, el trágico día que la precedió".

Quizás sea adecuado mencionar aquí, en relación con lo que antecede, que existe una diferencia muy grande entre las ideas de Nietzsche y las de Platón, aunque muchos intentaron comparar sus doctrinas con la utopía platónica del Estado. En realidad existen puntos de contacto. Así tiene el Estado ideal de Platón una estructura absolutamente aristocrática. Las clases dominantes de los filósofos y de los guerreros tienen cierto parecido con la raza de los señores, de Nietzsche. Sin embargo, es preciso no pasar de alto una diferencia fundamental. La visión de Platón abarca al Estado como totalidad, como lo declara él solemnemente al principio del cuarto libro de su **Politeia:** "Pero nosotros con seguridad no fundamos el Estado con la intención de hacer más feliz una clase que la otra, sino al Estado en su totalidad". La formación metódica de una aristocracia compuesta de guerreros y dirigentes representa para Platón solamente un medio para obtener el bienestar del Estado como totalidad.

Nietzsche hubiera rechazado esta interpretación con cierta vehemencia. Platón exige que una feliz circunstancia, un destino bondadoso, colocara a los filósofos en la necesidad de ocuparse voluntariamente o contra su gusto del Estado. La misión de ellos está en responder el llamado del Estado, y solamente así será posible la creación del Estado ejemplar que ve Platón. Nietzsche se encuentra en una posición opuesta. Sostiene que no se debe ver la misión de las especies superiores en la dirección de las inferiores. Estas últimas deben ser consideradas como bases sobre las cuales "vivirá una especie superior su misión propia; sobre la cual recién podrá levantarse". Al señalar con estas palabras la diferencia entre la concepción platónica y la de Nietzsche, observamos



una tendencia aristocrática mucho más definida, más agudizada en éste último. El hombre superior no debe encontrar en el trabajo para la colectividad la justificación de su existencia. El no debe considerarse una herramienta en manos del bienestar común. Por el contrario, la gran masa de los hombres medianos representa la base que necesita una raza superior para su formación, esa raza de una "esfera de vida propia , con un exceso de fuerza para la belleza, el valor, la cultura. . ."

# VI

> Pertenecemos a una época cuya cultura está en peligro de quedar destruída por los medios de la cultura.
>
> *Humano, demasiado humano.*

De lo que hemos dicho hasta ahora se comprende claramente que Nietzsche, en la primera fase de su evolución, apreciaba al Estado como factor positivo, pero solamente hasta el punto en que lo creía poder juzgar como un medio capaz de fomentar y sostener la cultura verdadera. Bajo estos aspectos vió a la ciudad-estado griega, especialmente Atenas. Para Nietzsche, el impulso político de los griegos se dirigía hacia el mantenimiento de la cultura, "para que no se tuviera que empezar siempre de nuevo". En cambio, consideraba las tendencias de la organización moderna del Estado como enemigos temibles de la cultura. Sus objeciones y críticas se vuelven, frente a este aspecto, cada vez más agudas, como lo podemos observar con facilidad. Pero simultáneamente se enfrenta, de un modo sistemático, al Estado en sí. En idéntica forma se produce en él un cambio en su concepto del Estado antiguo, como ya hemos podido apreciar perfectamente en el aforismo de "Humano, demasiado humano" que citamos más arriba.

Nietzsche llega a llamar a los griegos en algunas oportunidades los "locos del Estado de la historia antigua". El Estado griego viene perdiendo su carácter ideal y de la anterior admiración, poco o nada encontramos ahora, ya que Nietzsche desconoce el mérito que le había adjudicado en otros tiempos, y declara como equívoco su concepto anterior. La crítica aguda que emplea ahora se dirige naturalmente, de un modo destacado, contra el Estado moderno y las tendencias y organizaciones del mismo.

Hemos conocido ya el punto de vista decisivo que sirvió a Nietzsche para rechazar el Estado moderno al que creyó enfrentar, en su primera época, como cuadro fundamental, el Estado griego. Vamos a citar de nuevo sus pensamientos esenciales:

El Estado moderno desconoce la posición que le corresponde en relación a la vida cultural; se considera a sí mismo de supremo fin, cuando en realidad no debe ser sino solamente un medio. Más aún, abusa justamente de aquello como medio, cuando debe ponerse al servicio de la cultura. Hay, pues, una inversión de finalidades. De esta surgen todos aquellos fenómenos que origina la realidad del Estado y estigmatizó Nietzsche de perjudiciales para la vida cultural. Un Estado que se considera a sí mismo de supremo fin, necesariamente pretenderá siempre aumentar su poder para asegurarse entre los más poderosos Estados una voz decisiva. Es en esta tendencia por aumento de poder que se manifiesta el verdadero carácter del Estado. La realización de una política grande exige, como condición previa, un gran poderío militar que es organizado mediante el servicio militar obligatorio, organización en extremo perjudicial, según veía Nietzsche, para el desenvolvimiento de la cultura, a la que sustrae sin duda las fuerzas de más valor.

Esta síntesis de las ideas fundamentales de Nietzsche comprueba claramente que se enfrentó con valentía a situaciones que años más tarde volvieron a agudizarse cuando menos lo esperaban los observadores atentos de los derroteros de la humanidad. En la actualidad, el régimen dictatorial del nazismo tiende nuevamente hacia el poderío de Alemania como nación europea, y como sus gobernantes saben perfectamente que ello no es posible sin el poderío militar, llevan a cabo presurosamente el más grande rearme que ha contemplado la humanidad, imponiendo a la población privaciones y continuas sangrías, mediante colectas obligadas y contribuciones forzosas como nunca las ha soportado población alguna en tiempos de paz. Una vez realizado y constituído en respaldo seguro el poderío militar, se procederá a manifestar las exigencias, a obtener la voz decisiva en la política internacional y transformarse de este modo en nación temida por los vecinos a quienes se atemorizará con el ruido de las armas y la pronunciación de discursos bélicos.

Este estado de cosas trae aparejado un atraso cultural de grandes dimensiones, incalculable para el futuro de aquel país. Eliminada la oposición por el régimen dictatorial y la persecución sistemática y medieval de todo libre pensamiento, obtenida la dirección única de la prensa y con ello, la presentación, todas las mañanas, de las noticias que el Estado cree conveniente divulgar e inofensivas para su propia existencia, glorificado nuevamente el poderío militar, las hazañas en las contiendas anteriores, se ha obtenido, hasta ahora, el triste saldo de un desprecio hacia el intelecto, de una reducción espantosa de la población estudiantil, de un pueblo que ignora su verdadera situación en la política internacional por carecer de una conciencia basada en el libre albedrío. Con el establecimiento del servicio militar obligatorio, del servicio de trabajo obligatorio, y finalmente, de diversas etapas de educación pre-militar, la población está privada de todo libre desenvolvimiento, las publicaciones reducidas a temas que no ponen en peligro, directa o indirectamente, la omnipotencia del Estado, y la clase

media que más impulso dió a las inquietudes culturales y de la que surgieron, lo mismo que Nietzsche, los grandes hombres de aquel país, se ha vuelto un simple instrumento en manos del Estado, reduciéndose su aporte, al igual que el de la clase trabajadora, a lo estrictamente material.

Escuchemos a Nietzsche:

"El perjuicio más grande de los ejércitos nacionales que ahora tanto se glorifican, consiste en la disipación de hombres de la más elevada civilización. En resumidas cuentas, éstos existen solamente mediante la protección de todas las situaciones. Con qué temor y economía, se debería tratarlos, porque se necesita de grandes espacios de tiempo, a fin de preparar las condiciones casuales para la creación de cerebros tan delicadamente organizados. Pero así como los griegos se agitaron furiosamente en la sangre de los griegos, así lo hacen hoy los europeos en la sangre de los europeos, y en efecto, se sacrifica relativamente siempre a los de más cultura, o sea, a aquellos que garantizan una descendencia abundante y buena. Estos se encuentran en la lucha siempre adelante y se exponen, por ende, más al peligro por su ambición mayor. El patriotismo vulgar de los romanos, ahora, que se plantearon problemas muy distintos y más altos que patria y honor, no es sino algo desleal, (unehrlich) o es un signo de atraso".

Observamos una reacción perjudicial que trae consecuencias directas e indirectas a la cultura, manifestándose por el sacrificio continuo en el "altar de la patria" o a la ambición nacional de los talentos más prominentes. Pero además, esta reacción, teniendo círculos de acción completamente distintos a los de la cultura, lleva consigo, mediante la gran política, daños y perjuicios irreparables:

"Todo hombre de solidez, trabajador, y que anhela la superación espiritual de un pueblo ávido por los laureles de la gloria política, será dominado por esa codicia y ya no pertenece a su propia causa como antes. Los problemas y las preocupaciones siempre nuevas del bienestar público, absorben una contribución diaria del capital cerebral y psíquico de cada ciudadano. La suma de todos estos sacrificios y pérdidas de energía individual y trabajo es tan enorme que el crecimiento político de un pueblo tendrá, casi necesariamente, como consecuencia un empobrecimiento y decaimiento espiritual, una capacidad inferior de producción para obras que exigen gran concentración y dedicación exclusiva.



Finalmente puede decirse: ¿valdrá la pena que toda esa flor y magnificencia de la totalidad sea sacrificada, ya que aparece solamente como temor de los demás Estados por el nuevo coloso y como patrocinio del bienestar del comercio y tráfico nacionales quitados al extranjero, cuando sean sacrificados a esta grosera y multicolor flor de la nación todas las nobles, las más delicadas y más espirituales plantas de las cuales era hasta ahora tan rico su suelo?"

Este aforismo nos hace ver claramente a Nietzsche como opositor decisivo de un fenómeno que se manifiesta de la manera más contundente en la esencia que constituye al Estado moderno: la gran política, o dicho con otras palabras, la política del poderío, del acaparamiento, de la expansión y de la violencia. Observamos en Nietzsche, en esta fase, una franca condenación de la guerra, por un lado, y por otro, la repulsión abierta que le inspira la política del poderío. Pero tengamos en cuenta que no vió el motivo decisivo en la circunstancia de que fuera esa política la que necesariamente conduce a los conflictos armados que tanto dolor y destrucción causan a la humanidad. Con todo, tal reflexión debe haber influído en el establecimiento de las palabras arriba citadas, ya que pertenecen al tiempo en que el pensamiento del filósofo había tomado más bien una orientación democrática, en aquella fase media, o intermedia, que analizamos al principio de este trabajo.

Sin embargo, su oposición a la "gran política" se mantuvo, volviéndose con el tiempo considerablemente más agresiva, a medida que iba abandonando las esferas democráticas que por breve tiempo despertaron su interés. Todavía en su "Ecce homo" se califica a sí mismo de "el último alemán antipolítico". Lo decisivo para la adopción de este punto de vista, siguió siendo el peligro que encerraba toda gran política para la cultura y el freno que significaba para el libre desenvolvimiento de la misma. Vuelve a arraigarse su posición antipolítica, como en sus primeros trabajos sobre los griegos, en su concepción aristocrática de la cultura. Heráclito le es un ejemplo para ello. En su "Genealogía de la Moral" dice en cierto momento lo siguiente:

"Pero aquello que esquiva Heráclito, sigue siendo lo mismo que esquivamos nosotros: el ruido y la charla democrática de los Efeseos, su política, sus novedades del "Reich" (comprenderán que me refiero a Persia), sus vulgaridades de feria de "hoy", porque nosotros los filósofos necesitamos, en primer término, tranquilidad, ante todo "hoy".

En este lugar debemos recordar de nuevo las frases de temor que expresa en la carta que dirigió durante la guerra franco-alemana al amigo Gersdorff. La preocupación que siente ante el Estado de cultura venidero, se transforma muy pronto en una desconfianza manifiesta frente a la intensa vida política que inicióse después de la fundación del imperio alemán y cuyas actividades tomaron un incremento insospechado. Nietzsche declara que Alemania, después de haberse dedicado a la política, ha perdido la conducción espiritual de Europa. Concibe la era de Bismarck— al que veneraba en sus tiempos de estudiante— como un signo del embrutecimiento alemán y califica al mismo Bismarck de culpable por haber implantado el parlamentarismo. Su crítica se vuelve severa y contiene muchas veces una amarga ironía al contemplar el crecimiento excesivo de la vida política alemana,



mas, en el afán de tocar la cuerda sensible de la sociedad moderna, de toda la nación alemana, para ver si reacciona; en esa oposición y el trato violento con los que declara desde su primera "Consideración intempestiva" la guerra a la nación, encontramos un rasgo fundamental del destino de Nietzsche, como a la vez su gran voluntad de educar a su pueblo.

Veamos una de sus anotaciones, cargada de sarcasmo:

"Ellos fueron una vez el "pueblo de los pensadores". Los alemanes de hoy, en resumidas cuentas, no piensan más, ellos tienen algo mejor que hacer que pensar. La "gran política" devora todo interés por asuntos verdaderamente grandes. El número de puntos interrogantes se reduce de año a año. Los alemanes se vuelven aburridos, quizás ya lo son. El peligro está en que se vuelvan en tal grado espiritualmente modestos que al final nada despertará ya su interés (1).

Nietzsche se vuelve profeta en una edad en que recién se transforma en hombre. Su entusiasmo juvenil cede lugar al vidente que lleva en sus espaldas el peso de la decadencia europea. El espacio espiritual para acciones verdaderas comienza a faltar en Europa. Dice ya en 1872 las siguientes palabras:

"Ya no sois capaces de retener lo elevado, vuestras acciones son golpes súbitos pero ningún trueno retumbante. Podéis realizar lo más grande y lo más maravilloso, a pesar de eso tendrá que marchar en silencio al Orkus".

En una época de la más floreciente potencialidad política y de un desarrollo económico sin precedentes, observa Nietzsche, el profeta, "un oculto rasgo de muerte". Hasta aquí, enfrentó al materialismo de la época, el arte y la filosofía, pero un nuevo paso lo lleva a buscar

(1) Nietzsche hace aquí un juego de palabras: *anspruchslos* y *anspricht*.

en la misma esfera de lo espiritual las causas de la decadencia.

* * *

De todo lo que hemos citado hasta ahora, sacamos en consecuencia algo que debemos destacar en relación con nuestro estudio. Sea cual fuese la interpretación de la doctrina de Nietzsche de la "Voluntad de dominio", de cualquier manera existirá un punto de vista uniforme que no admitirá duda alguna: no podemos interpretar su doctrina en el sentido de las teorías de la política del poderío que actualmente se ha vuelto el gran problema de Europa y Asia, y tiende a extenderse también a nuestra América Latina. El que anuncia la conveniencia y la necesidad de la política del poderío, de la expansión y de la fuerza bruta, tendrá que buscarse otro aliado que, dicho sea de paso, le será difícil encontrar entre las verdaderas figuras del pensamiento humano. Por lo pronto, y esto es lo esencial para nuestro estudio, no encontrará justificativos legales para basarse en la obra de Nietzsche. El mismo ha protestado expresamente ante la tergiversación, o sea, la interpretación deliberada e intencional, en el sentido político, de su doctrina de la "Voluntad de dominio". En una ocasión manifestó que hubiera deseado escribir su libro en francés, "para que no apareciera como confirmación de cualquiera de las aspiraciones del Reich alemán". Y cierta vez dice, frente al poder político: "Resulta caro llegar al poder; el poder se embrutece".

Después de haber establecido que la política significa un obstáculo para toda cultura legítima, llegó Nietzsche finalmente en su "Ocaso de los Idolos", al establecimiento de un contraste insoluble entre el Estado y la cultura. Veía en el desenvolvimiento político de un pueblo la causa suficiente para su decadencia cultural. A primera vista, la idea de Nietzsche quizás no convencerá a



muchos de los que creen que el florecimiento político podría realizarse simultáneamente con el cultural. Nietzsche rechaza este pensamiento con la siguiente reflexión:

"Al final, nadie puede gastar más de lo que tiene: esto vale para el individuo y también vale para los pueblos. Si se gasta para el poder, la gran política, para ciencias, el tráfico internacional, parlamentarismo e intereses militares, si se entregan para este lado la cantidad de inteligencia, seriedad, voluntad, superación propia de lo que uno es, entonces hará falta en el otro lado".

Efectivamente, veamos nosotros la organización de las grandes potencias de nuestra época. Dejando de lado la desproporción alarmante entre los presupuestos de educación y de las fuerzas armadas, reconozcamos cuánta inteligencia se malogra en millones de seres puestos al servicio de la organización y del funcionamiento del Estado. Este problema se agudiza aún más en naciones donde prevalece la fuerza bruta ejercida por un caudillo, como sucede en los casos de Italia y Alemania. Todo el mecanismo puesto afiebradamente en acción para producir una inflación material, una exhibición exterior de poder, exige una eliminación de la expansión libre de las ideas. Por consiguiente, toda fermentación cultural se detiene debido al sometimiento bajo la ideología limitada de un grupo humano impuesto por la fuerza que, para alcanzar las metas materiales propuestas, necesita desenvolverse sin la menor crítica, en el mayor de los sigilos y con aquella prepotencia deliberada y manifestada exteriormente que no deja de ser el más craso grado de cobardía, por no admitir la crítica de sus actos.

Aproximando las ideas de Nietzsche a los problemas de nuestros días, que no son sino una agudización de aquellos que vió él, después de la fundación del Imperio alemán, comprenderemos sin duda su ideología. En relación a lo expuesto más arriba podemos citar una consideración de Nietzsche, de enorme trascendencia, que es

la resultante de la reflexión suya anteriormente mencionada:

"Cultura y Estado — no es posible engañarse a sí mismo — son antagonistas: "Estado cultural" es solamente una idea moderna. Lo uno vive de lo otro, lo uno prospera a expensas de lo otro. Todas las grandes épocas de cultura son épocas de decadencia política: lo que es grande en el sentido de la cultura fué impolítico, hasta antipolítico. . ."

¡Cuándo se ha dicho verdad más grande! Esta sentencia encierra la profunda aversión que sentía Nietzsche por ciertos aspectos de la organización moderna del Estado, particulares a este en relación con el Estado antiguo y que tienen sus raíces en la orientación democrática-socializante del siglo XIX y en el moderno desarrollo del comercio y de la industria. Nietzsche ve con mucho acierto que el desenvolvimiento de los Estados modernos se dirige cada vez más hacia el socialismo del Estado — lo cual, dicho sea de paso, llamaba en aquel entonces más la atención en Alemania — y ve en este movimiento hacia abajo, o como diríamos hoy, hacia las izquierdas, el más grande peligro para toda cultura verdadera. En sus ojos, el socialismo no es otra cosa que la "moral de rebaños pensada hasta el fin". Nos preguntamos ahora cuál sería el juicio de Nietzsche si oyera hablar de la **NS - Kulturgemeinde** o de la **Confederazione Nazionale Sindicati Fascisti Professionisti e Artisti**, entidades a las cuales dicta normas el Estado en salvaguardia de sus propios intereses.

Aunque nosotros no compartiéramos, en sus aspectos fundamentales, las ideas de Nietzsche sobre el socialismo, de cualquier manera nos proporcionan motivos muy interesantes para reflexionar sobre la posibilidad de un desenvolvimiento cultural en un Estado donde se volcaran las principales fuentes de energía hacia el fomento de la cultura, acción esta que aún no se ha puesto en práctica, porque incluso en la Unión Soviética donde realizóse desde la desaparición del zarismo una enorme labor cultural, encontramos un desequilibrio fantástico entre los presupuestos de educación y de organización militar. Si en lugar de un presupuesto millonario votado para el incremento material y por tanto expansivo de la nación, figurara la suma estrictamente indispensable para mantener el orden y otra amplia para el fomento de la cultura, sin duda conseguiríamos resultados muy halagüeños en materia de educación y formación cultural de las masas. Pero con ello, aun no se ha resuelto para Nietzsche el problema cultural en sí. Para él, lo esencial está en lo siguiente: ¿pueden las masas, culturalmente niveladas, contribuir al nacimiento de una nueva cultura o llevan ellas en sí, por ese proceso de nivelación, el germen de la descomposición? La contestación de tan delicado asunto depende en gran parte de la situación económica de esa población y de la importancia que adquiere en su estructura social el Estado. Nietzsche no niega que el genio procede de la masa, tan sólo dice que su preparación exige muchos sacrificios y un tiempro prolongado. También reconoce que el genio necesita de un suelo adecuado para desarrollarse. En estas condiciones previas está implícitamente encerrado el reconocimiento de un valor que posee la masa, un valor muerto, si se quiere, pero de todos modos positivo, porque alberga en sus entrañas al genio. También se dice que los genios son escasos y que su aparición es completamente irregular, caprichosa y no responde a ninguna ley que regula la preparación previa a su advenimiento. Pero es preciso reconocer que el genio necesita de una atmósfera adecuada, que puede perecer si no se le proporciona ese ambiente y debilitarse si el medio del que se nutre desconoce sus exigencias vitales. Una atmósfera que responda íntegramente a esas condiciones previas para el desenvolvimiento del genio puede ser creada, llevando a la masa la educación y el sentido por lo bello. Esta masa puede dar, numéricamente, muchos genios como puede dar mu-

chas flores un árbol. Tan sólo debemos afirmar que esta situación ideal no se ha creado jamás y que cada vez se ausenta más la posibilidad de que alcance el florecimiento del genio tal grado de desarrollo. Son muchos los genios que desaparecieron tempranamente por culpa no solamente de la guerra, sino de la sociedad y sus instituciones, otros no pudieron desarrollar plenamente sus facultades y miles ni siquiera se percataron de ellas. Debemos considerar un mito que el genio se impone por sí solo. Por más fuerte que sea una semilla, si no encuentra los elementos substanciales para su desarrollo, está condenada a morir apenas germinada.

Hemos de volver en varias oportunidades sobre tan delicado punto, porque interesa particularmente a la América Latina cuya población, en esencia, se mueve tanto política como socialmente sobre la base de una democracia. Esta, aunque muchas veces ficticia, encierra asimismo la posibilidad de una purificación progresiva, lo cual es un imposible en ciertos Estados de Europa.

* * *

Ya hemos comentado el concepto aristocrático de Nietzsche. Frente a su hombre superior "que tendrá en sus manos los destinos del mundo para formar en el hombre mismo al artista", está la masa democrática, la humanidad media, cuya justificación está en proporcionar la condición previa para el hombre superior, en servir de base sobre la cual puede éste inventar para sí su forma superior". Nietzsche caracteriza a este hombre superior también "de gran hombre sintético" en el cual "están sometidas sin la menor oposición y bajo el mismo yugo, las distintas fuerzas que tienden hacia la misma meta". También lo llama "el hombre que justifica". Este hombre síntesis necesita de la masa como oposición y del sentido de distancia que lo separa de ella. Nietzsche combate por esta razón toda nivelación y toda tendencia hacia



lo uniforme, él exige que se levanten abismos, que se establezcan distancias, un orden de rangos, extremos bien distanciados, todo ello como condición previa para toda cultura legítima. Se refiere a ese "pathos de la distancia" que encuentra en todos los tiempos fuertes. En todo momento combate las teorías de la igualdad y en su Zaratustra dice: "No quiero ser confundido con estos predicadores de la igualdad. Y así me habla la justicia: "los hombres no son iguales". ¡Y ellos tampoco lo serán!... Y lo que yo quiero no deberían quererlo ellos".

Nietzsche es un adversario manifiesto de la forma democrática de la cultura. La orientación demócrata socializante del siglo XIX es para él una decadencia imposible de disimular, y en la cultura "industrial" del presente no ve sino la "forma de existencia más ordinaria que ha existido hasta ahora".

Nos explicamos por tanto que haya juzgado desfavorablemente a todos los movimientos democráticos de la historia, como lo demuestra su punto de vista frente a la Reforma y la Revolución Francesa. En la primera vió el "levantamiento de un espíritu aldeano" con el que dió un gran paso hacia adelante el debilitamiento del espíritu europeo, y de la segunda dice que ha dado al "hombre bueno" definitivamente el cetro, en fin, a todos aquellos que están maduros para el manicomio de las "ideas modernas". Justifica esta revolución en cierto sentido por el hecho de haber surgido de ella Napoleón. A la realización de la gran misión del corso se opone a la vez el movimiento demócrata de las guerras de liberación, a las que siempre condenaba. En este sentido coincidió con Goethe, escribiendo: "A Goethe se le abrió el corazón con el fenómeno Napoleón y se le cerró con las guerras libertadoras".

La mofa de Nietzsche crece aún más frente a aquel concepto de la cultura de los demócratas que ve, según una fórmula de Bentham, la meta más elevada de toda cultura "en la felicidad más grande del mayor número".

Refiriéndose a esta tesis, dice: "El bienestar como lo comprendéis vosotros, no es una meta: ¡nos parece un fin! Es un estado que muy pronto hace al hombre ridículo y despreciable, le hace desear su ocaso". "El hombre que ha llegado a ser **libre** camina por encima de ese despreciable modo de bienestar del que sueñan cristianos, vacas, mujeres, ingleses y otros demócratas". Siempre cuando Nietzsche se apercibe de la tendencia egoísta, o digamos, hedonista, se siente con derecho para pensar en algo deforme. El más típico representante de esa moral de rebaños que anhelan "la felicidad del potrero verde, esto es, seguridad, falta de peligro, satisfacción y facilidades de vida para cualquier persona", es John Stuart Mill. He aquí que nos explicamos ahora su aforismo en el "Zaratustra", "La hora del gran desprecio":

"¿Qué es lo más grande que podéis experimentar? Esto es la hora del gran desprecio. La hora, en la cual sentiréis también repulsión por vuestra felicidad... La hora en que decís: ¡Qué me importa mi felicidad que es pobreza y suciedad y una satisfacción miserable!" Nietzsche enfrenta así a los sentimientos ordinarios de los que quieren gozar, el espíritu de sacrificio del que quiere crear. Cuál de los artistas verdaderos no se siente confundido con esta frase de Nietzsche:

"¡Qué me importa mi felicidad! Hace tiempo que ya no pienso en ella. ¡Yo pienso en mi obra!".

Entre otras cosas, es muy característica en la posición de Nietzsche frente al socialismo, su actitud hostil ante el problema del trabajador, sin duda el de más actualidad dentro del sistema moderno del Estado. Nietzsche niega que existe un problema de esta índole, pero como la realidad demuestra lo contrario, considera como síntoma de una degeneración profunda la existencia del problema del trabajador. Varias sentencias aparecen a este respecto en sus obras:

"La imbecilidad, en el fondo la degeneración del instinto, que es hoy día la causa de todas las imbecilidades, está en que existe un problema del trabajador. Sobre ciertos asuntos no se pregunta; es el primer imperativo del instinto. No dejo de reconocer lo que se quiere hacer con el trabajador europeo, después de haberse llegado a hacer de él un problema. Se encuentra demasiado bien para no preguntar más, paso por paso, para preguntar cada vez con menos modestia. Al fin tendrá el gran número consigo. Ha pasado totalmente la esperanza de que se vaya formando hacia un rango un tipo de hombre modesto y sobrio, un tipo de chino; esto hubiera tenido buen sentido, esto hubiese sido verdaderamente una necesidad. ¿Y qué se ha hecho? Todo, para aniquilar, hasta en el embrión, a la presunción. Con la carencia más irresponsable de pensamiento, se han destruído para siempre los instintos, mediante los cuales era posible el trabajador como rango, era posible a sí mismo. Se ha transformado al obrero en militar, se le ha dado derecho de coalición, el derecho al voto político. No debe sorprendernos, pues, que el trabajador considere ya hoy su existencia como una situación de emergencia (expresado en un sentido moral, como una injusticia)".



El aforismo que precede debe ser leído solamente en relación con lo que hemos dicho más arriba en lo referente a la moral de los rebaños. Sobre la posición de Nietzsche frente al problema del trabajador encontramos en su "Voluntad de dominio" varios apuntes que nos proporcionan más claridad aún:

"El obrero debe aprender a sentir como los soldados. ¡Un horario, un sueldo, pero ningún pago!"

"Ninguna relación entre pago y labor realizada, sino que el individuo debe ser colocado, según su manera, en una forma tal que pueda dar el más alto rendimiento de lo que está a su alcance".

He aquí otro:

"Los obreros deberían vivir como ahora los burgueses, pero por encima de ellos, destacándose por su mo-

destia, la casta superior. por tanto, más pobre y más sencilla, pero conservando el poder".

Para los hombres bajos, es válida la inversión de las apreciaciones; es importante depositar en ellos las "virtudes". Las órdenes absolutas son terribles déspotas que los deben arrebatar de la vida fácil. A los demás es permitido obedecer y su vanidad exige que ellos no aparezcan dependientes de grandes hombres, sino de "principios".

Aun en sus últimos años manifiesta que no se interesa "por el problema del obrero, por ser este tan sólo un intermedio". Curioso resulta, dicho sea de paso, que Nietzsche considera en esta misma anotación "de algo efímero el Estado nacional, frente a un movimiento democrático total", una confesión que incita a reflexiones sobre sus juicios muchas veces opuestos, pero que no deja de encerrar, en el fondo, cierto reconocimiento de la fuerza de un movimiento democrático universal y ante todo, en nuestro campo de acción, latino-americano.

Nietzsche sintió una gran repulsión por todos los fenómenos del sistema monetario, o sea, de la economía financiera que tan íntimamente está ligada a la moderna organización del Estado. La rechaza totalmente, por ser, en forma predominante, un Estado comercial e industrial que fomenta, con su organización, principalmente el bienestar material. Es por este motivo que el "Estado militar", en comparación al "Estado industrial", representa para él una forma de Estado superior.

Y para el parlamentarismo y la prensa, al fin, siente el más profundo desprecio. Se refiere a ellos cuando habla de los "medios" con los que se transforma el "animal de rebaño" en "Señor". En su "Zaratustra" dice:

"Mirad a estos superfluos. ¡Siempre están enfermos, vomitan su bilis y lo llaman diario! ¡Se devoran unos a los otros y ni siquiera son capaces de digerirse!"

Conforme a su pensamiento, el Estado ha sido una



invención para estos "superfluos", para los "excesivos" (los Viel-zu-Vielen). Y frente a la idea del Estado que en su tiempo tomaba la forma creciente de un fuerte socialismo de Estado, erigió su "santo y seña".

"¡Lo menos posible de Estado! No necesito del Estado. Yo me hubiera dado, sin la violencia tradicional, una educación mejor, esto es, una que respondiese a mi físico, y de este modo hubiera ahorrado la fuerza que he disipado para librarme. ¡Si las cosas que nos rodean llegasen a ser algo más inseguras, tanto mejor! Yo deseo que vivamos con un poco de precaución y algo bélicamente. Son los comerciantes los que quisieron hacernos ese Estado arrollador (Ofer-Sorgenstuhl-Staat) lo más simpático posible; son ellos que dominan a todo el mundo con su filosofía. El Estado "industrial" no es mi preferencia como es la preferencia de Spencer. Yo mismo quiero ser, en lo máximo posible Estado; tengo tantos ingresos y egresos, tantas necesidades, tanto que comunicar. Con todo esto soy pobre y no tengo intenciones para obtener puestos honoríficos, **tampoco siento admiración por los laureles guerreros** (1). Yo sé cuál será la ruina de estos Estados: el Estado non-plus-ultra de los socialistas. Soy su adversario y ya en el Estado de hoy lo odio".

Vemos aquí bien definida su adversidad al socialismo, es decir, al fenómeno que apareció con la industrialización creciente de Europa. En el capítulo, "Una mirada hacia el Estado", Nietzsche comienza a dedicarse al problema del socialismo, desde el primer aforismo en adelante:

"En la actualidad, todos los partidos políticos tienen de común el carácter y la intención de trabajar las masas, todos ellos están obligados, por la ya citada intención, a transformar sus principios en grandes estupideces

---

(1) Subrayado por el autor de este trabajo.

"al fresco" y pintarlos así en la pared. Esto ya no admite cambios y se perdería tiempo levantando contra ello aunque fuera un solo dedo, porque en este terreno vale lo que dijo Voltaire: **quand la populace se mêle de raisonner, tout est perdu.** Desde que ha sucedido esto, uno tiene que someterse a las nuevas condiciones como se somete cuando ha trasladado un terremoto los viejos límites y contornos de la topografía del terreno y cambiado el valor de la propiedad. Además, ya que toda política tiene por eje principal la idea de hacer al número máximo de gentes la vida cómoda, entonces podrán también esos "muchos" (die Moglichst-Vielen) determinar lo que comprenden ellos bajo una vida soportable. Si ellos creen poseer el intelecto para encontrar también los verdaderos medios para hallar esa meta, ¿qué harían si nosotros dudáramos de eso? Quieren ser, de una vez, los propios forjadores de su felicidad y desgracia, y cuando este sentimiento de autonomía, el orgullo por los cinco o seis conceptos que alberga y da a conocer su cabeza, les haya hecho en realidad tan agradable la vida, que soportan con gusto las consecuencias fatales de su estrechez, entonces poco podrá objetarse, siempre que la estrechez no llegue a tal extremo de exigir que todo tenga que transformarse en este sentido en política y que cada uno tenga que vivir y actuar según esa medida. Quiere decir, que primero debe ser permitido más que nunca a algunos, abstenerse de la política y colocarse un poco al costado, a ello les induce también su alegría por la autonomía y también un pequeño orgullo puede relacionarse con el deseo de callar cuando hablan demasiado personas, o cuando hablan, en resumidas cuentas, solamente muchos. Después se debe reconocer en esos pocos cuando no atribuyen tanta importancia a la felicidad de los muchos — comprendamos bajo esto indistintamente pueblos o capas de población — y cuando se hagan de vez en cuando culpables de un gesto irónico, porque su gravedad se encuentra en otro terreno, su felicidad es un concepto distinto, su meta no es posible abarcarla con cualquier mano torpe que no tiene más que cinco dedos. Al fin llega de tiempo en tiempo un instante—lo que seguramente menos se querrá concederles, pero que debe ser concedido de todos modos — en que salen de su silencioso aislamiento, ensayando de nuevo la fuerza de sus pulmones: entonces se llamarán unos a los otros como extraviados en un monte para darse a conocer entre ellos y alentarse; en esto, por cierto, se llegará a oír muchas cosas que suenan desagradables para los oídos a los cuales no fueron destinados. En fin, después vuelve la calma muy pronto en el monte, habrá tanto silencio que se volverá a percibir claramente el estremecimiento, el zumbido y aleteo de los innumerables insectos que viven en él, encima y debajo del mismo.



Pasemos inmediatamente al segundo aforismo; "Casta y Cultura":

"Una cultura superior puede formarse solamente donde existen dos castas distintas de la sociedad: la casta de los que trabajan y la de los ociosos, de los capacitados para el verdadero ocio, o dicho con una expresión más fuerte: la casta del trabajo forzado y la casta del trabajo libre. No es de importancia el punto de vista del reparto de la felicidad cuando se trata de la creación de una cultura superior; pero de todas maneras, la casta de los ociosos es la que más resiste los sufrimientos, la que más padece; su placer de existencia es menor, su misión mayor. Y si por fortuna llegara a realizarse un cambio entre ambas castas, de modo que las familias e individuos más torpes y faltos de espíritu de la casta superior fuesen degradados a la inferior, facilitándose a su vez a los hombres más libres de ésta el ingreso a la superior, entonces se habría alcanzado una situación por encima de la cual se vería tan sólo el mar abierto de los deseos indeterminados. Así habla a nosotros la voz del tiempo antiguo que exhala, pero, ¿dónde están aún los oídos capaces de escucharla?"

He aquí sentencias de Nietzsche que definen claramente su posición frente al socialismo, a las ideas democráticas y anárquicas, pero el lector, a esta altura del estudio, ya se habrá familiarizado lo suficientemente con los pensamientos del filósofo para reconocer que no fué, con toda seguridad, un defensor de esas ideas, pero que en cambio, veía las causas fundamentales del mal. Nadie mejor que nosotros, los intelectuales, conocemos los graves peligros del presente que radican en la estructura económica de la sociedad. El individuo, por más condiciones que posea, tiene que renunciar al desenvolvimiento pleno de sus facultades; las tiene que subordinar al problema económico. Recién cuando obtenga un "medio de vida", una solución del problema "vegetativo", podrá dedicarse de nuevo a esa vocación. Pero como el medio de vida se obtiene casi exclusivamente en la capital, por lo general único centro donde se realizan también las actividades culturales, el individuo queda absorbido por la vorágine del vivir moderno, de las complicaciones de transportes y el elevado costo de la vida y se "desnaturaliza", volviéndose al poco tiempo escasamente productivo o perdiendo por completo sus primitivas condiciones. Los que saben sobreponerse a esta situación, sufren diariamente una lucha cruel. Su afán de superación choca con la indiferencia de los demás, se estrella contra los espesos muros de la burocracia y la incomprensión de los improvisados, del periodismo y de todo un mundo de mediocres. ¿Puede imponerse, en estas condiciones, un individuo de facultades superiores? Nosotros diremos que muchos sucumben, mas, sabemos de experiencia que cientos de individualidades fuertes se han visto privadas, por su situación económica, y su falta de libertad de acción, de una labor más proficua que hubiese beneficiado en primer término a la sociedad misma.

Si el Estado no ve estos problemas o si se siente incapaz de solucionarlos, entonces debemos dar la razón a Nietzsche que quiso ver reducido en lo máximo posible



el principio de Estado y que reconocía a éste solamente tanta justificación como era necesaria e indispensable para mantener un orden capaz de permitir la posibilidad de existencia y desenvolvimiento a toda cultura legítima.

No olvidemos que para Nietzsche, el socialismo era un problema de dominio y no de derecho. Su oposición a esta política se prolonga hasta los apuntes que pertenecen a sus últimos años.

"En general, la tendencia del socialismo como la del nacionalismo es una reacción contra la formación del individuo. Ellos tienen sus dificultades con el ego, con el ego semimaduro, insensato; lo quieren colocar de nuevo bajo la campana".

## VII

> El hombre que no es superfluo recién comienza donde termina el Estado. Allí empieza la canción de la necesidad, la melodía única e irremplazable.
>
> Donde "termina" el Estado... ¡Pero mirad allá, hermanos míos! ¿No veis el arco iris y los puentes del superhombre?
>
> *Así habló Zaratustra.*

Con idéntica decisión que al socialismo, combatió Nietzsche el principio de las nacionalidades que ha jugado el papel tan importante, hasta nuestros días, en la vida de los Estados modernos. Al través de sus distintas fases de evolución, Nietzsche se mantuvo fiel a esta adversidad. En su tercera "Consideración Intempestiva" cita entre otros conceptos de la época, bastante confusos— progreso, cultural general, Estado moderno, lucha cultural — también el concepto de lo "nacional". Vemos en él desde temprano una tendencia hacia lo extranacional. En una anotación muy interesante del año 1874 concibe como meta del desenvolvimiento político la destrucción de los Estados nacionalistas y la formación del "Estado universal europeo", (que tuviera por base y límite la vieja cultura europea). Con todo, opina Nietzsche, iría retrocediendo progresivamente, dentro de este cuadro po-

lítica y nacionalmente uniforme, el nivel general de la cultura europea. Viendo esta nivelación, considera una gran recompensa la formación de sectas a las que se retirarían cultura e individuos con el fin de salvarse y no tener que ocuparse de política. En estas sectas tampoco habría diferencias nacionales porque surgirían de la masa, carente del concepto nacionalidad, y en ellas, la exigencia por la cultura se volvería cada vez más tensa y la meta cultural sería colocada, progresivamente, en planos más elevados.

Nietzsche concibió desde muy joven la idea de una Europa unida y extranacional. Desde este punto de vista y teniendo en cuenta la situación política de su tiempo, deberíamos considerarlo el primer pacifista del viejo continente, en el siglo pasado. Desde 1874 en adelante, Nietzsche acentúa en forma creciente su punto de vista referente a la eliminación de las nacionalidades. Como ya sabemos se mueve temporariamente en una corriente positivista, pero estrictamente científica (1). Sin embargo, su oposición al nacionalismo se mantiene y se agudiza. Tan sólo se erige sobre una base transformada y recibe un colorido dramático. Nietzsche rechaza en ese tiempo al nacionalismo por estar en una situación insoluble frente a la ciencia.

"Sabemos que son contradicciones ciencia y sentimiento nacionalista, aunque los falsificadores políticos

(1) Todas las fases de la creación de Nietzsche están atravesadas por ciertos convencimientos fundamentales. Esto debe destacarse enérgicamente frente a la idea divulgada de que Nietzsche ha sido un "relativista". Siempre sintió antipatía por todo lo sistemático y el carácter de su pensamiento, desconfiaba siempre de todo sistema. Como lo destacaron ya Simmel y Bubnoff, todo ello no significa un "relativismo" en el sentido de que a cada afirmación respondiera solamente al valor de una opinión pasajera y libre de compromiso, esto es, la falta de medidas objetivas de juicio. Señalaron el abismo infranqueable que separa a Nietzsche de los sofistas más jóvenes y especialmente de Max Stirner, para quienes eran realmente todas las medidas y avaluaciones "fantasías y sombras fantásticas, carentes de cuerpo".



niegan en ciertas oportunidades esta verdad. Al fin vendrá también el día en que se comprenderá que toda cultura superior solamente en su perjuicio podrá ser señalada aún con mojones fronterizos. No siempre ha sido así, pero la rueda se ha movido y sigue dando vueltas".

Es aquí donde se encuentra Nietzsche nuevamente muy cerca de los problemas de la hora. Durante la época de los pequeños Estados europeos existió no solamente un libre intercambio de cultura sino un espíritu de superación y de amor propio que llevaron, por la continua observación de las actividades culturales del Estado vecino, a una rivalidad y a ese intenso movimiento de arte del cual extraen aún hoy todos los artistas sus principales elementos constructivos. Recordemos aquí el recelo con el que observaba Goethe el creciente expansionismo de Prusia.

A los principios estrechos de un nacionalismo cultural — que no es sino una imitación del nacionalismo económico y del bástate a ti mismo — se opone seriamente, de un modo insoluble, el problema de la técnica moderna que busca, con un éxito cada vez más creciente, acortar las distancias. En esta lucha antagónica de dos fuerzas que responden a la misma organización del Estado moderno — la cultura limitada a la estrechez nacional y a la industria "casera" — no será por cierto la cultura, en sí debilitada, de nuestros días, la que podrá imponerse a los argumentos poderosos de la industria de las comunicaciones. La tendencia de limitación cultural del Estado moderno — restricción que busca fortalecer muy tarde la personalidad nacional — lleva en sí el germen de la desaparición, siempre que el Estado, fiel a sus principios de expansión y gran potencia, no renuncie a los adelantos y a la explotación práctica de la industria. Y esto, por cierto, no le será posible porque decretaría su propia muerte. Las culturas nacionales europeas de la hora son apariciones momentáneas en el camino hacia la universaliza-

ción que esos mismos Estados vienen preparando. Es un sino de su existencia: cavarse su propia tumba con los elementos de su organización.

En la fase positivista de Nietzsche aparece ya el concepto del "buen europeo" que tuvo tan extraordinario significado en sus últimos años. En "Humano, demasiado humano", encontramos un aforismo, "El hombre europeo y la destrucción de las naciones", que debemos citar en este lugar:

"El comercio y la industria, el movimiento de cartas y libros, la comunidad de toda alta cultura, el rápido cambio de lugar y de país, la vida nómada de todos los que actualmente no poseen tierras: todas estas condiciones acarrean necesariamente un debilitamiento, y por último, una destrucción de las naciones, por lo menos, de las naciones europeas, tanto que tendrá que salir, debido a los cruzamientos continuos, una raza mixta, la del hombre europeo. A este fin se opone actualmente, consciente o inconscientemente, el exclusivismo de las naciones por la producción de las enemistades "nacionales", pero la marcha de esta mezcla no es menos lenta, a pesar de todas las corrientes contrarias del momento; este nacionalismo artificial es, por lo demás, tan peligroso como lo fué el catolicismo artificial, pues es por esencia un estado de coacción, un estado de sitio forzado, impuesto por un pequeño número al gran número, y necesita del ardid, de la mentira, y de la violencia para mantener su crédito. No es el interés del mayor número (de los pueblos), como se suele decir, sino, ante todo, el interés de ciertas dinastías reales, y luego el de ciertas clases de comercio y de la sociedad, lo que conduce a este nacionalismo; una vez reconocido este hecho, no debe temerse blasonar solamente de "buen europeo", y trabajar por el hecho en la fusión de las naciones, obra a la cual los alemanes, por su disposición probada para ser "intérpretes e intermediarios de los pueblos", pueden contribuir..."



En el aforismo, "Ser un buen alemán es dejar de ser alemán", Nietzsche fundamenta que el nacionalismo es perjudicial, más: que aniquila toda buena cultura:

"Las diferencias nacionales no se encuentran solamente, como se ha creído hasta aquí, en los matices entre los diferentes "grados de cultura". Estas diferencias, muchas veces no tienen nada de permanente. Por eso, toda argumentación basada en el carácter nacional, hace tan poca mella en aquel que trabaja en la "transformación" de las convicciones, esto es, en el que trabaja por la cultura. Si pasamos revista, por ejemplo, a todo lo que ha sido llamado alemán, habrá que corregir la cuestión teórica "¿qué es lo alemán?" (preguntando; "¿qué es **ahora** lo alemán?", y todo buen alemán resolverá prácticamente esta cuestión, precisamente sobreponiéndose a sus cualidades alemanas. Pues cuando un pueblo avanza y crece, va rompiendo poco a poco las ligaduras que le daban la configuración "nacional"; si este pueblo se detiene, si caduca, nuevas ligaduras enlazan su alma, la costra se hace día a día más dura, hasta constituir en cierto modo, una prisión cuyos muros no hacen más que engrosar. Si un pueblo celebra muchas fiestas, es prueba de que quiere petrificarse y que desearía cambiarse en monumento, que es lo que ocurrió con Egipto a partir de una determinada época. Por consiguiente, el que quiera bien a los alemanes, deberá velar para superar cada vez más todo lo que sea alemán. Por eso, la "orientación" hacia "lo que no es alemán" fué siempre el sello de los hombres distinguidos de nuestro pueblo".

La "nación" es para Nietzsche un cuadro débil, sin fundamento, vacilante, sin una existencia duradera, y la coloca, en el orden de las cosas, después de la raza:

"Aquello que se llama hoy en Europa "nación" y que en realidad es más una **res facta** que **nata** (más; al-

gunas veces se confunde en sus aspectos con una **res ficta y picta**), de todos modos es algo incipiente, nuevo, fácilmente removible, pero no es aún ninguna raza y de ningún modo semejante **aere perennius** como lo constituye la especie de los judíos. Esas "naciones" deberían tener especial cuidado ante cualquier competencia irracible y ante la hostilidad".

Los ataques que dirige Nietzsche en sus últimos años al nacionalismo y patriotismo se vuelven extraordinariamente violentos. Así manifiesta que para él no tienen atractivo alguno la "locura de las nacionalidades" y las "torpezas patrioteras" (1).

Cierta vez exclama: "¡Un poco de aire puro! ¡Este estado absurdo de Europa ya no puede durar mucho tiempo! ¿Acaso existe alguna idea detrás de ese nacionalismo de animales vacunos? Y ahora, en que todo tiende hacia intereses comunes y más grandes, ¿qué valor podría tener el de incitar a estos brutales sentimientos egoístas? ¡Y todo esto en una situación en que salta a la vista la falta de independencia espiritual y la desnacionalización, estando el verdadero sentido y valor de la cultura actual en una fusión y fructificación recípro-

-----

(1) Citamos aquí solamente tres sentencias:

"El Deutschland, Deutschland über alles" es quizá el santo y seña más imbécil que jamás se ha dado. Yo pregunto: ¿por qué. en resumidas cuentas, Alemania, cuando ella no representa, sustituye o quiere algo que tenga más valor de lo que representa cualquier otra de las actuales potencias? Alemania es en sí solamente un gran Estado más, una tontería más en este mundo."

"Lo que es muy joven y descansa en piernas débiles, levanta siempre los gritos más fuertes, porque suele caerse con mucha frecuencia. Así, por ejemplo el "patriotismo" en la Europa de hoy, el "amor por la patria", que no es sino un niño. No hay que tomar muy en serio a este pequeño chillón."

"Nosotros no somos lo suficientemente imbéciles para entusiasmarnos por el principio "Deutschland, Deutschland über alles" o por el Imperio alemán!"



cas! Y el "nuevo Reich" está basado otra vez en la idea más gastada y despreciada: la igualdad de derechos y votos.

La lucha por una primacía dentro de un estado de cosas que no vale nada; esta cultura de las grandes ciudades, de los diarios, de la fiebre y de la "inutilidad".

La unión económica de Europa vendrá por necesidad y de idéntico modo, como una reacción, el partido de la paz...

Un partido de la paz carente de sentimentalismo que prohibe a sí mismo y a sus hijos realizar guerras y servirse de los tribunales, que conjura la lucha, la oposición y la persecución de ella: un partido de los suprimidos, por lo menos por un tiempo; después vendrá el gran partido, contrario a los resentimientos y a la venganza.

Un partido de guerra, con idéntica sistematización y severidad para consigo mismo, pero procediendo en una dirección inversa".

El tono violento que emplea Nietzsche en las palabras que acabamos de citar le consideramos absolutamente justificado y por demás comprensible, por cuanto su lucha se dirige hacia aquellas fuerzas en la vida de los pueblos que impiden la realización de lo que significa para él el más alto valor cultural. Son palabras muy graves las que escribe en su "Crítica del patrioterismo":

"El que siente por encima de sí valores que considera cien veces más elevados que el bienestar de "la patria", de la sociedad, del parentesco de sangre y raza, o sea, valores internacionales, se volvería un hipócrita si quisiera hacerse el patriota. Se rebaja hombre y alma en los que retienen en sí el odio nacional (o que lo admiran o quizás magnifican). Las familias dinásticas explotan a este tipo de hombre y a la vez hay suficientes clases de comercio y de la sociedad que obtendrían su fomento en cuanto tuviesen nuevamente el poder estas corrientes divisorias del nacionalismo".

Y en seguida sigue explicando:

"Ser nacional, en el sentido como lo exige hoy la opinión pública, sería para nosotros, hombres más espirituales, como me parece, no sólo una insipidez, sino una deslealtad, un atolondramiento intencional de nuestro mejor saber y nuestra mejor conciencia".

Ya en su "Más allá del Bien y del Mal" había señalado el proceso de la europeización:

"Que lo llamemos "civilización" o "humanización" o "progreso" con lo que se busca ahora la definición del europeo, que se llame sencillamente, sin alabos o censura, empleando una fórmula política, el movimiento democrático de Europa; detrás de todos estos primeros términos morales y políticos a que se hace referencia con tales fórmulas, se lleva a cabo un inmenso proceso psicológico que entra cada vez más en acción, el proceso de la aproximación del europeo, su creciente desprendimiento de las condiciones bajo las cuales se forman razas unidas por razones climatéricas y estaduales, su creciente independencia de cualquier ambiente determinado que quisiera grabarse en alma y cuerpo durante siglos y con las mismas exigencias; en resumidas cuentas: el lento nacimiento de un tipo de hombre esencialmente extranacional y nómada que, psicológicamente hablando, posee un máximo de fuerza y arte de adaptación. Este proceso del europeo en formación, cuya marcha puede demorarse por grandes recaídas pero que quizás ganará y crecerá justamente por esto en vehemencia y profundidad — a este lugar pertenece el "Sturm y Drang del sentimiento nacionalista" que se agita aún hoy furiosamente, y de igual modo el anarquismo que recién se forma — este proceso se dirige posiblemente hacia resultados que son los que menos esperan sus ingenuos estimuladores y panegiristas, los apóstoles de "ideas modernas". Las mismas condiciones nuevas bajo las cuales se irá formando, en un término medio, la compensación y medianía del hombre — un hombre animal de rebaño útil, trabajador, posible de emplear y hábil para muchas situaciones— estarán llamados a ser, en el más alto grado, generadoras de hombres excepcionales de la más atractiva y más peligrosa cualidad. Porque mientras aquella fuerza de adaptación no puede hacer posible la potencia del tipo, por estar experimentando siempre condiciones alternativas y comenzando una nueva labor con cada generación o casi con cada década; mientras sea la impresión total de estos futuros europeos posiblemente el de obreros múltiples, charlatanes, pobres de voluntad y extremadamente manejables que necesitarán del señor, del que ordena como del pan diario; mientras se dirige la democratización de Europa hacia la producción de un tipo preparado con el más grande refinamiento para la esclavitud, tendrá que salir el hombre fuerte cada vez más rico y más vigoroso como posiblemente jamás se ha visto, gracias a la carencia de prejuicios en su formación, gracias a la enorme multiplicidad en los ejercicios (práctica), el arte y la máscara. Yo he querido decir: la democratización de Europa es simultáneamente un involuntario espectáculo para el castigo de tiranos. Comprendamos esta palabra en todo sentido, también en el espiritual".



Puesto que estamos citando juicios de Nietzsche que correspondan a todas las épocas de su asombrosa actividad, no dejemos de recordar la "Genealogía de la Moral":

"Que toda forma de engaño espiritual no deja de tener éxito en la Alemania de hoy, se relaciona con la desolación del espíritu alemán, en verdad imposible de negar y ya completamente palpable, cuya causa me explico en una alimentación demasiado exclusiva con diarios, política, cerveza y música wagneriana, a lo que debe agregarse lo que arroja la condición preliminar para esta dieta: por un lado la estrechez y la vanidad nacionales, el fuerte pero estrecho principio, "Deutschland, Deutschland über alles", pero después la paralysis agitans de las "ideas modernas..."

Hemos observado hasta ahora que Nietzsche se mantuvo tan negativo frente a los movimientos nacionales como frente a los democráticos. Principalmente por las guerras alemanas de liberación (1813-1815) no sintió la menor simpatía, no solamente por su carácter democrático sino también por su carácter nacional. Veía en ellas la frustración de la gran meta que estableció Napoleón al pretender lograr una Asociación de Estados de Europa con el fin de evitar la desgracia que encerraba la locura de las nacionalidades y que tuvieron como consecuencia las luchas raciales. En el "Ecce Homo" escribe sobre este aspecto lo siguiente:

"Finalmente, cuando los alemanes vieron sobre el puente, entre dos siglos de decadencia, una fuerza mayor de genio y voluntad, suficientemente fuerte como para hacer de Europa una unidad política y económica con el fin de un gobierno universal, fueron ellos los que quitaron a Europa el sentido con sus "guerras de libertad", el milagroso sentido de la existencia de Napoleón. Con esto pesa en su conciencia todo lo que sobrevino, lo que hoy tenemos, esa enfermedad y sinrazón, las más anticulturales que existen; el nacionalismo, esa neurosis nacional de la que padece Europa, esa pequeña política. Ellos quitaron a Europa su sentido, su razón, y la llevaron a un callejón sin salida. ¿Será este un problema suficientemente grande para unir de nuevo a los pueblos?" (1).

-----

(1) "Los alemanes, como rezagados, arruinan la gran marcha de la cultura europea: véase como ejemplo a Bismarck y a Lutero. También cuando Napoleón quiso hacer de Europa una Confederación de Estados (el único hombre que tuvo fuerzas suficientes para llevarlo a cabo), ellos echaron todo a perder con las "guerras de liberación" y conjuraron la desgracia de la locura de las nacionalidades (que tuvieron por consecuencia luchas raciales en países de tan antigua mezcla como los de Europa). De igual modo provocaron los alemanes (Carlos Martell) la paralización de la cultura sarracena. ¡Siempre son ellos los rezagados!"



La mirada de Nietzsche se dirigía, como vemos, hacia una Europa unida, la misma que él deseaba y que veía madurar lentamente en su espíritu. De ello se deduce su solemne renunciación a todo nacionalismo:

"Veo por encima de todas estas guerras nacionalistas, estos nuevos "imperios" y todo lo demás que se encuentra en primer término. Lo que a mí me interesa es la **Europa Una,** porque la veo prepararse lenta y titubeante. En todos los hombres amplios y más profundos de este siglo, fué el trabajo total, verdaderamente, el de preparar aquella nueva síntesis y de apartar previamente y a modo de ensayo el "europeo" del porvenir. Solamente en sus horas débiles, o cuando llegaron a ser viejos volvieron a caer en la estrechez nacionalista de los "patrioteros", entonces fueron "patriotas". Pienso en hombres como Napoleón, Goethe, Beethoven, Stendhal, Enrique Heine y Schopenhauer".

Si tenemos en cuenta aquí el aforismo que citamos de su "Más allá del Bien y del Mal", en el que describe el "proceso del europeo en formación", recordaremos viva e instintivamente aquel fragmento de su temprana frase, que también citamos y que trataba del Estado universal europeo y de los hombres excepcionales, tipos de la más alta cultura de las sectas que se irían formando sobre la base de ese nuevo Estado. Nietzsche concibe el cultivo de una raza de tipos superiores — tema principal de sus últimas obras — como una misión de las "Asociaciones internacionales de sangre" que deberán formarse en el suelo de una Europa unida. Está convencido del progreso irresistible que hará este proceso, en su orientación hacia la unidad continental. Reconoce que puede demorar, y como ya leímos, puede tener sus grandes recaídas, pero estos retrocesos momentáneos pueden producir — esto es muy lógico — vehemencia y profundidad mayores. Nietzsche opina que las tonterías nacio-

nales no deberían enceguecernos por el hecho de que ya existe en las regiones superiores una dependencia espiritual permanente, dirigiéndose todo hacia una síntesis del pasado europeo en los más elevados tipos superiores. Efectivamente, agregaremos nosotros, en esas regiones superiores demoró más en producirse el distanciamiento entre los grandes cerebros de una y otra nación y ellos fueron los primeros en reanudar las relaciones, apenas terminada la masacre.

¿Acaso no resulta extraño que el ideal político de Nietzsche, en sus últimos años, represente el polo opuesto de su temprano ideal del Estado? Para el joven Nietzsche, el Estado nunca pudo ser lo suficientemente pequeño. En aquel entonces dió a la Polis griega, por su limitación, la preferencia ante la organización del Estado romano y la de los modernos Estados nacionales. Más tarde, hasta llega a considerar de política mezquina (Kleinstaaterei), la situación política actual de una Europa dividida en grandes Estados nacionales, cuya superación exige Nietzsche para poder llegar a una Europa unida. Este cambio de puntos de vista, en lo esencial, se explica ante todo por la dedicación a los griegos que le tenía virtualmente absorbido en los primeros años, pero que debilitóse a medida que se aproximaba al análisis cada vez más agudo de las taras terribles que azotan actualmente a la humanidad en todo orden de cosas: religión, moral, política, arte, etc. Quizás lo podemos formular de otra manera más explícita: la posición del Estado en relación a la cultura le pareció a Nietzsche cada vez más desfavorable.

Ahora bien, el predominio de los intereses del Estado en la vida de los pueblos se basa principalmente en la tensión política entre cada uno de los Estados. motivada en la mayoría de los casos por asuntos esencialmente económicos como la producción y los problemas territoriales. En una Europa unida, esta tensión quedaría automáticamente eliminada, siempre que la organización



de ese Estado único se hiciera a base de principios equivalentes. Y con esta desaparición, el predominio de los intereses específicos de cada uno de los Estados y todo lo que con ello se relaciona, se vería considerablemente reducido.

En efecto, esto sería posible, siempre que se tuvieran presentes las bases arriba apuntadas, porque de otro modo llegaríamos dentro de ese gran Estado a problemas semejantes o quizás más agudos aún que los que se presentaron en naciones donde el predominio económico de una región determinada, tiende hacia el separatismo o a diferencias graves. No nos referimos solamente al caso de Barcelona y de los países vascos. También en nuestro Continente hemos podido asistir a este fenómeno que ha llegado a producir, en ciertos casos, situaciones de violencia. Las revoluciones del Brasil, especialmente las de Sao Paulo, son pruebas evidentes de estos desequilibrios que hemos notado también en la Argentina (Buenos Aires versus Rosario) y en Chile (Santiago y Valparaíso).

Recordemos a esta altura de nuestro estudio que Nietzsche se imaginó algunas veces a Europa bajo la dirección política de Rusia, "la única potencia que tiene en su cuerpo resistencia, que puede esperar y que puede aún prometer algo". Para él, Rusia representaba un contraste marcado frente a la miserable situación de los pequeños Estados europeos. También comentaba la calma rusa frente a la nerviosidad que produjo en las naciones menores la fundación del imperio alemán que en aquellos años llegó a una situación parecida a la que se produjo con motivo del resurgimiento del poder político y militar de la Alemania nazista.

En varias anotaciones que encontramos en los apuntes inéditos, Nietzsche se refiere a la posibilidad de ver en Rusia una esperanza para la formación de una Europa unida. Veamos algunas:

"Todos los verdaderos germanos se fueron al extranjero. La Alemania de hoy es una estación preeslava y prepara el camino a la Europa paneslava".

"Rusia debe transformarse en dueña y señora de Europa y Asia, debe colonizar y conquistar la China y la India. . ."

"La ventaja de la Iglesia **como la de Rusia** es esta: ellos pueden esperar".

En otro sitio señala el peligro que amenaza a la cultura de parte del espíritu pequeño de los ingleses y dice a continuación:

"Necesitamos inevitablemente una acción en conjunto con Rusia, con un programa nuevo y común que evitará que llegue a dominar en Rusia el esquema inglés".

En este mismo párrafo habla de la necesidad de "confundirse las razas germana y eslava' y dice textualmente: ". . .yo veo más condición para la grandeza de sentimientos en los nihilistas rusos que en aquellos de los utilitarios ingleses", una frase que causaría sin duda aún hoy gran simpatía en el territorio vasto de los Soviets. En otra ocasión dice lo siguiente:

"Me parece que la capacidad inventiva y la acumulación de fuerza de voluntad se encuentran en mayor medida y sin el menor desgaste en los eslavos, gracias a su régimen absolutista. Un régimen universal alemán-eslavo no pertenece a lo inverosímil".

El que lee atentamente este párrafo comprenderá que Nietzsche hace alusión al enorme caudal de energías de Rusia que abre enormes perspectivas, según él, para una Europa cuyo sector occidental se encuentra ya cansado. Su alusión al régimen absolutista no debe entenderse como un elogio, sino como una circunstancia que permitió una acumulación de fuerzas que recién en 1917 despertó de su profundo letargo.

**En diversas ocasiones, al hacer la crítica de la revolución francesa, Nietzsche ha comentado la falta de fuerza de ese movimiento que capituló punto por punto de su**



**programa hasta perder totalmente la inercia (1). Por esto no ha dejado de reconocer la influencia de las ideas de esa revolución, especialmente en personalidades fuertes y en individuos geniales. Y como no encontramos en la historia de los pueblos sino tres revoluciones verdaderas, la francesa, la rusa, y en nuestro suelo, la mexicana,** nos sentimos autorizados para admitir esa genial visión de Nietzsche, quien vió a distancia la enorme fuerza de esa masa humana, de energías acumuladas, prontas para nuevas experimentaciones. También la Revolución Rusa ha perdido inercia, pero, como en el caso de la francesa, tuvo una influencia tan honda en los espíritus más destacados de la humanidad que aun no pueden preverse los resultados. Por ende no olvidemos que todo movimiento, toda acción, no puede mantener su impulso primitivo. Toda revolución está sujeta a leyes físicas.

Cierta vez, Nietzsche señaló en uno de sus apuntes, el primer signo de nuestro siglo:

". . . la entrada de los rusos en la cultura. Una meta grandiosa. Proximidad del barbarismo, despertar de las artes, nobleza de la juventud, locura fantástica y verdadera fuerza de dominio. . ."

También ve en ciertos momentos a Rusia como una potencia peligrosa para el resto de Europa. Ella podría, por su amenaza, obligar a las naciones occidentales del continente a una alianza y esta podría ser el comienzo de la formación de una Europa unida. En "Más allá del Bien y del Mal" habla de la enfermedad de la voluntad

---

(1) "Por el momento, las guerras son las excitaciones más grandes de la fantasía, después de haber empalidecido a todos los embelesos y atrocidades cristianos. La revolución social será posiblemente más grande aún; por esto viene. Pero su éxito será inferior a lo que se supone. La humanidad puede mucho menos de lo que quiere, como lo ha demostrado la Revolución Francesa. Cuando ha pasado el gran efecto y la embriaguez de la tormenta, resulta que se debería tener más fuerzas y más práctica para poder realizar más."

que está difundida por Europa de un modo irregular. Considera que Francia sufre con más gravedad este mal y enfrenta a este país Rusia, cuya fuerza de dominio está "sorprendentemente, y con particular fuerza, en aquel enorme Estado intermedio, donde, por decir así, fluye Europa en retorno hacia Asia". Luego sigue:

"Allá la fuerza de la voluntad ha sido suspendida y acumulada desde tiempo atrás; allá, insegura si como voluntad negativa o afirmativa, la voluntad, en forma peligrosa, espera para disolverse, para pedir prestada de los físicos de hoy su palabra de preferencia. No solamente serían necesarias guerras en la India y complicaciones en Asia para que Europa se vea librada de su más grande peligro, sino revoluciones internas, el estallido del Imperio en pequeños cuerpos y ante todo, la introducción de la imbecilidad parlamentaria, a lo cual deberíamos agregar la obligación para todo el mundo, de leer durante el desayuno su diario. Yo no digo esto como si fuese mi deseo; yo considero semejante aumento de amenaza por parte de Rusia para que Europa tenga que decidirse, por decir así, a transformarse en una amenaza, o sea, para **obtener una voluntad** por medio de una nueva casta que tendría que dominar a Europa; una voluntad prolongada, terrible, propia, que podría señalar metas por encima de miles de años para que de una vez llegue a su fin la comedia interminable de su tendencia a los pequeños Estados, como a la vez la de "querer hacer mucho" de sus dinastías y democracias".

Hemos citado estas consideraciones referentes a Rusia para familiarizar al lector con las preocupaciones que tuvo Nietzsche en sus últimos años. Las contradicciones que encuentra se producen muchas veces por el simple hecho de haber sido arrancadas de su medio, es decir, de las relaciones que poseen con otros aforismos y con la idea fundamental que las atraviesa. En este caso observamos en Nietzsche dos puntos de vista: el primero, contempla la posibilidad de incluir a Rusia en el Estado



único europeo, en el segundo, considera la posibilidad de esta formación política excluyendo Rusia. La situación política actual nos demuestra que esta segunda hipótesis de Nietzsche carecería de fundamento por haberse elevado Rusia en los últimos tiempos a una potencia de primera magnitud.

## VIII

"Los alemanes creen que la fuerza tiene que manifestarse en dureza y crueldad. Es por esto que se someten con gusto y admiración. Así se desentienden de una vez de su debilidad compasiva y de su sensibilidad por todas las nulidades y gozan devotamente del terror. Les cuesta creer que existe fuerza en la dulzura y en la calma.

*Obras completas,* XI, 363.

La teoría cultural y la valorización del Estado de Nietzsche nos proporcionan elementos de juicio muy seguros para poder apreciar a la vez su posición frente a la guerra. Ante todo, debemos tener presente que la guerra moderna, a la que nos referimos en primer término, es un fenómeno extremadamente complicado. La guerra moderna tiene una relación íntima con la política y como tal — para citar una palabra de Clausewitz, muchas veces empleada — representa una continuación de la política, con la diferencia que se emplean medios distintos. En todo caso se nota un gran aumento de medios. La guerra significa por tanto el máximo crecimiento de la política del poderío y como esta política constituye la esencia específica del Estado moderno, llegamos a la conclusión que es en la guerra donde este Estado llega al

despliegue máximo de fuerzas, a la expresión más potente, a la apoteosis. Podemos decir, en resumen, que la guerra despierta el sentimiento por el Estado.

Si nosotros observamos claramente esta relación y si recordamos lo establecido hasta ahora en lo que se refiere al punto de vista de Nietzsche sobre el Estado y la guerra, ya no podemos tener la menor duda sobre su posición verdadera frente a estos fenómenos modernos. Sabemos que el Estado moderno con su política expansionista y su organización militar significaba para él, en una situación normal, un freno muy perjudicial para el desenvolvimiento de la cultura, porque sustrae un conjunto de fuerzas de gran valor y las conduce a caminos totalmente distintos. Con más razón hemos de comprender que en un Estado que se encuentra en guerra, debe existir un predominio mayor de estos factores perjudiciales.

A lo antedicho falta agregar varios aspectos. Desde que se suplantaron en la mayoría de los Estados los ejércitos mercenarios por ejércitos constituídos por una población militarmente organizada mediante el servicio militar obligatorio, la guerra, debido a esta transformación, ha recibido un carácter esencialmente democrático, porque en la lucha interviene toda la población apta y representa así un ejército popular. La organización militar de los últimos años en algunos países europeos ha incluído también a la mujer, llegándose a formar regimientos compuestos exclusivamente por mujeres. También en la aviación toma parte activa la mujer. Todo esto no hace sino intensificar nuestra apreciación sobre los ejércitos populares.

Los alemanes, para citar un ejemplo, tuvieron antes de la guerra mundial un no disimulado orgullo por ser "un pueblo en armas" y en la actualidad, muy gozosos, no solamente se jactan de haber reconquistado este privilegio, sino de haberse superado en relación a su potencialidad durante la guerra mundial. En la moderna orga-



nización de los ejércitos populares desaparece totalmente la personalidad, se valoriza al individuo exclusivamente según su capacidad de rendimiento en lo militar, pero en lo demás, cultura, conocimientos profesionales y otras prendas que no tengan afinidad con las exigencias y la organización de una guerra, desciende a un simple número, a aquel fatídico número de identificación que puede facilitar el reconocimiento de un cuerpo destrozado por el estallido de un proyectil de gran calibre.

Sabemos que Nietzsche fué un enemigo declarado del democratismo, de la "nivelación" que "conspiraba brutalmente contra el gusto y más aún contra la razón". En sus apuntes inéditos encontramos el siguiente juicio:

"La locura de las nacionalidades y las torpezas patrioteras no tienen para mí encanto alguno. "Deutschland, Deutschland über alles" suenan dolorosamente en mis oídos. En el fondo se debe a que yo quiero y deseo más de los alemanes que... Su primer hombre de Estado, en cuya cabeza se entienden un honrado fondo de **royalismo** y cristianismo y una política exterior sin consideraciones, produce en mí una curiosidad mezclada de ironía. Hasta me parece ser útil que existan algunos alemanes que hayan quedado indiferentes ante el Imperio alemán, ni siquiera como observadores sino como despreciadores. ¿Pero hacia dónde miran ellos? Hay cosas más importantes; frente a éstas tienen solamente carácter de preguntas de primer término aquellas que mencionamos: así, por ejemplo, la elevación creciente del hombre democrático y como resultante del mismo el embrutecimiento de Europa y la disminución del hombre europeo".

Si bien preconizaba Nietzsche, por otro lado, que una elevada cultura puede desenvolverse solamente sobre una base amplia, arraigándose en una medianía fuerte, orientada por ideas sanas, también admitió la explotación del hombre, incluyéndolo en un amplio mecanismo concebido como totalidad, a una organización niveladora de masas. Así llegó a establecer que la mecanización de la

humanidad es una condición previa para la existencia del hombre superior sintético. Esta idea tuvo como punto de vista a esa medianidad de individuos fuertes y sanos, pero toda la concepción aristocrática de la cultura por Nietzsche está basada en la tensión y en el contraste que existen entre el hombre superior y la masa de los "nivelados". El hombre superior necesita de la adversidad de esta masa, precisa del sentido de distancia para apreciar su relación con ella y para establecer comparaciones. Veamos lo que dice Nietzsche en su "Voluntad del dominio".

"Según cómo sienta un pueblo: ("el derecho, el conocimiento, el don de la conducción, etc., está en los menos" o "en los muchos"), tendrá un régimen oligárquico o uno democrático.

"El **reinado** representa la fe en Uno muy superior, en un conductor, salvador, semidiós.

"La **aristocracia** representa la fe en una humanidad elegida y en una casta superior.

"La **democracia** representa la incredulidad en grandes hombres y en una humanidad elegida: "Cada uno es igual al otro". "En el fondo, todos nosotros somos animales y una plebe egoísta".

En la anotación siguiente podemos apreciar mejor aun sus pensamientos sobre este problema:

"Siento aversión, primero, por el socialismo, porque suena muy ingenuamente de lo "bueno, verdadero y hermoso" y de "derechos iguales" (también el anarquismo quiere el mismo ideal, tan sólo de una manera más brutal); segundo, por el parlamentarismo y la prensa, por ser ellos los medios con los que se hace Señor el animal de rebaño".

Pero lo importante y a la vez lo decisivo de todo este asunto está en que Nietzsche admite solamente esta explotación niveladora del hombre, cuando representa un medio que está al servicio de la cultura legítima. Esto quiere decir, en otras palabras, que la acepta



mientras presta utilidad a la creación de un tipo de cultura superior. Es solamente bajo esta condición previa que Nietzsche la justifica y el significado que adquiere para él sólo desde este punto de vista debe ser comprendido. "En el otro caso", comenta, "sería en realidad solamente la reducción en total, la reducción en valores del tipo hombre, un fenómeno de retroceso en la más grande escala".

Sin embargo, justamente esta faz que Nietzsche condena, la vemos realizada por el aparato nivelador del moderno sistema de la organización de las fuerzas armadas. Muy lejos de ponerse al servicio de la cultura legítima, se opone a ella y la perjudica, porque toda esta organización niveladora fué creada para un fin que nada de común tiene con la meta cultural que veía y exigía Nietzsche. Por el contrario, tenía que perjudicar inevitablemente a toda actividad cultural legítima, por sustraer de un modo sistemático las fuerzas intrínsecas de una humanidad encaminada hacia este fin.

A semejante nivelación le faltaría, en este caso, la justificación superior sin la cual sería inadmisible. Además, debido al servicio militar obligatorio, organizado sobre la base democrática, la masa popular adquiriría un significado superior al que se hubiera opuesto rotundamente la concepción aristocrática de Nietzsche, sobre la cultura. Es por este motivo que juzga tan resueltamente, y con tanta penetración, la Institución de los ejércitos populares:

"¡Armar el pueblo significa, al fin, armar la plebe!"

Casi sin excepción, el motivo nacional juega un papel preponderante en las guerras modernas, porque estas tienen casi siempre y paralelamente al carácter democrático otro nacional. Este era un argumento más para que Nietzsche rechazara la guerra moderna. Como "buen europeo" que era, combatió violentamente el na-

cionalismo, ese obstáculo mayor que dificultaba y sigue dificultando la formación de una Europa unida. La consecuencia de toda guerra nacional tiene que terminar inevitablemente en el aumento de los contrastes nacionales; una contienda de esta índole conduce al aislamiento severo de los bandos en lucha, ensalza excesivamente las cualidades propias en detrimento de los que posee indiscutiblemente el enemigo; más, fomenta lo mediocre, siembra el odio, elimina toda actividad intelectual equilibrada y aleja de nuevo la meta que se pretende alcanzar en el sentido de una cultura cada vez más universal. En lo económico, las consecuencias de una guerra conducen a la era del proteccionismo y de las restricciones. Estas afectan a su vez el libre intercambio de ideas, publicaciones, intereses, en fin, aquella aproximación de espíritus superiores cuya existencia, por encima de los mojones fronterizos, había reconocido también Nietzsche.

La actual división en campos ideológicos y la posibilidad de una guerra basada en esos principios, en la que participarían muchas naciones a la vez debido a las alianzas cada vez más complicadas, no representa en realidad ningún cambio de situación. El nacionalismo europeo representado por las naciones "fuertes" y sus epígonos es un retroceso por ser histórico. Ya sabemos en qué forma ha combatido Nietzsche "lo histórico". La participación de más de dos naciones en una guerra, o mejor dicho, de varias naciones en cada bando, en nada modifica sus puntos de vista de Nietzsche.

Podemos establecer, por consiguiente, que la guerra moderna adquiere un aspecto muy marcado como guerra económica, esto es, como lucha de intereses materiales. Podemos afirmar que este es su carácter predominante ya que las guerras serán provocadas por las naciones expansionistas, por esos grupos humanos que llevan más marcados, según la teoría de Spengler, los síntomas de la civilización. Nosotros debemos agregar



que son muy pocas las guerras y las revoluciones que no llevan como único motivo los intereses materiales. En el campo internacional no son otra cosa que la continuación abierta de una guerra económica sorda, en el terreno nacional pretenden el desplazamiento de un grupo político que se ha apoderado simultáneamente de muchos privilegios económicos. Recordemos el campo de batalla de la América Latina.

Las diferencias y los contrastes de las economías nacionales, hoy día son de una enorme influencia, ellas deciden el estallido de una guerra y son sus verdaderos causantes. Los modernos Estados son de índole comercial e industrial. Esto conduce a la competencia en el mercado mundial y la lucha por el predominio económico puede agudizarse con la mayor facilidad, al menor roce de intereses y conducir así a conflictos bélicos, como lo ha demostrado la Guerra Mundial, la guerra del Chaco y la situación actual en Europa y en Asia. Un ejemplo reciente lo constituye el conflicto ítalo-etíope que dejó al descubierto, como en el caso de la invasión del Norte de China y la destrucción de Chapei, los misteriosos hilos que mueven los Gobiernos puestos al servicio de los grandes capitales y de los intereses del Estado que con ellos se confunden (1). Es principalmente la política la que respalda y fomenta el desenvolvimiento en gran escala de la industria y el comercio privados de un país. En ciertas circunstancias, cuando los ocultos manejos encuentran síntomas favorables a sus planes, deben ser llevados estas intenciones de expansión a un resultado definitivo mediante una guerra victoriosa. Pero justamente, esta faz de la guerra moderna tenía que causar efectos de repulsión en Nietzsche. Nunca demostró tener interés por la vida económica y fren-

(1) Al concluirse la impresión de esta obra los sucesos de España han llegado a un extremo tal que no hacen sino confirmar lo antedicho.

te a los fenómenos específicos del sistema monetario sintió una profunda aversión que es imposible de negar aunque escriba, en uno de sus apuntes póstumos, que "también necesitamos inevitablemente de los más hábiles financistas, los judíos, para conseguir el dominio del mundo". Esta frase, que pertenece a sus consideraciones sobre la fusión de la raza eslava con la alemana, no hace sino confirmar un principio de la Unión Soviética que ha admitido, en todos los grandes puestos de responsabilidad y acción, a los elementos judíos.

Según hemos visto, Nietzsche valorizó en forma negativa a todos los factores que contribuyen en dar a la guerra moderna su carácter particular. Todos estos factores tuvieron, con absoluta seguridad, una actuación muy intensa en la Guerra Mundial. Y como la Alemania de hoy, pese a las intenciones pacifistas que da a conocer constantemente su gobierno, está preparando la misma maquinaria complicada e infernal, con la paralización casi total de un libre desenvolvimiento de su cultura y la sustracción de sus mejores fuerzas con destino a los distintos servicios de preparación militar, no puede, de ninguna manera, invocar a Nietzsche como ídolo de su filosofía política ni calificarlo de apóstol de la Guerra Mundial o de otras guerras futuras. En semejantes interpretaciones, la vulgaridad raya en lo inconcebible. Pero a la vez, es verdaderamente doloroso, observar el desconocimiento total de las ideas fundamentales de Nietzsche en profesores universitarios que obtienen resultados abominables con interpretaciones intencionalmente forzadas, consecuencia todo ello de no haber sabido separar la filosofía de Nietzsche de la "política de actualidad". Comprendemos que su propósito consiste en transmitir a la mediocridad intelectual alemana el espíritu bélico que sienten correr por sus venas. Al servirse de genios, como en el caso de Nietzsche, olvidaron que tanto éste como muchos otros no resistirían una "requisición" concienzuda, según los principios nazistas, de sus obras, porque como individualidades extraalemanas, como hombres universales, tuvieron la necesaria franqueza de señalar abiertamente los defectos de la raza y de la organización política, social y cultural alemanas. Claro está que un régimen político de tan estrecho horizonte no puede eliminar a todos los genios que contribuyeron al engrandecimiento de su patrimonio cultural. Con un desconocimiento deliberado de una obra en su totalidad hacen resaltar aquellas fases que se relacionan directa e indirectamente con la teoría que propugnan. Al transformar la grandiosa visión del superhombre de Nietzsche en un ser que puede y debe ser alcanzado por las vías fisiológicas para servir a los supremos intereses del Estado, se ha conseguido algo más que la tergiversación de sus ideas fundamentales: una juventud ávida por saber, pero inexacta, rechaza a Nietzsche por considerarlo un paladín de la violencia, un preconizador de las guerras y del derecho brutal del hombre. Vemos así que el hombre que pagó con su vida el haberse proyectado en un esfuerzo sobrehumano hacia lo universal, lejos de lo temporal e histórico, ha sido introducido de nuevo a la atmósfera viciada de nuestro siglo, sirviendo de medio para un fin muy opuesto al que había soñado (1).



-----

(1) Leemos de paso un aforismo de la segunda parte de "Humano, demasiado humano", que titula Nietzsche, "Un freno para la cultura". Se presentan ante nuestra vista las reuniones políticas en masa, de la actual Alemania, el ruido de armas, los desfiles militares, la vistosidad de los uniformes:

"Cuando nosotros escuchamos: allá, los hombres no tienen tiempo para sus ocupaciones productivas, los ejércitos militares y las manifestaciones les quitan el tiempo, y el resto de la población los tiene que mantener y vestir. Pero su traje es llamativo, muchas veces abigarrado y lleno de extravagancias; allá se reconocen solamente pocas cualidades diferenciales, los individuos se parecen unos a los otros más que en cualquier otra parte o reciben un trato que los iguala, de todas maneras. Se ordena, pero con el cuidado de no convencerse. Allá, las condenas son pocas, pero crueles y van muy pronto a lo último, a lo más es-

En resumidas cuentas, podemos asegurar que toda tergiversación es posible solamente cuando se somete a ciertas sentencias a consideraciones unilaterales, o cuando se conforma el lector con interpretaciones parciales o equívocas, sacando consecuencias finales que no tienen justificación. Estas pueden, a primera vista, aparecer como lógicas, pero no resisten al ser sometidas a un examen detenido.

Nos preguntamos ahora cuál sería, en resumen, el testimonio de Nietzsche en favor de la guerra. Al someterlo a un estudio sabremos muy pronto en qué forma atribuía Nietzsche valor a la guerra y en qué sentido hemos de comprender sus manifestaciones a este respecto. Pero antes de dedicarnos al análisis de estas manifestaciones no debemos dejar de mencionar de nuevo aquel relato que dió a conocer Elisabeth Förster-Nietzsche y que ya hemos citado y comentado al principio de este trabajo. Su hermana quiso ver en este acontecimiento la primera concepción de la "Voluntad de Dominio", sugerida inesperadamente por el paso veloz de varios regimientos del ejército alemán. Pero en ello, francamente, no podemos descubrir ninguna apreciación de

pantoso. Allá, la traición es considerada el peor delito y hasta la crítica del malestar la intentan solamente los más valientes. Allá. un vida humana es barata, y la ambición toma frecuentemente una forma que pone en peligro la vida...

"El que oye todo esto dirá inmediatamente: "este es el cuadro de una sociedad bárbara, que está en peligro". Puede ser que agregue algún otro: "es la descripción de Esparta"; pero se volverá pensativo y opinará que es nuestra moderna organización militar la que se ha descrito, tal como se encuentra en medio de nuestra cultura y sociedad distintas, como un anacronismo viviente, como el cuadro, así dijimos, de una sociedad bárbara que se encuentra en peligro, como una obra póstuma del pasado que no puede tener para el engranaje del Presente sino el valor de un freno. Pero en algunos casos, también un freno puede hacer extremadamente bien a la cultura: esto es cuando desciende con demasiada rapidez, o, como quizás en este caso, en que asciende con excesiva velocidad."



la guerra como manifestación total en la vida de los pueblos.

No dudamos que la visión de las tropas victoriosas haya conmovido la fantasía de Nietzsche como una manifestación grandiosa de una voluntad de vivir, fuertemente aumentada por las circunstancias dramáticas en que se desarrollaba. Pero estamos plenamente de acuerdo con Nicolai de Bubnoff, quien trató sobre el mismo tema, llegando a la conclusión de que Nietzsche recibió en aquel instante una impresión predominantemente estética de una manifestación parcial de la guerra. Nosotros agregamos que Nietzsche tomó parte en la guerra como observador, ya que su intervención se reducía a recorrer los campos de batalla y atender a los heridos. Sobre estas actividades ha manifestado en diversas cartas una intensa compasión por el dolor humano. El lo sintió con más intensidad que nadie, dada su extraordinaria sensibilidad. Wagner fué el primero en recomendarle que se abstuviera de toda intervención en el conflicto armado, en consideración a su constitución psíquica.

Por suerte se redujo la participación de Nietzsche a una actividad de retaguardia que terminó a las pocas semanas de haber comenzado. Además, nos resultaría bastante inverosímil imaginarnos a Nietzsche, tomando parte activa en los encuentros de primera línea, en las luchas de cuerpo a cuerpo que fueron aún tan frecuentes en la primera fase de la guerra de 1870-71, pero especialmente en las grandes batallas de Weissenburg y Wörth, que se produjeron más o menos en la misma época cuando ejercía las funciones de enfermero. Aunque se encontraba como todos los alemanes bajo la influencia inmediata del principio nacionalista y de la organización militar prusiana — como prueba evidente recordemos que él lamentaba no tomar parte activa en los encuentros — de todos modos debemos dudar seriamente de que Nietzsche hubiera hecho manifestaciones idénticas, después de una intervención personal en la lucha, a

aquellas que le produjo el avance de un cuerpo de ejército. Podemos considerar un desacierto que Nietzsche haya encontrado ya en aquel entonces en la guerra la más perfecta manifestación de la voluntad de dominio. Tampoco en las etapas posteriores que recorrió el espíritu de Nietzsche sería posible comprobar que su concepción de la guerra se basa en la manifestación suprema de la voluntad de dominio.

* * *

Nos quedarían por revisar las sentencias que escribiera Nietzsche sobre la guerra. El análisis de las mismas y la estricta observación del ambiente en que se encuentra, ¿acaso nos autorizan para señalar algunas en las que magnifica a la guerra? ¡Difícilmente! Sin embargo, son muchos los que extraen estas sentencias con el exclusivo fin de comprobar con ellas la posición favorable de Nietzsche frente a la guerra. El "Zaratustra" es la obra a la que recurren en primer término los buscadores de citas. Es así que ha aparecido infinitamente una frase que insertamos a modo de ejemplo:

"¿Vosotros decís que es la causa buena la que santifica hasta la guerra? Yo os digo: es la buena guerra la que santifica a cualquier causa".

Sin embargo, en esta frase no encontramos, como parece a primera vista, una exaltación incondicional de la guerra. Observemos la limitación del alcance de la frase en el adjetivo "la **buena** guerra". Nos tendríamos que preguntar ahora si en el sentido de Nietzsche es una guerra **buena** la que se desencadena por motivos nacionales o materiales. Recordemos la larga exposición hecha desde el principio de este trabajo. Quizás nos bastaría para negar terminantemente esta pregunta. Y a los que nos interrogan sobre el significado que atribuye Nietzsche a la guerra **buena,** les contestaremos que ella es una lucha que produce cultura legítima y que asume por ella no so-



lamente la defensa sino que la fomenta incesantemente. Esta lucha no tiene que ser, necesariamente, una lucha sangrienta. Esto sí. Nietzsche vió siempre en la lucha un principio creador y por ello la ha evaluado en todo momento con gran estima. En este sentido se asemeja a Heráclito, con el cual está unido por un fuerte parentesco de ideas. Es en la lucha donde recibe la energía creadora de cultura, una potencialización, una corriente positiva.

Sin embargo, no es en todas las luchas donde podemos aplicar, según Nietzsche, este principio. Ya en su primera fase vió el impulso principal de la cultura griega en la lucha deportiva, en la lucha de competencia física, a la que enfrentó la lucha de exterminio que destruye hasta los cimientos de toda cultura legítima. Fué precisamente la guerra mundial lo que nos ha demostrado de cerca la naturaleza funesta de la lucha de exterminio. Los que la vivieron activamente o como simples espectadores, afectados directa o indirectamente por sus consecuencias, habrán sentido esta terrible amenaza que tiende hacia la desaparición total de la cultura. Sin embargo, los hay hombres que no solamente atribuyen a Nietzsche la paternidad de la Guerra Mundial, sino que lo invocan de nuevo para justificar sus aprestos bélicos y con estos, a la guerra en sí como necesidad de los individuos "fuertes".

Es sumamente importante que tengamos nosotros presente que para Nietzsche figura en primer término la lucha espiritual como verdadero principio creador. En este sentido, podemos citar infinidad de frases que pertenecen indistintamente a sus diversas etapas de evolución.

En su "Ecce homo", al referirse a sí mismo, nos dice:

"Pero una cosa distinta es la guerra. Mi manera de ser es guerrera. Atacar pertenece a mis instintos. Poder ser enemigo, exige como condición preliminar una

naturaleza fuerte; por lo pronto es una condición que está en toda naturaleza fuerte. Ella necesita resistencias y **busca,** por consiguiente, resistencia. El "pathos" agresivo pertenece tan necesariamente a la fuerza como el sentimiento de venganza y el resentimiento a la debilidad..."

Vemos aquí claramente que alude a la lucha espiritual. Esta lucha atraviesa todas sus fases y está en todas sus manifestaciones. Sus primeras víctimas son la filología y la organización educacional alemanas, le siguen los filisteos de la cultura. Strauss es solamente un pretexto. El ataque de Nietzsche tiene un significado más profundo que el de una polémica buscada, o que el deseo de combatir a un hombre. Su principio de lucha responde a planes más vastos, a principios más elevados y no retrocede ante la necesidad de destruir despiadadamente a los que fueron hasta poco tiempo antes sus ídolos.

Es precisamente en su "Ecce homo" que inicia de la siguiente manera el comentario de sus "Consideraciones Intempestivas":

"Las primeras cuatro "Consideraciones Intempestivas" son absolutamente bélicas, ellas demuestran que no he sido ningún "Juan el Soñador" y que me causa un placer desenvainar la espada—, quizás demuestren también que tengo una muñeca peligrosamente suelta..."

También en su "Voluntad de Dominio" trata este problema temperamental con alguna detención, en un aforismo que titula "Los bélicos y los pacíficos":

"¿Eres tú un hombre que tiene en sus adentros los instintos de un guerrero? En el caso de una afirmación quedaría aún una segunda pregunta: ¿Eres tú, por instinto, un guerrero de ataque o un guerrero defensivo? El resto de los hombres, todo lo que no es guerrero por instinto, quiere la paz, la armonía, quiere la "libertad", quiere "derechos iguales". Estos son solamente nombres y grados para la misma cosa. Al dirigirse a un lugar donde no se tiene la necesidad de defenderse, semejantes hombres estarían desconformes con ellos mismos cuando se vieran en la necesidad de hacer resistencia. Ellos quieren crear situaciones que carecen totalmente de guerras. En el peor de los casos quieren someterse, obedecer, subordinarse, lo cual consideran siempre mejor que hacer una guerra. Así lo aconseja el instinto de los cristianos, para citar un ejemplo. En los guerreros de nacimiento existe algo como armar el carácter, en la selección de las situaciones, en el perfeccionamiento de toda cualidad. El **arma** está mejor desarrollada en el primer tipo, la defensa en el segundo.

Los que carecen de armas, los que no tienen medios de defensa, de qué recursos y virtudes necesitarán para resistir, para vencerse a sí mismos".



Y en una de sus últimas cartas — dirigida desde Turín en mayo de 1888 a su hermana — habla nuevamente de su temperamento guerrero:

"...Pero yo anoto especialmente esto: no hago guerra cuando desdeño.

Aquí llego a mi ocupación actual, un pequeño trabajo que está tomando carácter de un panfleto sobre música y que está dirigido contra Wagner. También aquí hago guerra, y ciertamente, como se comprende, por sí solo, la guerra más apasionada..."

Todas estas manifestaciones — de las que no citamos más por temor de cansar al lector — tienen en el fondo la convicción de estar luchando por la mejora cultural de la humanidad y el presentimiento, por cierto modo, de la llegada de una nueva época, superior a la actual, que introducirá "el heroísmo en el conocimiento y que hará guerras por las ideas y las consecuencias de las mismas", según nos dice Nietzsche (1).

---

(1) Véase, por ejemplo, el principio, y luego todo el capítulo del "Zaratustra", titulado "De la guerra y de los soldados": "No queremos que nuestros mejores enemigos sean indul-

gentes con nosotros y tampoco lo queremos de aquellos a quienes amamos de verdad. ¡Dejadme, pues, deciros la verdad!

¡Mis hermanos en la guerra! Os amo sinceramente, soy y he sido igual que vosotros. Y soy también vuestro mejor enemigo. Dejadme, pues, deciros la verdad..."

"...¡Debéis buscaros vuestro enemigo, debéis llevar vuestra guerra por vuestras ideas! ¡Y cuando sucumba vuestro pensamiento, por encima de esto la lealtad anunciará su triunfo!

¡Vosotros debéis amar la paz como medio para nuevas guerras! Y amar más la paz corta que la paz prolongada.

¡No os aconsejo el trabajo sino la lucha! No os aconsejo la paz sino la victoria. ¡Que vuestro trabajo sea lucha y vuestra paz una victoria!

Solamente se puede estar en silencio y quieto cuando se tiene flecha y arco. De otra manera se es indiscreto y se riñe. ¡Que vuestra paz sea una victoria!

¿Vosotros decís que es la causa buena la que santifica hasta la guerra? Yo os digo: es la buena guerra la que santifica a cualquier causa.

La guerra y el valor hicieron más cosas grandes que el amor al prójimo. No fué vuestra compasión, sino vuestro valor el que salvó hasta ahora a los accidentados..."

## IX

Así habló ante el perro de fuego. Entonces me interrumpió gruñendo y me preguntó: "¿Iglesia? ¿Qué es eso?"

"La iglesia", le respondí, "es una especie de Estado, y por cierto, es la más falsa. Pero calla, perro hipócrita, tu lo sabes mejor que nadie.

"El Estado es como tú, perro hipócrita; al igual que tú prefiere hablar con humo y ruido, haciendo creer, como tú, que habla desde el vientre de las cosas.

"Porque el Estado quiere ser el animal más importante sobre la tierra y todo el mundo se lo cree."

*Así habló Zaratustra.*

Sin embargo, nosotros no podemos negar que algunas de sus manifestaciones que enaltecen las ventajas de la guerra, principalmente las de su primera fase, deben ser interpretadas al pie de la letra. Nietzsche vió también en la lucha de los pueblos la tensión de todas las fuerzas. Tampoco es posible negar que evaluó de una manera positiva el aumento de la energía vital por la lucha. Pero la admiración que siente por la guerra es limitada, porque los resultados buenos deben enfrentarse a los perjuicios cuantiosos e irreparables. Así, para citar un

ejemplo, recomienda Nietzsche la guerra a los pueblos que pierden su energía y que viven cada vez más miserablemente—, siempre que ellos quieran seguir viviendo, a todo trance. Sin embargo, califica este remedio de "cura brutal":

"A los pueblos que se vuelven débiles y miserables podría ser recomendada la guerra como medio de curación, siempre que ellos quieran seguir viviendo absolutamente, porque para la tuberculosis de los pueblos existe también una cura brutal. Pero el "querer vivir eternamente" y "no poder morir" ya es en sí un signo de ancianidad de los sentimientos. Cuanto más plena y activamente se viva, más pronto se está dispuesto a dar la vida por un único sentimiento bueno. Un pueblo que vive y siente así no tiene necesidad de guerras".

Otras manifestaciones que confirman que Nietzsche aprobaba la necesidad de la guerra, por lo menos parcialmente, las encontramos al correr de nuestra exposición, es decir, en los innumerables aforismos citados. Para los que leen con la necesaria objetividad las palabras de Nietzsche, comprenderán que en la mayoría de los casos habla su principio del heroísmo, del superhombre, que asoma por doquier en sus primeros trabajos y que se levanta imperiosamente en el "Zaratustra", pleno de desprecio hacia la democracia y la decadencia de los valores. Es así que muchos buscan comprobar que Nietzsche no se refirió tan acentuadamente a la lucha espiritual, citando sus manifestaciones ditirámbicas sobre la "magnífica bestia rubia que va rondando, ávida por la presa y la victoria", su frase del "candor de la conciencia del animal carnívoro" o aquella en que magnifica, al parecer, a la crueldad:

"¿Oh, hermanos míos, soy cruel? ¡Pero yo digo: lo que cae, todavía debe empujarse! Todo lo de hoy que cae, caduca: ¡quién lo sostendría! ¡Pero yo, todavía lo voy a empujar!

¿Conocéis vosotros la voluptuosidad que hace rodar las piedras a los abismos escarpados? ¡Estos hombres de hoy, miradlos como ruedan a mi abismo!

¡Soy un preludio a mejores jugadores, hermanos míos! ¡Un ejemplo! ¡Seguid mi ejemplo!

Y al que no enseñáis a volar, enseñadle a caer más pronto".



Resulta, en realidad, incomprensible cómo se interpretan tantas veces equívocamente manifestaciones como estas. Solamente así comprendemos que despiertan en personas que no se molestan por penetrar más hondamente las ideas de Nietzsche, una protesta cerrada por semejante pensador **inmoral.** Sin embargo, justamente su "Zaratustra", la obra más leída y menos comprendida, exige el conocimiento profundo de los resortes de su pensamiento. La doctrina de Nietzsche significa una reacción contra la moral de la piedad que consideraba como un síntoma de vida decadente, atribuyendo principalmente al cristianismo el haberla llevado al poder. En cambio, consideraba como síntoma de una vida ascendente a los instintos crueles, el contraste extremo de las manifestaciones piadosas. Desde el punto de vista de la moral de los Señores, la crueldad viene a ser, en el fondo, la falta de consideración del individuo superior por la masa. Esta constituye, por cierto, la esencia de la concepción aristocrática de la cultura en Nietzsche, pero sería erróneo sostener que Nietzsche haya querido magnificar a la crueldad en sí.

Sería conveniente, para aclarar mejor este aspecto, citar algunas opiniones. Una de ellas, — a la que debemos prestar una atención especial, es la de Peter Gast, en su introducción a "Así habló Zaratustra":

"La advertencia de Nietzsche por la piedad se refiere naturalmente sólo a sus semejantes, a los mismos a quienes se dirige la doctrina de Zaratustra y cuyas extraordinarias fuerzas deben mantenerse unidas y en máxima tensión para evitar su dispersión innecesaria. En los grandes hombres sería la compasión — el per-

derse en otros — con tanta lógica un vicio como lo sería en los hombres pequeños una virtud. El hombre grande y consciente de sí mismo es más necesario a la humanidad que el pequeño que se lamenta de los demás. De él salen miles de corrientes de una vida espiritual; su alma en arrebato embelesa toda una época; alrededor de él crecerán a su vez cosas grandes y hasta los débiles, los sombríos, los eternamente fracasados se levantarán al verlo y sus corazones sanarán. "Nada crece tan alegre en la tierra como una voluntad grande y fuerte: esta es su planta más hermosa. Todo un paisaje se reconforta ante este árbol".

Para los que no pueden explicarse estas cosas, y para los que son incapaces de recibir impresión alguna de la dulzura y grandeza de Zaratustra, encontrándose por tanto en constante peligro de profanar a Nietzsche (una de las más elevadas apariciones de la humanidad), atribuyéndole su propia vulgaridad, hemos de decir aún lo siguiente: justamente el hombre de gran cultura, el hombre-Zaratustra, es el más accesible a la piedad, pero él no puede ceder ante ella, debe renunciarla. Tiene la misión más difícil entre los hombres, no puede hacer lo que hacen millones de otros: regalarse, disiparse, dejarse desviar de su meta. Le sería seductor y además muy fácil huir de la misión que sólo él puede cumplir; pero resistir, ser fiel a ella, vivir en la concentración más enorme y llevar su obra a buen fin, exige el más riguroso dominio de sí mismo. El genio se distingue de la masa porque aplica a sí mismo reglas más severas que aquellas según las cuales se trata la masa, a sí misma como a los otros. Su fuerza beneficia a la humanidad en otros caminos y por fines más elevados que la de los hombres inferiores. Para los que desean escucharlo, se podría llamar el resorte de sus actuaciones también "piedad", con la diferencia que esta proviene de una fuente más honda que la piedad insignificante que actúa en todas las circunstancias. El genio trabaja



en el saneamiento y en el enriquecimiento de la humanidad entera. No se sacrifica por el individuo, por el "prójimo", sino por la totalidad y su futuro desarrollo. "¡Todos vosotros no habéis sufrido de lo que he sufrido yo!", dice Zaratustra; "¡vosotros habéis sufrido de vosotros mismos. Aun no habéis sufrido en el hombre!" ¡El genio, el hombre-Zaratustra, trabaja en la constante elevación de la disciplina de la humanidad y por esto mismo trabaja simultáneamente en la destrucción de todo lo enfermizo, degenerado y parásito hasta que sea nuevamente posible en el mundo aquella vida desbordante de la que nace el estado helénico, el más divino: el dionisíaco!

Dentro de un tiempo, mientras siga el mundo en su actual indiferencia (llamada liberalismo, en realidad "tiranía de la falta de metas, disciplina e ideas"), también los gobiernos más condescendientes, siempre que ellos no se hundan en la disolución y anarquía generales, tendrán que llegar a un examen parecido al que señala Nietzsche, aunque sea solamente en relación con el simple orden exterior de la humanidad. "¡Vosotros deberéis estar cada vez peor y sufrir más rigores! ¡Solamente así crece el hombre hacia las alturas!"

Gast sigue ahora del siguiente modo:

"La organización más maravillosa, más rígida y masculina en nuestra época plebeya, mercantilista y afeminada es el ejército. Allí, el hombre vale ante todo por sus condiciones biológicas. Fuerte, valiente, dispuesto, equivale a bueno; débil, cobarde, perezoso, equivale a malo. Esta forma de valorización militar, caballeresca y aristocrática es también la de Nietzsche. Pero llegará el tiempo en que el hombre descenderá cada vez más en lo físico (y por esto también en sus virtudes); esto se debe principalmente a nuestro concepto indolente de la vida que todo corrompe, y a la industria que se desenvuelve, en verdad, hacia lo estúpido y superfluo. Entonces se querrá eliminar por lo me-

nos las más visibles causas de este retroceso. Ante todo no se reconocerá ya el derecho al matrimonio a cualquier tuberculoso u otro enfermo. . ."

Hemos citado esta parte de la introducción de Peter Gast al "Zaratustra", porque merece ser leída con la mayor atención. Resulta penoso sentir una interpretación tan mediocre de labios del único hombre en quien depositó Nietzsche, en sus últimos años, una gran confianza, de un hombre, que por ser artista, estaba vinculado a Nietzsche por sentimientos más concordantes que los que encontramos en los casos de Zelter, Eckermann y Schindler, los dos primeros en sus relaciones con Goethe y el último, en su calidad de **famulus** de Beethoven. La interpretación de la piedad, en la forma como la concibe Gast en Nietzsche, es virtualmente idéntica a toda individualidad fuerte que considera su labor como un apostolado, porque no importa, en este caso, que la actividad se desarrolle en torno de problemas personales que recién podrán beneficiar a la humanidad con la muerte de su creador o que éste realice su obra en contacto permanente con el mundo circundante y para beneficio inmediato del mismo. La situación especialísima de Nietzsche no puede compararse con la de otros genios, generalizarla significaría no comprenderla o explicarla deficientemente.

Nietzsche fué un predicador en toda su vida, una especie de sacerdote que castigá sin lástima y con una valentía extraordinaria, desde su elevado púlpito, el malestar de la época. Al través de sus palabras habla siempre el educador, que nunca perdió el contacto con las distintas capas sociales e intelectuales que componen la masa. Porque la prédica de Nietzsche es a la vez la búsqueda de aliados, de amigos, de compañeros para la lucha; es una espera por el eco, el despertar y la comprensión de sus ideas. El genio de Nietzsche fué arrastrado irresistiblemente hacia la soledad, pero es preciso decir que él no la buscó conscientemente; en esa ascen-



sión casi vertical de su espíritu encontramos constantemente intentos de arrastrar en su violenta marcha, a los que cree dignos de su palabra. Nietzsche no buscó su aislamiento, y el desprecio que siente por la humanidad de su tiempo lo hubiera expresado de idéntico modo si hubiera poseído un círculo de amigos. Lo verdaderamente trágico en él está en que no halló al hombre que alcanzara las alturas de su genio. Los pocos seres que atrajo por momentos el poderoso imán de su cerebro, son personalidades de mediana capacidad. Del mismo Rohde le separó un abismo y en menor escala aun debe decirse esto de Overbeck y Burckhardt. Wagner fué la única excepción. Es necesario señalar siempre de nuevo el dualismo que encontramos en Nietzsche y que tiende, por un lado, hacia el aislamiento y por otro, a la búsqueda de un núcleo de seres que compartan su dura lid contra lo desconocido y contra lo demasiado conocido. Solamente así nos explicamos que su aversión hacia la moral de la piedad tenga distintas características que en otros pensadores. A pesar del rasgo aristocrático de su filosofía mantiene y necesita él, como individualidad aislada, el contacto permanente con la masa, prueba de ello es su deliberación constante con la misma. La posición individualista de Nietzsche, en lugar de ser egoísta, es personalista y nunca se acentúa lo suficientemente esta gran diferencia. Podríamos formular una explicación de este contraste, diciendo que el egoísta quiere **poseer** algo y el personalista **ser** algo.

Este personalismo encierra necesariamente aquellas cualidades de renunciación, hijos de una conducta somera y ejemplar, de una moral propia, a la que está sujeta una labor altruísta, o, si lo queremos definir con más claridad, a un personalismo altruísta. Y en esta extraordinaria voluntad de lucha, desplegada en pos de contacto y simultáneamente, de aislamiento, está la zozobra permanente del único hombre genio que alcanzó

a estar cerca y hasta llegó a confundirse con la imagen por él creada.

En definitiva, Zaratustra es una creación demasiado complicada para poder ser analizado como si se tratara de un tipo de hombre excepcional, simplemente, y menos para que un comentarista arribe a la conclusión de que Nietzsche vió el ideal de su doctrina en el ejército, donde vale el hombre por sus condiciones biológicas, en esos peligrosos tentáculos que pertenecen al cuerpo informe y sanguíneo de una potencia de expansión. No faltan por cierto frases del propio Nietzsche, citadas por nosotros al correr de este trabajo, que dejan a descubierto la mediocre interpretación de Gast. El lector ya está lo suficientemente familiarizado con ellas y podemos evitar de insertarlas de nuevo. La educación física, de nuestros tiempos, ha demostrado que puede suplantar y aun superar las ventajas que parecía encerrar el servicio militar obligatorio para el desarrollo físico de las generaciones. Su ventaja está en que incita a la lucha de un modo parecido como lo exige Nietzsche, cuando recuerda el **Wettkampf** en los griegos. Tampoco puede decirse que la industria, que se desarrolla en gran parte basada en la ciencia y la técnica, descienda cada vez más a lo "superfluo y estúpido". Es justamente en el terreno de la química medicinal, que a su vez forma hoy parte en la organización profiláctica de los pueblos, que ha avanzado el criterio que exige Gast, o sea, la procreación por seres de condiciones físicas inobjetables. En un ejército, estas mismas exigencias tienen como única finalidad la de disponer de elementos resistentes para un caso de guerra. Deberíamos decir que se prepara conscientemente, por lo menos en Europa, un conjunto de seres destinados al sacrificio, mientras que la medicina contemporánea cuyos adelantos se deben en gran parte a la industria, no busca sino la felicidad de los hombres al exigir la mejora de las condiciones físicas e higiénicas de una población. El certificado de salud



pre-nupcial, instituído en el Uruguay y medidas más severas aun, no buscan sino ese único fin del bienestar de la sociedad, ventaja esta que reconocería el mismo Nietzsche, en comparación con las deficiencias higiénicas de una población como Atenas.

Vemos, de un modo bien claro, cómo ha sido desvirtuado Nietzsche hasta por sus más allegados, porque no es concebible que se exija, para fundamentar la doctrina del superhombre de Nietzsche, como una condición preliminar, una mejora de las condiciones biológicas de la humanidad para reconstituir así las condiciones espirituales, y que se recomiende, para un procedimiento que podría obtenerse también por vías más adecuadas, y ante todo más humanas, un ejército, una organización en la que desaparece el individuo y marchan al sacrificio muchos hombres, cuya energía y saber podrían ser empleados en obras más permanentes.

Pasemos de las conclusiones espartanas de Gast a un autor de gran envergadura que vió a Nietzsche con mucha más penetración. Nos referimos a Ziegler, cuyas "Glosas del Zaratustra" fueron parcialmente reproducidas por Bubnoff, en el trabajo que ya mencionamos.

Ziegler no se explica el motivo de la apasionada lucha de Nietzsche contra la moral de la piedad y el cristianismo, como si estos fuesén los principios verdaderamente disolventes del presente. Según Ziegler no es posible afirmar que el pensamiento que se manifiesta en los evangelios se haya vuelto propiedad general de la humanidad europea. Al estado de cosas reinante se puede atribuir cualquier causa, pero resultaría un débil argumento querer sostener que la moral cristiana ha llegado a ser positivamente la que domina en Europa y que los instintos caninos del pasado hayan sido abandonados seriamente por la generalidad de los hombres de hoy.

Sin duda, Ziegler tiene mucha razón. Nietzsche vió

a la humanidad de nuestros días en una extraña contorsión, cuando le pareció débil, cansada, compasiva, carente de espíritu de combate, de empresa, y transformada, en cambio, en cristiana por excelencia. Nos resulta, en cierto modo, incomprensible que haya pasado por alto un estado de cosas muy distinto, porque el presente, esto es, la época en que vivió Nietzsche, en el fondo es más bien opuesta al cuadro que creyó contemplar. Como dice acertadamente Ziegler, se lucha también ahora inexorablemente y con una crueldad que verían con envidia los animales salvajes. Semejantes manifestaciones las encontramos en la figura del empresario dirigente, en el llamado "condottiere" capitalista poseído de un irresistible afán de conquista, de especulación, temible, completamente irreflexivo. Esta figura del empresario está a la vez en la política, en la organización militar, en todos aquellos sectores del engranaje de un Estado moderno donde la ambición humana busca imponerse recurriendo a todos los medios a su alcance. También encontramos ya en tiempos de Nietzsche los grandes esfuerzos de expansión, incontenibles, del imperialismo británico y de la Alemania unida por Bismarck y educada por él para ocupar rápidamente el puesto de gran potencia. Los tiempos corrieron con fantástica velocidad y el choque sangriento del año 1914, no bastó para que no siguiera creciendo con nuevo ímpetu el expansionismo material de las viejas potencias resurgidas y de las nuevas que nacieron en circunstancias bien diversas. Ziegler pregunta lo siguiente: ¿Comparado con tan amplias manifestaciones de la potencialidad de un Estado, qué valor pueden tener los pequeños conspiradores, capitanes de bandas y políticos clandestinos del renacimiento italiano que Nietzsche elogiaba tan voluntariosamente? ¿Qué significa hasta la fabulosa ferocidad de los Oddi, Baglioni, Sforza, Borgia, Pazzi y Orsini frente a la crueldad organizada y mecánica de una transacción guerrera y económica de hoy?" Basándose



en estas reflexiones, Ziegler llega a las siguientes conclusiones: "Si se quiere alegrar uno de la perversidad y malicia descubiertas y regocijarse de los delirios de la más subida fiebre del poder, entonces se recibirán mayores satisfacciones en el presente, porque hoy día todos los efectos, frente a los del pasado, crecieron mil veces".

Siguiendo el razonamiento de Ziegler nos tendríamos que preguntar ahora si Nietzsche no hubiera tenido que evaluar de un modo distinto el presente si lo hubiera visto en su verdadera luz, es decir, si hubiera podido experimentar personalmente sus ventajas y sus defectos. Según el criterio de Ziegler, Nietzsche constataría sin duda adelantos en comparación con su época. Sin embargo, semejante apreciación sería errónea. No olvidemos jamás que Nietzsche nunca alabó a la crueldad en sí; tampoco quiso saber del predominio de los impulsos crueles. Su meta única era el hombre superior.

Sabemos que la lucha por la existencia se desarrolla muchas veces en la forma más cruel. Y sin embargo, Nietzsche nunca sintió admiración por esta clase de lucha que se realiza — de esto está convencido y enfrenta su punto de vista a la teoría de Darwin —en perjuicio de los fuertes, de las excepciones felices, de los que tienen derecho verdadero a algo superior. En esta lucha no puede realizarse ninguna selección que favorezca al tipo superior de hombre, porque "los más fuertes y más felices son débiles cuando tienen que enfrentarse a los instintos organizados de los rebaños". Es por este motivo que la lucha por la existencia nos ofrece un cuadro que no desearíamos ver: el predominio de tipos decadentes. Esto se experimenta exactamente en la América Latina. No es este el lugar para dilucidar sobre un fenómeno de esta naturaleza, porque habría que saber si en nuestro suelo se ha heredado por completo la estructura espiritual y económica de las grandes potencias europeas y de Estados Unidos de Norte América o si los

cuatro siglos recorridos no pudieron producir aún un núcleo de hombres superiores que se identifiquen con los principios nietzscheanos de la cultura superior.

De todos modos sabrán por experiencia muchos lectores de este trabajo que, lejos de ser fomentada en nuestras regiones la cultura legítima, aquella que huye del ruido, que necesita del silencio y que madura lentamente, nunca ha sido tenida en cuenta. También sabrán que está lejos el día en que se resuelva "mantener" íntegramente a los pocos hombres grandes, librándolos por completo de las preocupaciones del vivir diario, de las obligaciones materiales.

Podríamos señalar muchos casos del pasado y aún más del presente para demostrar cómo disminuye y hasta elimina el "deber" diario, el apresurado cumplimiento de las obligaciones, todo espíritu de creación legítima, todo esfuerzo permanente de estudio e investigación. La lucha por la existencia, despiadada o simplemente ruda, pero de todos modos agotadora, debilita a los espíritus superiores en tal grado que permite el triunfo de la mediocridad, de los "tipos decadentes".

Ziegler tiene que reconocer que el dirigente en la vida política y económica de una nación no es un tipo superior, porque le falta — aquí invocamos a Nietzsche — "la virtud principal del hombre superior, la distinción". Nosotros agregamos: si hubiesen sido hombres de distinción, hombres de verdadera cultura, hubieran fomentado las artes y el pensamiento, ya que hubo en nuestras naciones, a pesar de las convulsiones políticas, una era de prosperidad y de grandes recursos económicos. También sería necesario decir de nuevo que Nietzsche no se entusiasmó jamás por el imperialismo del Estado, por grande que sea su potencialización de la crueldad. Y si la crueldad de las realizaciones económicas y guerreras de hoy sobrepasa en fiereza a los capitanes de banda de la época del Renacimiento italiano, tan elogiados por Nietzsche, entonces debemos unirnos a la réplica que



formula Bubnoff frente a las apreciaciones de Ziegler: Nietzsche los admiró al igual que a un Napoleón, César o Federico el Hohenstaufen, por haber sido personalidades completas. No le interesaron sus realizaciones, sus hazañas. El haberse multiplicado infinitamente los efectos en la actualidad, tampoco es un motivo para decir que Nietzsche hubiera podido entusiasmarse por nuestra época. Todos los efectos y fenómenos externos dejaron a Nietzsche indiferente. Nunca midió el valor de una personalidad importante por sus realizaciones, como ya dijimos, ni valorizó jamás al hombre superior según los efectos casuales que dependen de hechos exteriores. "La naturaleza superior del gran hombre está en ser distinto, está en lo inmediato, en la clasificación por rango, pero no en cualquier efecto, aunque conmoviera al mundo". En otra ocasión dijo Nietzsche lo siguiente: "Se comprende mal a los grandes hombres, cuando se les contempla desde la perspectiva miserable de un beneficio público. El no saber sacar provecho alguno de ellos, pertenece quizás a la grandeza".

Para los lectores que no han perdido, en medio de las complicaciones del vivir diario, de los acontecimientos políticos y sociales de los últimos tiempos, el sentimiento por lo esencial de la vida, encontrarán en un Nietzsche conquistado, que se les ha vuelto una figura íntima y comprendida, muchas sentencias que confirman nuestras aseveraciones. Así sabrán que Nietzsche sentía aversión por los acontecimientos exteriores acompañados por el ruido y los comentarios. Su Zaratustra habla por él sobre los "grandes acontecimientos", cuando se refiere a su conversación con el perro de fuego:

"...pero yo perdí la fe en los "grandes acontecimientos" en cuanto noto en torno de ellos mucho ruido y mucho humo.

¡Créeme, amigo de los ruidos infernales! Los más grandes acontecimientos no son nuestras horas más ruidosas, sino las de más silencio.

El mundo no gira alrededor de inventores de nuevos ruidos, sino de nuevos valores. Y el mundo gira en silencio.

¡Y confiésalo! ¡Cuando cesó el ruido y se esfumó el humo, cuán poco había acontecido! ¡Qué importa que una ciudad se convierta en momia y que se encuentre tumbada en el fango una estatua!"

Este fragmento señala suficientemente la orientación de las ideas de Nietzsche: estas se concentraron siempre en el mundo interior. Ewald dijo en su libro sobre Nietzsche, con gran acierto, que éste sentía aún más ansias de escudriñar las profundidades del propio yo, en constante renovación de arremetidas, que al superhombre por él creado.

Aquí damos término a nuestro estudio sobre la posición de Nietzsche frente a la guerra y el Estado. Quizás hayamos podido exponer ante el lector lo fundamental de esta cuestión: mientras comprendamos bajo el concepto **guerra** a la lucha, en un sentido absolutamente general, mientras tengamos en cuenta que Nietzsche fué luchador por naturaleza, más; un agresivo y un eterno combatiente, debemos decir que justificó la "guerra" como un principio que fomenta toda cultura legítima. Pero en cambio, no podemos compartir en ningún momento la teoría del entusiasmo bélico de Nietzsche, de su inclinación por la guerra real, esto es, la lucha armada, de exterminio, entre los pueblos o entre determinados grupos sociales. Y esta posibilidad de torcer la verdadera posición de Nietzsche frente al fenómeno de la guerra, disminuye cada vez más debido al aspecto que toma la guerra moderna y su relación inseparable de las funciones del Estado. Pero debemos hacer resaltar que significa el colmo de la incomprensión querer confundir las ideas de Nietzsche con las pretensiones de un grupo político que carece de "distinción", de la virtud fundamental e indispensable del hombre superior, y que ha



impuesto silencio, por la fuerza bruta, a todo pensamiento que tienda a escalar **libremente** las alturas que conducen a la esfera de una cultura superior soñada por Nietzsche.

# LA POSICION DE NIETZSCHE FRENTE A LA RAZA

Tampoco los quiero a ellos, a esos más recientes especuladores en idealismo, a esos antisemitas que hoy retuercen sus ojos como cristianos, arios y burgueses y que buscan incitar a todos los elementos vacunos del pueblo con el abuso agotador del más vulgar medio de agitación, la actitud moral.

*Genealogía de la moral.*

Llegamos al capítulo de la raza, otro de los problemas agudos de la hora, que Nietzsche vió con visión muy clara. Estamos seguros de que hubiera criticado acerbamente a los teóricos raciales por el estilo de Chamberlain y rechazado de plano la literatura barata que esparció Streicher y sus secuaces. Sabemos que reconoció la importancia de la raza para el desarrollo cultural y que leyó con gran interés el ensayo de Gobineau sobre la "Desigualdad de las razas humanas". También estableció en ciertas ocasiones hipótesis sobre el valor de mezclas de razas. Pero le pareció el colmo de lo absurdo buscar en la mezcla actual de los pueblos europeos razas puras. Toda doctrina basada en tales afirmaciones era para él insostenible. Podemos asegurar que los acontecimientos en Alemania hubiesen producido en Nietzsche la más enérgica protesta y además, una profunda repulsión por los procedimientos empleados que pasan el lí-

mite de lo soportable. El simple hecho de quemar públicamente, ante la plebe ignorante y previamente incitada, los exponentes de decenas de años de labor cultural no hubiera sido para él solamente un síntoma claro, sino la confirmación de su tesis del embrutecimiento alemán. Precisamente, por haber enfocado siempre, como hemos visto al correr de este trabajo, todo problema desde el punto de vista de la cultura legítima, jamás hubiera aceptado semejante auto de fe que hubiese calificado con toda seguridad de acto de barbarie. Aunque su oposición al romanticismo volvióse cada vez más enérgica, no dejó de reconocer jamás a elementos como Heine y Mendelssohn, y en mayor grado aun a Lessing y Spinoza, — hoy día eliminados de la literatura alemana — como legítimos representantes y destacados contribuyentes a la cultura de su país.

Nietzsche se preocupó recién desde su "Humano, demasiado humano", de problemas tan "actuales" como la raza. Pero queda fuera de duda de que ya antes debe haber conversado sobre este punto, máxime, porque nos dice en "Más allá del Bien y del Mal" que no encontró un solo alemán que hubiera tenido simpatía por los judíos (capítulo 251), con lo cual no hace sino confirmar el odio racial que desde muchos siglos ha sido transmitido de padres a hijos. Sus relaciones con Wagner, el gran antisemita del siglo, nos autorizan para suponer que haya tratado con éste en más de una oportunidad el asunto, aunque sabemos que Nietzsche no se entusiasmó por todas las ideas de Wagner, como tampoco se interesó por toda su labor artística.

Wagner se hizo antisemita por razones especiales que debemos buscar exclusivamente en su voluntad y perseverancia para imponer sus ideas. En esta lucha tremenda, que se caracteriza ante todo por su carencia total de tacto, tuvo que enfrentarse a la organización teatral y la prensa de aquel entonces, organismos ambos que no solamente hacían concesiones al gusto del públi-



co, sino que efectivamente se encontraban parcialmente en manos de judíos. El desprecio por el judío, en Wagner, no es por tanto, una visión objetiva de la situación artística y menos de la sociológica de aquel entonces, sino una autodefensa de los nuevos principios que buscaba imponer. Pero resulta curioso constatar que Wagner no era, quizás, el más autorizado para discutir públicamente problemas raciales, porque su ascendencia da lugar para creer que haya tenido sangre judía en sus venas y que su reacción haya respondido al extraño fenómeno que se observa frecuentemente entre individuos que son frutos de una mezcla de sangre y que se dirigen muchas veces inconscientemente contra esa raza de la que llevan elementos en su propio cuerpo. La traición de mestizos (judíos y arios), y en nuestra América (indios-blancos o negros-blancos) es muy común.

Gundolf ha dicho claramente: "El destino de Ricardo Wagner está dominado por el principio de la ilegitimidad y del dualismo. Nacido en el matrimonio pero fruto del adulterio, enemigo de los judíos pero quizás él mismo de sangre judía..." Nosotros agregaríamos: ilegítimamente unido a Minna Planer (en Magdeburgo) y luego a Cosima Liszt, no retrocede a su vez ante el adulterio y el engaño más atroz perpetrado en Hans von Bülow, su más fiel amigo e intérprete de sus obras (1).

En la mitad del siglo XIX predominaba efectivamente, en la música, la influencia de lo judaico. Los aficionados vivían embelesados por la música de Mendelssohn y Meyerbeer. Hanslick, el famoso crítico vienés,

(1) Wagner dió a entender a Nietzsche su verdadero origen, señalando a Geyer como su verdadero padre. Recordemos su preocupación por el escudo, en la correspondencia con Nietzsche con motivo de la impresión de su autobiografía. Véase páginas 30 y 31 de la obra de Elisabeth Forster-Nietzsche, "Wagner und Nietzsche zur Zeit ihrer Freundschaft". Nietzsche alude, además, abiertamente a este caso, en la nota del primer apéndice de su "Caso Wagner".

utiliza en su "Teoría de lo bello clásico" la figura de Mendelssohn para combatir a Wagner. Meyerbeer en el género de la ópera grande y frívola, Mendelssohn en la música instrumental, fueron dos figuras descollantes que obstaculizaban la ascensión de Wagner. Fué así que apareció, a modo de preámbulo a su obra fundamental, "Opera y drama", el "Judaísmo en la música" (1). En ambas obras saldó cuentas con Meyerbeer, su antiguo protector transformado en rival. Aunque tuviera sobradas razones para atacarlo (como ya dijimos era para Wagner una necesidad interior), llevó sus acusaciones a terreno personal. Así el procedimiento se transformó en un acto de bajeza y carecía además de razonamiento y de diplomacia. Todavía en Dresden le había prometido a Meyerbeer "balbucear aún en el infierno sus gracias y nada más que sus gracias", pero éste guardó también en este caso su hombría de bien, aunque hubiera podido desvirtuar las acusaciones de Wagner con la publicación de sus innumerables y humillantes cartas en las que le había pedido ayuda financiera y exteriorizado ruidosamente su admiración. Con todo, la obra produjo el consiguiente revuelo y la prensa reaccionó violentamente, combatiendo a Wagner en forma encarnizada.

Deseo hacer aquí una exposición, aunque breve, de los puntos de vista de Wagner, porque su amistad con Nietzsche fué de una importancia trascendental para este último. No olvidemos tampoco que Nietzsche y Wagner, las dos grandes figuras del siglo XIX, llevaron en sí el anhelo hacia un alemán superior, hacia una gran nación, pero sin atribuir a este deseo un sentido "nacionalista". En ambos, la herencia de una religión nórdica obscura y la civilización decadente de la Europa moderna tuvieron que llevar esta tensión trágica hasta lo imposible. Ambos

(1) Neue Zeitschrift für Musik", agosto de 1850, y en impresión separada.



odiaron el siglo en que vivían, y su combate era la expresión más sincera de su voluntad de renovación. Pero la figura de Wagner perdió su pureza porque no solamente aceptó muchos defectos de un siglo que odiaba, sino que llegó a claudicar abiertamente ante el mismo. La figura de Nietzsche, en cambio, representa el extremo opuesto, significa el individuo que luchó con una consecuencia inalterable hasta el fin, y por este motivo expresa, en una pureza sublime, la soledad más impresionante.

Dijimos que Wagner había caído en el antisemitismo por razones absolutamente personales: su arte. Todo individuo que no lo acompañaba incondicionalmente en su lucha era considerado un enemigo. Con este criterio debemos leer también su estudio sobre el judaísmo en la música. Nos dice, entre otras cosas, que el judío carece de un idioma propio y que no tiene capacidad de crear en un idioma extraño. Se limita a la repetición o reproducción y crea artificialmente. Como es dueño de grandes fortunas, se apropia de todo, incluso de la cultura y del arte. La música es lo más fácil que puede aprenderse, porque la posibilidad de hablar en música sin decir nada positivo, no ofrece obstáculo por la perfección que lleva en sí el lenguaje musical. Considera que el judío puede crear solamente algo positivo empleando elementos de su propia raza, pero como en su situación actual no encuentra el "Qué" sino solamente el "Cómo", se encuentra con un medio de expresión que le resulta extraño. Como en su idioma, mezcla de muchas lenguas, así confunde también en la música todos los estilos y todas las formas. Mendelssohn pretendió llevar al máximo interés y brillo un contenido confuso y sin valor, y como culminación del músico judío, revela toda su profunda tragedia. Meyerbeer, en cambio, demuestra sus condiciones de buen negociante que había encontrado, como meta suprema de su vida, el arte de satisfacer el aburrimiento de las gentes. Heine era para Wagner la conciencia

del judaísmo, del mismo modo como el judaísmo representa la mala conciencia de nuestra civilización. Existe una sola salvación para esta raza: el exterminio, la conclusión, el deseo de no ser más judío, tal como lo cumplió Börne (1).

En 1869 aparece este trabajo en una reedición, bajo el título "Aufklärungen über das Judentum inder Musik". Después de veinte años encuentra Wagner que la potencia del judaísmo ha aumentado de tal manera que ya no le es posible al espíritu alemán rechazarlo. Tiene la débil esperanza de que los alemanes puedan educar a los judíos para la colaboración en su propia obra. En este trabajo, Wagner se vuelve más agresivo aun y en su personalismo señala a todo enemigo suyo y de su obra de "judío".

Esta segunda edición de su estudio se produce justamente en la época en que se encuentran en su apogeo las relaciones con Nietzsche. Más tarde, volvió nuevamente al tema, en un artículo que llevaba el título "Modern", y que apareció en 1878, en los "Bayreuther Blätter", en una época en que Nietzsche ya estaba lejos de su ideal. "Humano, demasiado humano" lo separaba. Wagner siguió con su antisemitismo hasta sus últimos años. A los pocos meses de "Modern", publicó un nuevo ataque en el órgano oficial de sus ideas y de su teatro, titulándolo "Publikum y Popularität", y en 1880, finalmente, presenta en esas mismas hojas un trabajo del Conde de Gobineau, "Ein Urteil über die jetzige Weltlage", saludando en un prólogo al nuevo colaborador, confesando que le debe **valiosas incitaciones.**

Explicada cronológicamente la actividad antisemita de Wagner con la cual no estaba confundido Nietzsche, pero que debía conocer muy de cerca, callando posible-

(1) Nosotros agregariamos a esta síntesis: tal como lo cumplió más tarde Levi, una confirmación viva de la especulación teórica de Wagner.



mente, por delicadeza, sus propios puntos de vista (Nietzsche calló muchos excesos de Wagner), dediquémonos ahora al comentario de sus puntos de vista, tal como los encontramos en sus obras. Pero recordemos antes, a modo de introducción, lo que manifestó en cierta oportunidad, porque de este modo nos guía un motivo, una idea, una convicción fundamental a través de diversas manifestaciones que podrían aparecer adversos y contradictorios para los que no conocen a fondo sus obras:

"...¡Cuánta mentira e inmundicia se necesitan para suscitar en la mezcolanza de la Europa actual problemas raciales...!" Después establece una máxima: "¡No tratar con ningún hombre que participe de ese mentiroso engaño racial!" Tenemos, entre otras pruebas una que nos hace suponer que hubiera rechazado de plano la teoría de Chamberlain. En una manifestación ocasional nos dice: "Entre los viejos germanos y nosotros, los alemanes, apenas existe un parentesco de concepto y menos aun de razas". Quizás facilitan estas citas, de entrada, la comprensión justa de la posición de Nietzsche.

Los que buscan intencionalmente unos pocos párrafos que se prestan para tergiversar conceptos fundamentales, encontrarán, sin duda, también en Nietzsche algunas frases para justificar su conducta al pretender salvar, ante la opinión del semiletrado, del burgués cómodo, de los llamados intelectuales, en fin, de toda esa gente que ha aceptado una dictadura por conveniencia material, el nombre de un filósofo trascendental cuyo obra se quiere salvar como alemana. Todo intento de "aproximar" o "confundir" los nombres de grandes pensadores con la ideología política de la hora, radica en el fin oculto de no perderlos, ante la opinión de la gran masa, como contribuyentes a la cultura alemana. Un procedimiento contrario, o sea, el de reconocer la posición esencial de hom-

bres como Goethe, Schopenhauer y Nietzsche, para citar unos pocos, frente a los conceptos "patria, "Estado", "Alemania" y "Raza", llevaría indefectiblemente a su eliminación automática de sus puestos en la historia de la literatura y filosofía alemanas.

Para el conocedor de Nietzsche no sería difícil imaginarse cuál podría ser el aforismo que buscaría, con toda intención, un publicista de la Alemania nazista para demostrar de un modo concluyente la coincidencia de puntos de vista raciales entre el tercer Reich y Nietzsche:

Helo aquí:

"En lo que respecta al imperativo del instinto alemán que ordena: "¡Basta de judíos nuevos! ¡Y tengamos cerradas las puertas del Este!", posiblemente una reflexión inteligente de los mismos judíos alemanes debería aconsejar a semejante "regulación de fronteras". Su misión de introducirse en la esencia alemana y llegar a un tipo de la expresión y del gesto más alemanes y finalmente, al "alma" — porque este es el camino, desde afuera hacia adentro, de la "apariencia" a la "existencia" — no puede ser retrasado siempre de nuevo hacia lo insoluble por la fealtad horripilante y despreciable de los judíos polacos y rusos, húngaros y galicianos, de reciente inmigración. Aquí tenemos el punto según el cual deberían actuar también por su cuenta los judíos, "señalándose a si mismos fronteras": el único y último punto en el cual podrían compensarse aún en un beneficio común la ventaja judía y la ventaja alemana. ¡Pero ciertamente ha llegado la hora, la última hora!"

Pero fracasamos en nuestro intento de citar un aforismo adecuado, porque el nazismo no quiere transiciones sino el exterminio radical mediante el destierro, la confiscación de bienes, la denigración pública y la negación de valores. Hoy ni siquiera se sueña con la fusión de ventajas, puesto que a la raza judía no se le reconoce ventaja alguna; se le señala, por el contrario, como un ne-



fasto germen de descomposición política y social. En el aforismo que citamos vió Nietzsche el problema fríamente, tal como se produjo, en mayor escala aún, después de la Guerra Mundial. Pero esta situación fué considerada objetivamente por muchos judíos y muchos arios alemanes, antes de que se produjera la locura de la pureza racial. Una restricción de la ola inmigratoria judía que produjose después de 1918, procedente en su mayoría del Este — esta corriente existe desde cientos de años y no podrá ser jamás detenida — hubiera evitado quizás la posibilidad de la divulgación del espíritu antisemita. Analizado el problema a fondo, es forzoso reconocer que existió, en forma creciente desde la terminación de la guerra, un innegable acaparamiento de puestos de parte de los elementos judíos. Pero este dominio cada vez más notable de los judíos en los puestos administrativos, en el comercio, la política, la justicia, la medicina, las artes y la investigación, no es el fruto de una situación de decadencia momentánea del pueblo alemán como lo quiere describir el nazismo, sino de una inteligencia superior. El haber puesto esta inteligencia al servicio de un proteccionismo de lo judaico, casi exclusivamente, debe ser señalado por nosotros un error tan grave como el de la protección exclusiva de lo ario. Resulta casi increíble la ingenuidad de ese pueblo que dejó convencerse con tanta facilidad, mediante un ardid político, del supuesto problema económico y de su consiguiente peligro para la estabilidad material alemana que encierra la actividad de los judíos en aquel país. Porque en el peligro para la cultura alemana, en tiempos normales, no puede ni debe creerse; la historia ha demostrado claramente la facilidad de adaptación que posee el judío para con su nueva patria y su participación decisiva en las alternativas de su política exterior y de su cultura.

Citemos ahora un segundo aforismo — tanto el anterior como el segundo pertenecen a los apuntes póstu-

mos — y quizás encontraremos conceptos que se amolden con más facilidad a la doctrina racial del nazismo:

"Si se tuvieran en cuenta inteligencia, aplicación y habilidad, los judíos prusianos ya tendrían en su poder los puestos superiores del Estado, especialmente los de la administración pública; en una palabra, tendrían el "poder" también **en las manos,** como lo tienen, a juzgar por muchas atestiguaciones, **en el bolsillo.** Lo que los excluye es su incapacidad de representar el poder; hasta en su propia patria los judíos no fueron una casta dominante. Su mirada no convence, su lengua corre muy fácilmente, con demasiado presteza para luego tropezar, su cólera no puede manifestarse como el profundo y honrado rugido del león, su estómago no resiste a los grandes festines, ni su juicio a los vinos pesados, sus brazos y piernas no les permiten efectos de orgullo, sus manos se convulsionan muchas veces ante no sé qué recuerdo, y hasta su manera de montar a caballo (o como llega un músico judío a encontrar su tema, "el salto inicial judío"), todo esto nos invita a reflexionar, dándonos a entender que los judíos no fueron jamás una raza caballeresca. Cuando muchas veces se considera a los judíos ineptos para la dignidad de un juez, entonces no se condena con ello su moralidad, sino solamente su inseguridad de representar esta moralidad. De ahí resulta inmediatamente que el judío prusiano tiene que ser un tipo inferior y degenerado, porque el oriental en sí—para citar un ejemplo—sabe conducirse en la representación incomparablemente mejor que un alemán del norte. Esta degeneración del judío está en relación con un clima equivocado y la vecindad de los eslavos, húngaros y alemanes poco agraciados y oprimidos. Entre portugueses y moros se conserva la raza superior de los judíos, y aún más: quizás nunca fueron representadas con más belleza la solemnidad de la muerte y una especie de cura de la pasión en la tierra, que por ciertos judíos del vie-



jo testamento. ¡Hasta los griegos hubieran podido aprender de ellos!

Los peligros del alma judía son los siguientes: primero, busca introducirse en cualquier sitio a modo de parásito; segundo, sabe "adaptarse", como dicen los naturalistas. Es por esto que se han vueltos actores innatos, al igual que Pólipo que, como canta Teognis, pidió prestado de la roca el color en el que estaba pegado. Su talento, y más aún la inclinación y caída hacia ambas cosas parecen ser enormes; la costumbre de sacrificar por las más pequeñas ganancias mucho espíritu y paciencia, ha dejado en su carácter una huella fatal, tanto que hasta los más respetables mayoristas del mercado judío de finanzas, no pueden dejar de tender con sangre fría, los dedos a pequeñas y mezquinas explotaciones cuando las circunstancias las ofrecen. Tales cosas harían ruborizarse a un financista prusiano".

Analizado el aforismo precedente, llegamos a la conclusión de que Nietzsche condena la tendencia predominantemente material en los judíos y hasta justifica, aunque muy de paso, históricamente estos defectos (1). Sabemos que el materialismo judaico se ha

-----

(1) Encontramos en el "Anticristo" una frase condenatoria que revela su antipatía por el judío polaco, por ese ser que procede de condiciones de vida en extremo miserables: "Nosotros no elegiríamos para nuestras relaciones ni los primeros cristianos ni los judíos polacos, no porque tengamos que hacer frente a ellos la menor objeción. Es que ambos no tienen buen olor." No olvidemos que al extraer esta sentencia se le atribuye un significado distinto al que observa en el "Anticristo", donde combate Nietzsche el cristianismo y no los principios raciales. También resulta curioso que Heine, judío, en un verso de su *Romancero,* expresó las mismas ideas: "No sé quién tendrá razón, pero tengo casi la impresión que tienen mucho olor, tanto el rabino como el monje."

Su admiración por Heine crece en sus últimos años. Así dice, en los apuntes póstumos (sentencia 542): "Alemania ha producido solamente un poeta, además de Goethe. Es Enrique Heine, y éste, para colmo, es judío." Véanse también las sentencias siguientes (543 y 544).

manifestado no pocas veces en el arte. También es necesario confesar que justamente en los últimos años, antes del advenimiento del nazismo, existió en las artes alemanas y en las profesiones que dan un rendimiento material, un gran predominio de judíos. Ninguna persona que desea contribuir al esclarecimiento de las causas fundamentales de la persecución de los judíos, puede negar la influencia de éstos en el teatro, en la ópera, en la sala de concierto, la literatura y crítica. Su gran poder de organización mutua recibía un aporte permanente desde las columnas de los diarios, de las revistas y semanarios de ilustración. Aunque nunca se ha llegado a extremos de una eliminación tan categórica como la empleada por el nazismo, de todos modos es necesario reconocer que se necesitó ser, si no judío, por lo menos muy amigo de los judíos que tenían en sus manos la dirección de orquestas, la intendencia de los teatros y la crítica musical en los diarios, para hacer ejecutar una obra determinada. Se comprenderá que es muy fácil exaltar el ánimo de una población, basándose, para una campaña de carácter racial, en la anomalía existente y en hechos cuya comprobación no era difícil.

Nosotros no pretendemos, con esto, justificar las medidas medievales puestas en práctica por el actual gobierno. Buscamos simplemente explicar las causas que facilitaron experimentaciones para las cuales fué, desde siglos hasta nuestros días, el pueblo de los judíos la presa más codiciada. Así como nos explicamos las causas del retroceso alemán motivadas por la avaricia y el recelo del imperialismo francés que no permitió que sus legítimos elementos de la democracia cooperaran en las difíciles horas del alumbramiento republicano alemán, así nos explicamos, por lo menos en parte, el advenimiento del odio racial, motivado por el proteccionismo judaico. ¡Cuán lejos estaba Nietzsche de estos problemas cuando pensaba en el "Estado Europeo"!

Muchas personas se enfrentan al problema judío de



Europa sin conocer en lo más mínimo los orígenes y la evolución del odio entre alemanes y judíos, el desprecio de los primeros por los segundos, que les es inculcado en la escuela y en el hogar y que demuestran ostensiblemente, apenas se ofrezca una oportunidad. Se olvida que es difícil eliminar estos prejuicios que están en la sangre, pero muy fácil ahondarlos y conducirlos a lo inhumano. Pocos son los que saben del doloroso camino que ha tenido que recorrer esa raza al través de los siglos y de las escasas posibilidades de desenvolvimiento que tuvo, por habérsele negado siempre toda participación en la dirección económica y cultural de un país, reduciéndose sus actividades a la vida humillante del **ghetto** donde nació el regateo y el marcado amor por lo material. Fué en el **ghetto** donde se azuzó la inteligencia admirable del judío, fueron las persecuciones las que le predispusieron para una fácil adaptación en cualquier ambiente, y de la opresión permanente nació su natural ambición y el deseo de poseer cierta independencia económica. Sus grandes condiciones hicieron que su incorporación libre a todas las actividades de un pueblo ya no chocara con inconvenientes, por lo menos en países de una orientación política liberal.

Tanto la inquietud política y espiritual del judío, que está siempre en todo movimiento avanzado, como su oposición terminante a la mezcla con otras razas son los resultados inmediatos de una penosa evolución. La pureza de sangre constituye en él un medio de defensa, pero quizás sea este el momento de preguntarse si no es tiempo de pregonar por una eliminación de estas barreras. Aunque se produjeron en los últimos decenios deserciones cada vez más frecuentes — la mujer judía parece más inclinada a ello—podemos observar la impermeabilidad de la raza judía aún en países tan liberales en problemas raciales como los nuestros. Todo el problema de las luchas raciales, y debemos confesar que el más grave ha sido siempre el de los judíos en Europa,

recién tendrá una solución total cuando sea eliminado radicalmente todo principio de no fusión. Nuestros países, con respecto al negro, dieron un magnífico ejemplo. Aunque no se ha alcanzado aún la eliminación de prejuicios sociales — el negro yace aún en la servidumbre y en puestos superiores inmediatos — de todos modos se ha exterminado casi por completo el prejuicio del color. Estados Unidos ha sido incapaz de imitarnos en este sentido. Naturalmente, hago aquí referencia a los problemas del Brasil y de los países del Río de la Plata, a Centro América y México, sin olvidar que el problema del indio no es solamente uno de los más agudos problemas de nuestro Continente, exigiendo una solución rápida, sino el más vergonzoso espectáculo que ofrecen los países indoamericanos, comparable, en muchas situaciones, con la persecución de los judíos desencadenada por Hitler.

También la raza judía necesita ir por el camino inexorable de la fusión de sangre para hacer menos difíciles los grandes problemas que nos plantea el futuro de la humanidad (1).

Nietzsche tuvo estas ideas, como lo demuestran sus innumerables manifestaciones sobre la raza judía, en particular, y el problema europeo, en general. Como un luchador consecuente que jamás hace concesiones, aún cuando se trata de afectos o experiencias personales, así se mantuvo Nietzsche fiel a sus principios. No obstante haber sufrido muchos desengaños en su trato con judíos — recordemos los casos Rée y Salomé, y luego su

---

(1) El autor hubiera deseado agregar a esta obra, a modo de apéndice, un estudio prolongado sobre "Semitismo y Antisemitismo", basado en las ideas que expuso en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, en mayo de 1936. Para no quitarles unidad a los temas fundamentales de este libro, ha resuelto dedicar una publicación especial a sus puntos de vista sobre los problemas raciales.



delicada situación frente al esposo de su hermana, un antisemita por excelencia —jamás se ha dejado arrastrar por el ímpetu del individuo ofendido o del pariente que hace concesiones ideológicas con el solo fin de no producir una nota discordante en el seno de la familia. Bastaría recorrer la correspondencia que tuvo Nietzsche antes y después del enlace de su hermana con Förster. Siempre hizo resaltar su posición frente a los problemas raciales y el equívoco antisemitismo de su cuñado.

Varios conocedores de la obra de Nietzsche, entre ellos Alfredo Baeumler, sostienen que Nietzsche veía todo, incluso el problema racial, según el punto de vista de la conveniencia personal. Baeumler cita así una "antítesis irónica":

"Me hablaron de un joven matemático de Pontresina, que había perdido el sueño por la excitación y el embeleso causados por la lectura de mi último libro. Cuando pregunté con más precisión, cuál sería mi sorpresa cuando me encontré de nuevo con un judío (un alemán no deja de perturbar su sueño tan fácilmente)". (En una carta a la madre, el 19-IX-1886).

Pero se trata aquí, como se ve claramente, del empleo deliberado que ofrece una casualidad, aunque hemos de confesar que fueron en su gran mayoría los judíos los que se ocuparon de sus obras, después de la ruptura de relaciones con Wagner. Recordemos a Rée, Lou y Brandes y luego también a José Paneth, un joven investigador de Viena, a quien debemos un extenso relato sobre las horas que pasó junto a Nietzsche, en el invierno de 1883 a 1884, cuando éste se encontraba en Niza. Paneth cuenta de una discusión sobre problemas raciales:

"Al principio quiso defender la influencia de la raza, pero después abandonó (su tesis) y concordó totalmente conmigo sobre la no existencia de razas puras,

siendo los alemanes los que menos derecho tendrían para reclamar esto para ellos".

El hecho de haber sido considerado por los antisemitas como un conductor espiritual en estos asuntos, no puede haber sido jamás un motivo para que Nietzsche adoptara momentáneamente una posición conciliatoria. Tampoco existe un motivo fundamental para creer que el antisemitismo de Bayreuth y las actividades de su cuñado Förster hayan llevado a Nietzsche a la exasperación y a los consiguientes comentarios violentos. Todo esto significaría rebajar su pensamiento a la altura común de todos los hombres. No olvidemos tampoco que el antisemitismo de Bismarck le resultaba poco simpático por tratarse de un movimiento político, y como Nietzsche adoptara siempre una actitud adversa a todo movimiento político, he aquí la explicación fundamental de sus manifestaciones. No es cuestión de buscar pequeñas alteraciones y desviaciones de la ruta. No dejemos de observar siempre la línea fundamental de su conducta para comprender claramente su verdadero punto de vista.

En "Humano, demasiado humano", se refiere a los judíos en el aforismo que ya citamos parcialmente, más arriba, y que se titula: "El hombre europeo y la destrucción de las naciones":

"Dicho sea de paso: todo el problema de los judíos lo encontramos solamente dentro de los Estados nacionales, porque es en ellos que tiene que llegar a la preponderancia y a una medida que causará envidia y odio, toda su energía e inteligencia superior, todo su capital de espíritu y voluntad acumulados en una escuela de largos sufrimientos y de generación en generación, tanto que la grosería literaria está tomando en casi todas las naciones de ahora un peligroso incremento — y que aumenta cuanto más se conduzcan éstas en el sentido nacional — para conducir a los judíos al matadero por tacharlos de culpables de todos los malestares externos e



internos, posibles de imaginar. Desde el momento en que ya no se trata de la conservación de las naciones, sino de la producción de la raza europea mezclada, si posible muy fuerte, se vuelve el judío, como ingrediente, tan útil y necesario como cualquier otro resto nacional. Toda nación, todo hombre, tienen propiedades desagradables y hasta peligrosas. Resultaría una crueldad exigir que el judío constituye una excepción. Aquellas propiedades hasta pueden ser en él particularmente peligrosas y repulsivas y quizás sea el joven judío de la Bolsa el invento más repugnante que haya hecho hasta ahora la humanidad. Pero con todo, quisiera saber cuánto tendría que perdonarse en un balance general a un pueblo que ha tenido, no sin culpa de todos nosotros, la historia más dolorosa entre todas las naciones, y al que se debe el hombre más noble (Cristo) y el sabio más puro (Spinoza), el libro más poderoso y la ley moral más eficaz del mundo. Además, en los más obscuros tiempos de la Edad Media, cuando se había colocado pesadamente sobre Europa la capa de nubes asiáticas, fueron los librepensadores, sabios y médicos judíos los que sostuvieron el estandarte de la ilustración y de la independencia espiritual bajo la más dura represión personal, defendiendo Europa frente a Asia. Debemos agradecer principalmente a sus esfuerzos que haya podido triunfar nuevamente, al fin, una explicación más natural, más lógica y ante todo no mítica del mundo, y que el círculo de la cultura que nos une ahora con la ilustración de la antigüedad griega y romana, haya quedado intacto. Si el cristianismo hizo todo por orientalizar el Occidente, el judaísmo, en cambio, ha ayudado considerablemente en occidentarlo siempre de nuevo, lo que quiere decir, en un sentido determinado, hacer de la misión e historia de Europa una continuación de la griega".

Si tenemos en cuenta que Nietzsche escribió este aforismo en 1877, comprenderemos claramente que su

punto de vista no ha variado, en lo fundamental, hasta el fin de su labor intelectual.

En más de una oportunidad coloca el pueblo de los judíos por encima del de los griegos. Siguiendo sus obras, en el sentido cronológico, encontramos en el tercer libro de la "Aurora" un magnífico aforismo que no podemos dejar de citar:

"A los espectáculos que nos invitará el próximo siglo, pertenece la decisión en el destino de los judíos europeos. Se comprende ahora claramente que ellos tiraron su dado y que atravesaron su "rubikon". Les queda solamente una cosa: hacerse dueños y señores de Europa o perderla, así como perdieron en remotos tiempos el Egipto, donde se colocaron ante una resolución extrema muy parecida. Pero en Europa, ellos tuvieron una enseñanza de dieciocho siglos como ningún otro pueblo la pueda exhibir, y esto de una manera tal que no se benefició tanto la colectividad de las experiencias de esta espantosa época de práctica como se beneficiaron, en cambio, mucho más los individuos. A raíz de esto, las fuentes auxiliares, psíquicas y espirituales son extraordinarias en los actuales judíos; en casos de miseria son ellos los que con menos frecuencia que todos los que habitan Europa, recurren a la copa o al suicidio para evitar una profunda confusión, la misma que está tan de cerca en el menos dotado. Cada judío tiene en la historia de sus padres y abuelos una fuente de recursos de ejemplos de la más fría reflexión y perseverancia en terribles circunstancias, de la más sutil astucia y explotación de la desgracia y de la casualidad; su valor bajo el pretexto de la miserable subordinación, su heroísmo en el **spernere se sperni** sobrepasa las virtudes de todos los santos. Se ha querido transformarlos en seres despreciados, empleándose durante dos mil años un trato despreciativo y negándoles el acceso a todos los honores y a todo lo honorable, empujándolos cada vez más hacia lo hondo de los más inmundos oficios; y en realidad, bajo este procedimiento ellos no se han vuelto más limpios. ¿Pero acaso despreciativos? Ellos mismos jamás dejaron de creerse destinados a las cosas más sublimes y de igual modo jamás dejaron de adornar las virtudes de todos los que sufren. La forma en que veneran a sus padres e hijos, el razonamiento de sus matrimonios y las costumbres en los mismos los destacan entre todos los europeos. Además de todo esto supieron crearse un sentimiento de dominio y de venganza eterna, justamente en aquellas profesiones que se les dejó ejercer (o a cuyo cuidado se les dejó). Para disculpar hasta su usura se debe decir que difícilmente hubieran resistido el respeto entre sí mismos sin ese suplicio algunas veces agradable y útil de sus despreciadores. Porque nuestro respeto ante nosotros mismos está sujeto al hecho de que podemos ejercer represalias en lo bueno y en lo malo. Con todo, su venganza no los arrastra muy fácilmente lejos, porque todos ellos tienen la liberalidad, también la del alma, del hombre a quien educa el frecuente cambio de lugar, de clima, de las costumbres de vecinos y de opresores. Poseen sin duda la más grande experiencia en todas las relaciones humanas y ejercen aún en la pasión la precaución de esta experiencia. Están tan seguros de su flexibilidad de espíritu y habilidad que jamás, aún en la situación más amarga, tienen la necesidad de ganarse el pan con el esfuerzo físico, como jornaleros, cargadores o esclavos de la tierra. Todavía se nota en sus maneras que jamás se les han colocado sentimientos caballerescos y nobles en el alma y hermosas armas en la cintura; algo de indiscreto alterna con una sumisión muchas veces cariñosa, casi siempre penosa. Pero ahora que se emparentan inevitablemente, año tras año, con la mejor nobleza de Europa, muy pronto habrán obtenido una buena herencia de maneras del espíritu y del cuerpo, tanto que en cien años ya podrán ostentar una distinción suficiente para no causar vergüenza en los dominados por ellos. ¡Y esto es

lo importante! De aquí que un ajuste definitivo de su causa resultaría por ahora demasiado anticipado. Saben mejor que nadie, que no pueden pensar en una conquista de Europa o en cualquier otra violencia, pero sí, que Europa caerá un día cualquiera, como una fruta madura, en la mano que se adelantaría solo ligeramente a ella. Mientras tanto tienen la necesidad de destacarse en todos los terrenos europeos de la distinción y estar entre los primeros, hasta que lleguen tan lejos como para determinar lo que debe distinguirse. Entonces se les llamará los inventores y guías de los europeos y ya no ofenderán más la vergüenza de ellos. Y hacia donde debería dirigirse esta abundancia de grandes impresiones acumuladas que representa la historia judaica para toda familia judía, esta abundancia de pasiones, virtudes, resoluciones, renunciaciones, luchas y victorias de toda clase, hacia donde debe desbordarse, sino el final, en grandes hombres y obras espirituales! ¡Entonces, cuando los judíos puedan señalar semejantes joyas y vasijas de oro como obra propia, como no las pueden ni pudieron crear los pueblos europeos de una experiencia más breve y menos profunda, cuando haya transformado Israel su venganza eterna en una bendición eterna de Europa, entonces llegará de nuevo aquel séptimo día en que el viejo dios de los judíos podrá alegrarse de sí mismo, de su creación y de su pueblo elegido—, y todos nosotros, todos nosotros nos vamos a alegrar con él!"

Para no abusar de la paciencia de los lectores, dejamos de lado algunas sentencias de la "Aurora" y de la "Gaya Ciencia", y pasamos inmediatamente a su "Más allá del Bien y del Mal", donde trata nuevamente el problema judío en Europa, con la diferencia de que esta vez no habla de la imposibilidad de conquistar los judíos el continente europeo por la violencia, sino que reconoce que ellos necesitan primero poder contar con un hogar y el suficiente respeto y que anhelan ser absorbidos por Europa. Las apreciaciones, que figuran en el octavo capítulo de la obra, son las siguientes:



"Queda fuera de duda que los judíos, si quisieran, o como parece que lo quisieran los antisemitas, obligándolos, podrían tener ya ahora el predominio, dicho textualmente, el dominio de Europa. Pero también es seguro que ellos no hacen planes ni trabajan en este sentido. Por el momento, quieren y desean más bien — hasta con alguna indiscreción — ser absorbidos por Europa; están deseosos por tomar un asiento fijo en cualquier parte, de ser permitidos y respetados, y de dar así a la vida nómada, al "judío errante", un límite. Se debería tener muy en cuenta y complacer este rasgo e impulso (que expresa quizás ya una atenuación de los instintos judíos), para lo cual sería tal vez útil y conveniente desterrar a los alborotadores antisemitas. Complacerlos con toda precaución, con selección, más o menos así como lo hace la nobleza británica. Indudablemente los que podrían trabar relaciones con ellos sin la menor vacilación, serían los tipos más fuertes y ya mejor estampados de la nueva Alemania, por ejemplo, los oficiales nobles de la provincia de Brandenburgo. Sería de múltiple interés observar si al arte hereditario del mando y de la obediencia — la provincia nombrada es clásica en las dos cosas — no podría agregarse, cultivarse a modo de complemento, el genio del dinero y la paciencia (y ante todo un poco de espiritualidad, que hace mucha falta en el lugar señalado). Pero aquí es prudente interrumpir mi alegre discurso festivo y mis loas a Alemania, porque ya estoy tocando mi gravedad, el "problema europeo" como lo comprendo yo, el cultivo de una nueva casta que deberá gobernar sobre Europa".

También en las obras posteriores (1) y aún en los apuntes inéditos hallamos una continuación de la tra-

(1) Véanse en la "Voluntad de dominio" los aforismos sobre el código "Manu" (142, 143 y 145), los Apuntes póstumos sobre religión y cristianismo, números 908, 910, 911 y 912, etc.

yectoria que se señaló el mismo Nietzsche con respecto a los problemas raciales en Europa. Su observación aguda, unida a una gran cultura, le hace decir lo siguiente:

"Valor del antisemitismo: incitar a los judíos para que coloquen sus metas más altas y para que encuentren demasiado baja su fusión en Estados nacionales".

Vemos de nuevo que Nietzsche subordina siempre su reflexión sobre la raza a su idea de la eliminación de los Estados europeos. En otras palabras: para él significa el antisemitismo una detención momentánea de la fusión judaica con las poblaciones nacionalizadas, pero esta misma fusión encierra una tendencia universal que será, tarde o temprano, la muerte de los principios estrechos que señalan las palabras nacionalismo y Estado.

He aquí otra sentencia: "Contra lo ario y lo semítico. Donde existen razas mezcladas está la fuente de las grandes culturas".

Nietzsche reconoce que la selección de individuos y sangre recién se produce cuando un pueblo se encuentra en su apogeo, en la cúspide de su cultura, y como Europa necesita de una conmoción total para comenzar una nueva era constructiva, exige el choque de razas, la ebullición de sangres, lo cual significa siempre una promesa para la formación de una gran cultura.

No podemos negar que las ideas de Nietzsche sobre la guerra, el Estado y la raza están sujetas a los acontecimientos políticos de su época. Pero como la nuestra no es sino una continuación de aquélla, preñada de mayores defectos, y de un enorme confusionismo, debemos reconocer que la aguda penetración psicológica de pueblos y razas, de situaciones sociales y políticas por Nietzsche, si ya no nos significa una enseñanza representa, por lo menos, una confirmación de las ideas de aquellas personas que en las corrientes de odio de nuestra época no perdieron su visión objetiva y calma. Más, diríamos que sus observaciones pueden servir de guía a



muchos que ceden terreno ante la política reaccionaria de su patria. El problema racial, aunque lo definiera Nietzsche también en el sentido de la religión y de la moral, adquiere importancia cuando se relaciona con la política y la economía del gran Estado. En este terreno, posiblemente no encontraremos ninguna contradicción fundamental que obstaculice la evolución dolorosa de su espíritu. Observamos puntos de vista profundamente humanos y en la actualidad, ninguna persona de seriedad científica y filosófica se atrevería colocar a Nietzsche en las filas de las corrientes políticas de los grandes Estados europeos y menos aún entre las del nazismo alemán.

Citemos, para finalizar, algunas pruebas concluyentes de su rectitud de pensamiento, recurriendo para ello a la correspondencia. En su carta del 21 de mayo de 1887, que dirige desde Chur a su hermana, dice:

"Tú dices que "Nueva Germania" (1) no tiene nada que ver con el antisemitismo, pero yo estoy seguro que el proyecto tiene un carácter esencialmente antisemítico; lo sé de aquel "Korrespondenzblatt" que se envía solamente en secreto y a los miembros más seguros del partido. (Espero que mi cuñado no te lo ofrezca para la lectura, porque se vuelve (el periódico) cada vez más molesto...)

"Oh, mi querida Lama (2), ¿cómo has podido precipitarte en semejantes aventuras? ¡Si esto terminara siquiera bien!..."

Más preciso, o mejor dicho, más concluyente, es su carta del 26 de diciembre de 1887, despachada desde Niza al mismo lugar de destino (Paraguay):

(1) "Nueva Germania" llamábase la colonia agrícola fundada por Forster en el Paraguay.

(2) "Lama" (palabra alemana por *llama*); Nietzsche llamó a Elisabeth de este modo desde que se ausentó para América.

". . . ¡Una de las más grandes necedades has hecho tú, pobre mi Lama, para ti y para mí! Tu unión con un jefe antisemita expresa un distanciamiento de mi manera de ser que me llena siempre de rencor o de melancolía. Es cierto que dices haberte casado con el colonizador Förster y no con el antisemita, y esto está muy bien, pero ante los ojos del mundo será Förster hasta el fin de su vida el jefe de los antisemitas. ¡Así, pues, por la voluntad del cielo nada de "Friedrichshof" (1). Como recordarás, he pedido expresamente de ti el nombre "Lamaland".

"Sabes tú, mi buena Lama, que es una cuestión de honor para mí, mantenerse frente al antisemitismo absolutamente limpio e inequívoco, o sea, de un modo negativo, como lo hago en mis escritos. En los últimos tiempos se me ha molestado mucho con cartas y comunicados antisemitas. Mi repulsión por este partido (que de mil amores quisiera beneficiarse con mi nombre), es tan manifiesta como me es posible, pero el parentesco con Förster, al igual que el efecto ulterior (que produjo la acción) de mi antiguo editor, el antisemita Schmeitzner, despiertan siempre de nuevo en los afiliados a este desagradable partido la imaginación de que yo debería pertenecer a ellos. Cuánto me perjudica esto y cuánto me ha perjudicado ya, no te lo puedes imaginar. La prensa alemana en su totalidad calla y da así mis escritos por muertos, desde aquel entonces, como dice Overbeck. Ante todo despierta desconfianza contra mi carácter, como si yo rechazara públicamente algo que favorezco en secreto, y el no haber podido hacer nada contra el uso del nombre "Zaratustra", en cada uno de los comunicados antisemitas, casi me ha hecho enfermar en varias oportunidades. Perdona, es injusto decirte esto, e inicuo hacer

(1) Tierra de Federico o Establecimiento Federico, nombre que Elisabeth pensaba dar al establecimiento de su esposo.



responsable a la pobre Lama por las ideas de ese partido. Pero yo no siempre soy justo.

"Malwida me escribió una vez que yo era injusto con dos: con Wagner y contigo, hermana mía. ¿Por qué sería? ¿Quizás porque yo he amado a ustedes dos más que a nadie y no puedo vencer el rencor por haberme abandonado? Por esto debes extraer de todos mis malos pensamientos y agudas palabras el dolor de haberte perdido y porque tu nombre figura junto a un partido con el cual no te une la menor idea común y con el que nada tienes que ver."

Y en la carta que escribe el 3 de mayo de 1888 a su "querida Lama", menciona lo siguiente:

"Y con esto voy a tocar de nuevo mi posición frente al antisemitismo o los antisemitas, por quienes puedo hacer valer muchas cosas favorables por haber entre ellos caracteres tan respetables, buenos y de fuerte voluntad. Pero esto no impide, sino que más bien exige que yo haga la guerra al antisemitismo que disipa y envenena tanta energía valiosa".

Encontramos en la correspondencia de Nietzsche uno de sus rasgos más admirables: ninguna concesión, ni siquiera en el pequeño y limitado círculo de su familia. Cuando asoma alguna vez su rencor por el perjuicio que causa a la divulgación de sus libros su situación frente al antisemitismo y en este caso también frente a su cuñado Förster, o cuando manifiesta a su hermana el desagrado por haberse unido a un hombre que no le ha inspirado confianza por sus extravagancias político-raciales y el descabellado proyecto de colonización en plena selva paraguaya, entonces da a conocer — siempre con su característica delicadeza — el sufrimiento terrible de un hombre que esperaba ansiosamente comentarios y juicios sobre sus obras, que carecía de amigos y que perdió, con su hermana, como él mismo dijo una vez, "él único puente que le comunicaba con aquellos que no lo comprendían".

Pero en todo momento hace resaltar su posición inconmovible frente al antisemitismo. Apenas supone Nietzsche que puede haberse introducido la menor duda sobre su punto de vista, vuelve a afirmar claramente sus ideas tantas veces expresadas y anunciar su fe en un futuro europeo en que los problemas raciales ya no necesitarán ser tocados.

Hemos visto, por consiguiente, que el antisemitismo de hoy — y esto quiere decir inequívocamente, "el nazismo"— no puede calificar a Nietzsche de ningún modo de guía espiritual en su brutal arremetida contra la raza judía, negando sus cualidades y denigrando su existencia económica, social y espiritual a situaciones parecidas a la época medieval.

El lector menos familiarizado con Nietzsche habrá encontrado en el último de los tres aspectos analizados, una posición más definida, porque Nietzsche consideró siempre retrógrada la idea de la pureza racial, especialmente en lo que se refiere al pueblo alemán. Sus ideas sobre la guerra y el Estado, en cambio, estuvieron más sujetas a las tres etapas que señalamos al principio de este trabajo, etapas estas que no deben ser consideradas estrictamente como tales, porque la evolución de Nietzsche, al igual que la de Beethoven, no puede ser dividida en la forma en que lo intentó Romain Rolland con respecto a este último.

Ahora bien, las citas de las propias palabras de Nietzsche, esto quiere decir, parte de su obra aquí reproducida, pertenecen a la portentosa producción de un filósofo que los alemanes señalan como un intérprete anticipado y genial de su doctrina política. No debe llamar mayormente nuestra atención que el "Zaratustra", la "Voluntad de dominio" y la "Transmutación de todos los valores" sean interpretadas aún hoy de distintas maneras, es decir, insuficientemente, por falta de un conocimiento profundo de la obra de Nietzsche. En cambio, no nos explicamos que en un país donde no solamente



se desprecia, sino se persigue y se encarcela a todo individuo que manifiesta simpatía o una simple compasión por los judíos, se siga sosteniendo en alto el prestigio de un filósofo que ha combatido violentamente el antisemitismo. Nuestro análisis nos autoriza para suponer que no sea solamente Nietzsche el autor que ante el lector común tiene que aparentar como una personalidad que se confunde con las necesidades del Estado, con las exigencias del militarismo y el odio de los preconizadores de la raza pura.

Hagamos la salvedad, al finalizar, que Nietzsche ha muerto y que con los muertos se cometen muchas veces salvajismos. Un hombre vivo, simple ciudadano o gran filósofo, que exteriorice las ideas fundamentales de Nietzsche, serenamente, o que tenga ideas análogas o parecidas, en la Alemania de hoy seguiría posiblemente idéntico camino. Es decir, penetraría la extraña senda del silencio. Si tiene suerte, le matan solamente el espíritu. Porque el espíritu, encadenado o muerto, es un magnífico abono para las armas. Sobre él podrá nacer con una exuberancia inigualada un inmenso bosque de bayonetas, armas, municiones, tanques y acorazados, todos ellos dispuestos a su vez a matar el espíritu.

Pero nosotros, desde nuestra América amplia, gritamos: "¡No seáis bellacos! ¡El espíritu no muere jamás!"

# NIETZSCHE Y LA AMERICA LATINA

¡Aún no ha sido descubierto para el hombre el trópico!

*Así habló Zaratustra.*

Los capítulos anteriores nos condujeron a un punto en el que es posible tratar ligeramente, y a modo de conclusión, la posición de Nietzsche frente a nuestra América Latina.

Recordemos que el destino quebró violentamente, a la edad de cuarenta y cuatro años, la ascensión titánica del solitario pensador. Son muchos los que explotaron este triste hecho con fines de especulación literaria. Según ellos, Nietzsche **tenía** que desaparecer así, su inteligencia superior **tenía** que ser fulminada como por un rayo; **él mismo** buscó este fin como única solución para escapar de los tormentos insolubles que envolvían su espíritu.

En los últimos años del Nietzsche lúcido intervinieron una serie de hechos casuales que no permiten la explicación de su fin basada en la teoría del destino y menos en una lógica barata. A pesar de su enfermedad, se encontraba en el apogeo de sus fuerzas físicas y espirituales, contrariamente a lo que sostuvieron muchos biógrafos de Nietzsche y especialmente un número crecido de psicoanalíticos por el estilo de Stekel, quienes buscaron conmover y rebajar valores humanos, artísticos y estéticos, empleando una apreciación sin límites de su ca-

pacidad de análisis y basando sus resultados en una dogmatización unilateral (1). También el estudio psicológico de Stephan Zweig peca de exageración.

Contrariamente a la mayoría de los comentadores de Nietzsche, quienes tienden en sus trabajos hacia una culminación que encuentran deliberadamente en el desequilibrio mental de éste, nosotros nos preguntaríamos por la evolución de sus ideas en el supuesto caso de que hubiera alcanzado el límite de una edad normal.

Por lo pronto podemos asegurar una cosa: como un alemán **verdadero,** al igual que Bach, Händel, Gluck, Winckelmann, Goethe, Mozart, y tantos otros, sintió instintivamente la necesidad de una fructificación de mentalidades mediante la aproximación del norte y sur. Su ansiosa búsqueda de luz, color y vida se identifica con el anhelo eterno del pino que busca la unión con la palma: el habitante silencioso de las nebulosas regiones del norte sueña con hojas mecidas por una suave brisa, besadas por el sol cálido de un cielo sin nubes. Acaso no nos dice Nietzsche en sus anotaciones inéditas:

"¡Los alemanes erraron quizás el clima! Hay algo en ellos que podría ser helénico y que despierta en contacto con el sur: Winckelmann, Goethe, Mozart..."

Y en otro apunte nos habla de la naturaleza mefistofélica del alemán — en relación con el "Fausto" de Goethe — y concluye diciendo:

"El verdadero Mefistófeles atraviesa los Alpes y cree que allá todo le pertenece. Por esto se ve tan claramente como mejoraron Winckelmann y también Mozart".

Hemos visto, al correr de estas líneas, que el espíritu universal de Nietzsche exigía círculos de acción cada

-----

(1) Véanse los trabajos de Mcbius, Stekel, Placzek y Saaler, sobre los temas "Nietzsche", "Nietzsche y Wagner", "Amistad y sexualidad" y "De la enfermedad de Nietzsche", respectivamente.



vez más amplios y que buscaba penetrar los fenómenos más intrincados de la vida económica, política y cultural de todas las naciones del orbe. En este sentido no era sino la continuación de un presentimiento que estaba en muchos pensadores europeos anteriores a él y que se ha vuelto realidad en nuestros días. Un espíritu amplio ya no puede vivir y menos nutrirse de los empobrecidos elementos que le ofrece una nación cualquiera. Desde comienzos del siglo pasado notamos una creciente **evasión de espíritus.** El regreso momentáneo y obligatorio a lo nacional (Alemania e Italia, en primer término, y luego los Estados menores), tiene caracteres eminentemente materiales y se aferra más que en el espíritu, en la materia.

Volviendo a Nietzsche, veamos por unos momentos sus intereses extra-alemanes. Zaratustra tiene su asiento primitivo en Persia. Más adelante lo admite también como oriundo de las extremas latitudes del norte, incurriendo en un dualismo agudo que encontramos frecuentemente en su vasta obra. Así, por ejemplo, cree encontrar unidos en matrimonio, en la naturaleza del Engadino, Finlandia y el Sur. De los países inmediatos, donde escudriñaron sus incesantes búsquedas y observaciones los secretos más recónditos de los problemas humanos, pasó a Rusia, apenas creyó haber enfocado de un modo definitivo el problema de la unidad europea. Y así como confirma la música de "Carmen" su inclinación hacia la vida del Mediterráneo, Barcelona, Túnez y Córcega, sintióse a la vez atraído por las obras de Dostoiewski.

En su lenguaje, lleno de magnificencia, encontramos también el cálido aire de Africa y su fantasía recorre el continente asiático, atraviesa la India y la China para llegar hasta los confines del Imperio nipón. En Génova tiene el plan de trasladarse al valle de Oaxaca, en México. El presente le causaba la impresión de pobreza y le quitaba el aliento. Pensando en el futuro de la hu-

manidad y deseando evadirse de esa opresión europea, deseaba llevar una colonia a las mesetas de México o hacer un viaje con su amigo Rée al oasis Biskra, famoso por sus palmas (1). México aparece repetidas veces en su mente y aún en los apuntes inéditos (de las obras póstumas), encontramos menciones a este respecto:

"...¡Pero cuando Europa caiga en manos de la plebe, entonces sí ha terminado la cultura europea! ¡Luchas de los pobres contra los ricos, que es, en resumen, un último avivar de la llama! ¡Y con el tiempo debe salvarse lo que sea posible salvar! Señalar los países hacia los cuales puede retirarse la cultura, donde sea difícil alcanzarla; por ejemplo, en México..."

"...Llegará el día en que se luchará por el dominio del mundo. Esta lucha se hará invocando doctrinas filosóficas fundamentales. Ya ahora se están formando los primeros grupos de estas fuerzas, se están haciendo ensayos en el gran principio del parentesco de sangres y razas. Los conceptos "naciones" son mucho más delicados que los que se refieren a "razas". En el fondo, es un descubrimiento de la ciencia que se incorpora ahora al sentimiento: las guerras son los grandes maestros de estos conceptos y lo seguirán siendo.

(1) Reconozcamos que la inquietud y el constante cambio de lugar obedecieron muchas veces a las alternativas de su dolencia. Pero descubrimos inmediatamente, al estudiar de cerca esta disposición, que en Nietzsche predomina un espiritu aventurero, una necesidad espiritual y moral del riesgo que radica en gran parte en la convicción de su procedencia caballeresca. Tanto en su arte como en su forma de vida, la obsesión por el cambio de lugar se explica sin duda por el deseo de encontrar la antitesis entre su propia persona y el ambiente, porque su lucha se dirigía simultáneamente contra su interior como contra el mundo circundante. En este sentido dijo: "...el valor, la aventura y el deseo por lo incierto, lo inexperimentado, toda la historia preliminar del hombre me parece de *valor*... Este valor, vuelto al fin delicado, religioso, espiritual, se llama hoy Zaratustra."



Después vendrán guerras sociales y otra vez serán incorporados conçeptos, hasta que éstos ya no presten no solamente pretextos, nombres, etc., para los movimientos de pueblos, sino que tendrá que imponerse el más potente.

Las guerras sociales se dirigen ante todo contra el espíritu mercantilista y las limitaciones del espíritu nacional. Decisiones climatéricas en poblaciones y razas de América. Cultura eslavo-germano-nórdica. ¡La inferior, pero la más fuerte y la más trabajadora!"

En estas preocupaciones por el futuro europeo — simples apuntes para una labor que no llegó a desarrollar — aparece frecuentemente la palabra América.

Cuando se refiere a los Estados Unidos de Norte América habla casi siempre despectivamente, viendo con la mayor desconfianza las posibilidades culturales de esa nación:

"Los americanos se gastan con excesiva rapidez — quizás serán tan sólo aparentemente una futura potencia mundial".

"Bajo lo bello comprenden ahora los americanos lo sereno y lo conmovedor. Lo enfrentan a la seriedad en el comercio y a la reflexión práctica sobre las consecuencias, a la sequedad y la pasión de la velocidad, de la ganancia y del pensar en sí mismo".

En todas estas consideraciones se refiere a los estadounidenses. Recién cuando especifica, se encuentra en nuestro continente, por ejemplo, en México, en el Paraguay o en Perú. Su interés por la América Latina fué siempre mayor que el que tuvo por nuestro poderoso vecino del norte, acentuándose aún más en sus últimos años cuando su visión del próximo malestar europeo hizo que dirigiera con más frecuencia las miradas hacia el sur. El enlace de su hermana con Förster contribuyó a una dedicación mayor a un campo nuevo, cuyas posibilidades ilimitadas reconocería sin duda. Förster se

trasladó desde Alemania al Paraguay, donde fundó una colonia alemana que fracasó más tarde. Al llevar consigo a su esposa, la hermana de Nietzsche, se produjo una correspondencia muy interesante que facilita además el conocimiento del estado psicológico de este último, convulsionado por esta dolorosa separación. En aquel entonces, las distancias eran enormes y la América Latina significaba para la mente de muchos **Neuland,** tierra nueva, virgen e inexplorada. Después de haber perdido Elísabeth inesperadamente a su esposo, tuvo intenciones de llevar a Nietzsche al Paraguay; ella tenía grandes esperanzas en el clima, en la situación de su casita de campo al borde de la selva, en la tranquilidad y el reposo que encontraría su hermano junto a ella. El proyecto, que tuvo por fin el restablecimiento de la salud quebrantada de Nietzsche, no pudo llevarse a cabo.

En conocimiento de estos hechos olvidemos por momentos aquella caída fulminante, en las calles de Turín, de un ser humano que buscó incesantemente a su Dios. Preguntémonos sobre las consecuencias que hubiera tenido para el pensamiento de Nietzsche una ausencia prolongada de Europa, unida al conocimiento de varios países de nuestro Continente. Involuntariamente recordamos aquí a Spengler que quiso también conocer a fondo los vestigios de las grandes culturas andinas, toltecas, aztecas y mayas, pero hacemos la salvedad que no pertenecemos al tipo de hombre latino-americano, completamente europeizado que claudica ante cualquier figura de las letras contemporáneas que viene en viaje de estudios esperando de sus labios la palabra redentora que revele el verdadero estado de cosas de nuestro ambiente. ¿Acaso no fueron cientos los seudoliteratos de nuestros países los que esperaban ansiosamente de Keyserling o de Waldo Frank, la última palabra sobre nuestro destino? El medio mundo literario que rodeó a estos y a otros hombres en su breve y epidérmica visita de estudios y conferencias, hasta llegó a impedirles el



conocimiento de los valores verdaderos. Estamos muy lejos de semejante entrega incondicional, de esa dependencia feliz que corre por las venas de la mayoría de nuestro profesorado, de nuestros intelectuales. Claro está que se tiene que haber vivido el continente; se necesita sufrir las convulsiones que produce el descenso hacia los problemas fundamentales de nuestras tierras y es seguro que un espíritu tan sutil como Keyserling haya experimentado, a pesar de sus errores, mejor nuestros problemas que sus satélites latino-americanos cuyas actividades y conclusiones tienen por base su permanencia y desenvolvimiento en las capitales, esto es, en la flagrante heterogeneidad de espíritus sin base propia (1).

Con lo antedicho queremos decir, a la vez, que no atribuímos a Nietzsche ninguna capacidad excepcional para prever, allá en 1886, el porvenir cultural de nuestros países. Los contrastes de nuestro Continente son tan pronunciados que aun hoy producen confusión en quienes no lo conocen profundamente. Nos movemos sencillamente en el campo de la hipótesis y nos preguntamos si la intransigencia de Nietzsche, al encontrarse en la América Latina hubiera disminuído frente al desarrollo del Imperio Alemán, el parlamentarismo implantado por Bismarck, la cultura escolástica y la religión. Los hombres reaccionan distintamente cuando los separa la distancia del lugar de sus dolencias psíquicas y físicas. Generalmente se acentúa — especialmente en el tipo común de hombre — la nostalgia por el terruño, por las costumbres y por la cultura del país que dejó. Depende de la edad para que estos sentimientos produzcan una

(1) Nunca ha quedado mejor demostrada esa reverencia ante Europa, comparable a la sumisión, que en el Congreso de los P.E.N. Clubs en Buenos Aires. La voz de América Latina estaba ausente, sus grandes figuras permanecieron ignoradas. Predominaba, en cambio, el espíritu "adquirido", en el sentido estrictamente material de la palabra.

crisis. En individuos jóvenes, el proceso de asimilación total es tanto más fácil cuanto que no intervienen colectividades que fomentan el mantenimiento de lo "nacional". En personas de edad mayor se observa una imposibilidad cada vez más pronunciada de adaptarse, que los mantiene alejados e indiferentes ante cualquier problema que no sea marcadamente material y afecte su propia posición (1).

Pero la situación de Nietzsche hubiera sido muy distinta. ¿No habría alcanzado, quizás, la verdadera visión de lo universal, perdiendo precisamente ese contacto personal con un orden de cosas que le era particularmente adverso? Ya antes de concebir el "Zaratustra" tuvo la idea de ir por unos años a Túnez. Veremos con qué propósito:... "Quiero vivir un buen tiempo entre los musulmanes, o sea, allá donde su religión sea ahora la más severa. Así se agudizará sin duda mi juicio y mi vista por todo lo europeo". Todos los grandes hombres que conocieron América Latina —y ninguno de ellos tuvo la potencialidad genial de un Nietzsche —obtuvieron nuevos elementos de juicio y ante todo, una mayor amplitud en la evaluación de las cosas. Con más razón debemos

(1) Es sumamente interesante recordar la impresión que produjeron el estilo y los pensamientos de Nietzsche en algunos de sus contemporáneos. Burckhardt y Taine creen reconocer la emancipación del espíritu alemán y el predominio de lo francés. Burckhardt no solamente lo compara sino que eleva por encima de La Rochefoucauld, La Bruyére y Vauvenargues, subrayando la extraordinaria capacidad de asimilación de Nietzsche. También encontró que no eran alemanes "la fuerza y el arte de la definición sutil (en nuances), de lo individual". Taine elogio las sutilezas y lo pictórico. Brandes, en cambio, como poseedor de un agudo espíritu de penetración y análisis, ya le dice a Nietzsche en su primera carta que le encuentra "muy alemán", a pesar del universalismo que está en sus pensamientos y escritos. También Nietzsche reconoció, en momentos de calma y de absoluta objetividad, que no poseía el "modo de manejar el idioma libremente y con la gracia francesa".



creer que su visión clara habría asignado a nuestros países la solución de algunos de los problemas que veía condensados en Europa, solución esta que por cierto está hoy más lejos que en 1886. Pero no dejemos de creer en esa continuación que hubiera significado para su filosofía un viaje a estas tierras. El solo pensamiento nos hace aún más familiar y más querida su obra y su lucha por la verdad. En uno de sus papeles póstumos hallamos una frase que posiblemente encuentre en este capítulo su verdadera ubicación:

"Donde todo está informe, está nuestro campo de labor para el futuro de la humanidad".

En otra ocasión habla del siguiente modo:

"En el nuevo siglo, la humanidad habrá obtenido ya mucho más fuerza por su dominio de la naturaleza, de lo que podrá consumir, y entonces vendrá entre los hombres algo de lujoso de lo cual no nos podemos hacer ahora ninguna idea. En el supuesto caso de que el idealismo de los hombres no se detuviera ante sus metas, se podrían llevar a la realización magníficas empresas como no las soñamos ahora. Solamente la aeronavegación dará vuelta a todos nuestros conceptos culturales. En lugar de crear obras de arte, se embellecerá, con unos pocos siglos de trabajo, en gran estilo a la naturaleza para elevar, por ejemplo, los Alpes de sus intentos y motivos de belleza a la perfección de las mismas. Entonces, toda la literatura anterior tendrá algo del olor a estrechez de las pequeñas ciudades. Vendrá una época de la arquitectura en que se construirá nuevamente para eternidades, como en los tiempos de los romanos. Serán utilizadas las poblaciones atrasadas de Asia, Africa, etc., como trabajadores; las poblaciones de la tierra empezarán a mezclarse. Cuando se piense en el pasado se recordará su melancolía llena de sombras y su contemplación perezosa. Temperamento y exceso de fuerza: consecuencia de una forma de vivir sana. Para preparar semejante

futuro debemos separar a los melancólicos, los regañosos, criticones y pesimistas hasta extinguirlos.

La política será ordenada de un modo que le bastarán intelectos moderados y para que no toda persona tenga que saber de ella todos los días. Igualmente la situación económica, sin la avidez de vida o muerte. Epoca de las fiestas".

Si bien nos parece aún hoy esta visión del futuro una utopía, dada la situación social y política del mundo, de todos modos nos preguntamos: ¿en qué parte del mundo podría realizarse mejor este ideal, y cuál sería el núcleo humano que lleva en sí, por sus condiciones de vida, por la naturaleza en que vive y por los ideales de comunidad que alientan su obra, el germen de este futuro?

Ningún continente posee más posibilidad de realización que el nuestro: el idioma, la similitud de problemas basados en una evolución accidentada pero cronológicamente casi idéntica, el conjunto de individuos que se sienten espiritualmente unidos por encima de las fronteras y antes de que éstas se vuelvan, por motivos suficientemente conocidos, enemigos demasiado peligrosos de un futuro mejor.

Nietzsche no pudo prever nuestro porvenir tal como lo creemos ver nosotros ahora, después de haber transcurrido cincuenta años de vertiginosa evolución, de un ascenso quizás demasiado presto. Si pudiera extender su mirada por nuestro continente de hoy, encontraría muchos defectos transplantados desde Europa a nuestra tierra, defectos que combatió severamente y que están haciendo crisis en estos momentos, pero también vería las posibilidades de un futuro, o por lo menos, esperanzas para esas posibilidades. Frente al estado caótico de Europa que muchos califican, no sin apresuramiento, de vieja y decadente, poseemos algunas ventajas, si bien radican éstas en circunstancias fortuitas y de carácter estrictamente material y geográfico. Las ventajas que



posee nuestro Continente frente a Europa, puede circunscribirse por el momento al **espacio.** La amplitud con que nos movemos **todavía** — podemos decir también, la comodidad — no ha dejado percibir a muchos el rápido crecimiento de sombras que envuelven nuestras asoleadas tierras y que anuncian también a nosotros horas difíciles.

Como ya se dijo más arriba, no comparto la opinión de muchos que sostienen que el pensamiento de Nietzsche ya no pudo elevarse más y necesitó ser fulminado por el destino. Los que estudian concienzudamente las alternativas de su enfermedad y los motivos que produjeron la crisis final, están en condiciones de formarse conceptos distintos a los que comúnmente se suelen establecer. Si Nietzsche hubiera vivido más tiempo, cuánta metamorfosis hubiérase producido aún en aquel cerebro privilegiado, en aquel solitario luchador que tuvo para consigo mismo una disciplina de hierro que no admitía inconsecuencia y que tomó hasta la última gota amarga de la copa que le brindó su dramática existencia.

Al movernos en el campo de la hipótesis, pensemos en ese Nietzsche cuya visión atravesaba, con una capacidad sobrehumana, las alternativas de la cultura de muchos siglos futuros. Al decir esto, no pienso en ningún momento hacer una apología de su figura y de su obra, sino colocar en su justo lugar a un hombre genial cuyas obras ya se están olvidando o que se someten a una crítica que no tiene en cuenta la situación económica, social, política y cultural de la época en que fueron concebidas. Quizás hubiera podido llegar definitivamente a una conclusión de su doctrina cultural, pisando el suelo de nuestro continente, donde aún se respira, como dijimos recién, amplitud, y donde se obtiene una visión superior del devenir humano.

En el tiempo en que encontróse Nietzsche lentamente a sí mismo, escribió en "Humano, demasiado humano", un interesante aforismo que tituló: "Las zonas de

la cultura". En aquel entonces, sus intereses se movían aún dentro de un círculo de acción espiritual cuyos límites tocaban, en el sur, a su querida Grecia, y en el norte, la Alemania, cuyos defectos venía sintiendo con particular instinto. En ese aforismo compara, a modo de parábola, las épocas culturales con las fajas climatéricas de las distintas zonas del globo. En su conclusión, aboga por la zona templada que carece, como él mismo reconoce, de contrastes violentos, de los bruscos cambios del día a la noche, del ardor y de la suntuosidad de colores, de la veneración de todo lo inmediato, misterioso y terrible, de la rapidez del estallido de las tormentas y del prodigioso desborde de la naturaleza. No conocemos aforismo o sentencia alguna del Nietzsche de los últimos años en que hubiera podido tratar nuevamente este tema. Estamos seguros, al seguir la trayectoria de su espíritu, que su concepción se hubiera acercado a aquella teoría del "retorno hacia el trópico" que defendiera con tanto valor en su "Indología" el mexicano Vasconcelos.

¡Nietzsche en la América Latina! ¡Bello sueño que no pudo realizarse! Quizás, aquí, entre nosotros, junto al rumor de las aguas de dos océanos, o en las cercanías de las cimas inmaculadas que coronan el cielo diáfano de los Andes, Nietzsche hubiera podido completar esa labor que él mismo señalara en su "Zaratustra":

"¡Debe ser una felicidad poder estrujar con vuestra mano miles de años como si fueran de cera, felicidad la de escribir en la voluntad de miles de años como si fuesen de bronce!"

F. C. L.

Lima, febrero 28 de 1936.

# INDICE BIBLIOGRAFICO

Bekker, Paul — *Richard Wagner. Das Leben im Werke*
Bélart, Hans — *Friedrich Nietzsches Leben*
*Friedrich Nietzsches Freundschaftstragodie mit Richard Wagner und Cosima Wagner-Liszt*
Bernoulli, Carl Albrecht — *Franz Overbeck und Friedrich Nietzsche*
*Nietzsche und die schweiz*
Bertram, Ernst — *Friedrich Nietzsche, Versuch einer Mythologie*
Brandes, Georg — *Friedrich Nietzsche*
Bubnoff, Nicolai von — *Friedrich Nietzsches Kulturphilosophie und Umwertungslehre*
Chamberlain, H. St. — *Richard Wagner*
*Die Grundlagen des XIX. Jahrhundetts.*
Crusius, Otto — *Erwin Rohde, ein biographischer Versuch.*
Deussen, Paul — *Erinnerungen an Friedrich Nietzsche.*
Drews, Arthur — *Nietzsches Philosophie.*
Eckertz, Erich — *Nietzsche als Künstler.*
Ernest, Gustav — *Richard Wagner, sein Leben und sein Schaffen.*
Eucken, Rudolf — *Lebensanschauungen der grossen Denker.*
Ewald, Oscar — *Nietzsches Lehre in ihren Grundbegriffen.*
Forster-Nietzsche, Elis. — *Das Leben Friedrich Nietzsches,* 1904
*Wagner und Nietzsche zur Zeit ihrer Freundschaft,* 1915.
*Der junge Nietzsche,* 1922.
*Der einsame Nietzsche,* 1922.
Friedrich, Paul — *Essays.*
Griesser, Luitpold — *Nietzsche und Wagner.*
Grützmacher, Richard — *Nietzsche, ein akademisches Publikum.*

| | |
|---|---|
| Gundolf & Hildebrandt | *Nietzsche als Richter unserer Zeit.* |
| Haeuptner, Gerhard | *Die Geschichtsausicht des jungen Nietzsche.* |
| Halévy, Daniel | *La Vie de Frédéric Nietzsche.* |
| Havenstein, Martin | *Nietzsche als Erzieher.* |
| Hildebrandt, Kurt | *Wagner und Nietzsche. Ihr Kampf gegen das XIX. Jahrhundert.* |
| Hildebrandt, Kurt | *Nietzsches Wettkampf mit Sokrates und Plato.* |
| Istel, Edgar | *Das Kunstwerk Richard Wagners.* |
| Joel, Karl | *Nietzsche und die Romantik.* |
| Kapp, Iulius | *Richard Wagner.* |
| Kiessling, Arthur | *Richard Wagner und die Romantik.* |
| Laserre, Pierre | *Les idées de Nietzsche sur la musique.* |
| Lessing, Theodor | *Schopenhauer, Wagner, Nietzsche.* |
| Lichtenberger, Henri | *Friedrich Nietzsche. Abriss seines Lebens.* |
| Lichtenberger & Forts-ter-Nietzsche | *Die Philosophie Friedrich Nietzsches.* |
| Louis, Richard | *Richard Wagners Weltanschauung.* |
| Lucka, Emil | *Die drei Stufen der Erotik.* |
| Meyer, R. M. | *Die deutsche Literatur des XIX. Jahrhunderts.* |
| | *Friedrich Nietzsche.* |
| Moos, Paul | *Richard Wagner als Asthetiker.* |
| Mobius, P. S. | *Nietzsche.* |
| Oehler, Richard | *Den Manen Friedrich Nietzsches.* |
| Placzek, Dr. | *Freundschaft und Sexualitat.* |
| Puschmann, Th. | *Richard Wagner, eine psychiatrische Studie.* |
| Reininger, Robert | *Nietzsches Kampf um den Sinn des Lebens.* |
| Richter, Raoul | *Friedrich Nietzsche.* |
| | *Essays.* |
| Riehl, Alois | *Friedrich Nietzsche als Künstler und Denker.* |
| | *Philosophie der Gegenwart.* |
| Romer, Heinrich | *Nietzsche.* |
| Saaler, Bruno | *Uber die Krankheit Nietzsches.* |
| Salomé, Lou-Andreas | *Friedrich Nietzsche in seinen Werken.* |
| Seiling, Max | *Richard Wagner, der Künstler und Mensch.* |
| Simmel, Georg | *Schopenhauer und Nietzsche.* |
| Stekel, W. | *Nietzsche und Wagner.* |
| Strecker, Karl | *Nietzsche und Strindberg in ihrem Briefwechsel.* |





| | |
|---|---|
| Weichelt, Hans | *Kommentar zum "Zarathustra".* |
| Werner, Alfred | *Die Philosophie Friedrich Nietzsches.* |
| Zeitler, Julius | *Nietzsches Asthetik.* |
| Ziegler, Theobald | *Friedrich Nietzsche.* |
| Zweig, Stephan | *La lucha contra el demonio.* |


Además, las *Obras Completas de Nietzsche*, edición grande y edición papel biblia, en la casa Kroner, Leipzig; *Cartas*, del Insel-Verlag, Leipzig, y *Obras Completas de Nietzsche*, traducción de Ovejero y Maury, Editora Aguilar, de Madrid.

# INDICE ONOMASTICO

INDICE DE LOS CAPITULOS


COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
0021140685


Editorial
Ercilla
Santiago de Chile